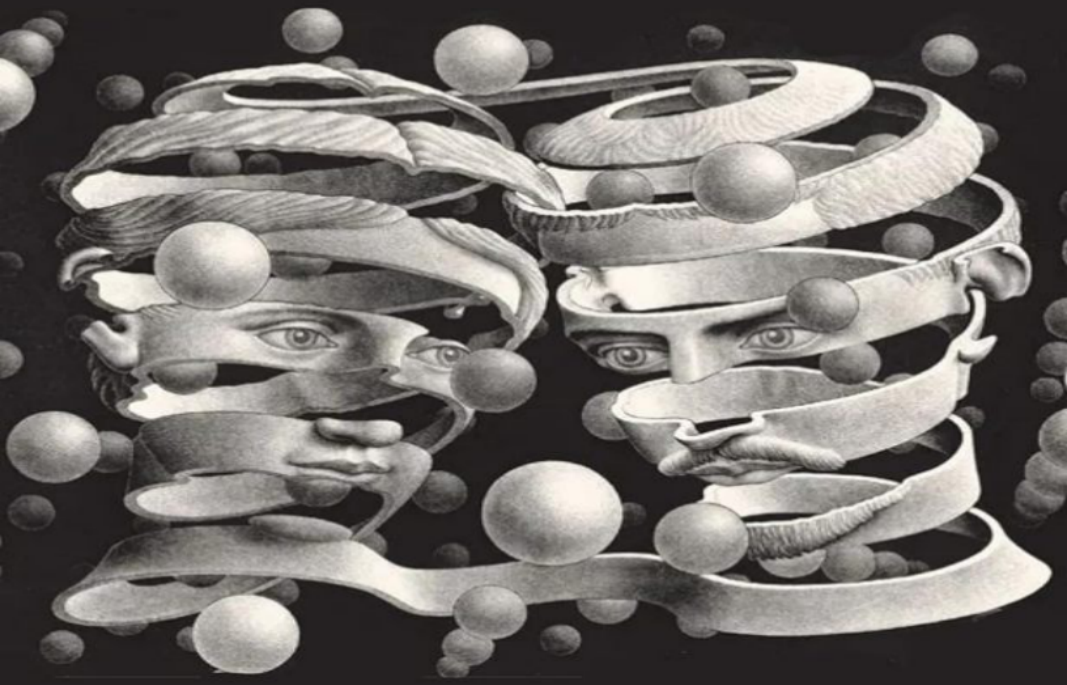
JAVIER ARGÜELLO

Cuatro cuentos cuánticos



RANDOM HOUSE

JAVIER ARGÜELLO

Cuatro cuentos cuánticos

RANDOM HOUSE

A Lola, acá y allá.
Y en todas partes al mismo tiempo.

Se trata de cuatro puntos. El primero está suelto en el espacio. Con el segundo ya podemos trazar una línea. Es recién en el tercero que la forma se completa. Y esa forma es un cuarto punto, que contiene a los otros tres, y que será el primero de la siguiente tríada.

DAMÓTAGES DE METAPONTO,
Las formas del mundo

Una conciencia que escribe. Una conciencia que lee. La primera crea la forma. La segunda la recrea. El cuento no está en ninguna de las dos. El cuento está en el punto en el que ambas se encuentan. El encuento es siempre la clave. No solo en literatura. También en la conformación material e inmaterial del universo.

J. J. ZEEZIR,
Escritos para cuando ya no esté aquí

PRÓLOGO

A nadie resulta ajeno que el verdadero dilema de la teoría cuántica es el de la conciencia. ¿Cómo abordar el hecho de que no hay una realidad independiente de la que cada conciencia inaugura? ¿Cómo lidiar con la comprobación de que eso que llamamos realidad no es más que un campo de probabilidades que sólo colapsa en una posibilidad concreta frente a la mirada concreta que un observador ponga en juego?

Para la ciencia resulta traumático romper con la idea de una realidad objetiva. Para la literatura, en cambio, la comprobación de que es la conciencia la que crea la realidad representa una certeza cotidiana. No es la correlación con ningún fenómeno exterior el que otorga solidez a un relato, sino la cohesión y la coherencia del punto de vista escogido para narrarlo. ¿Y si lo único que había que hacer para que todas las fuerzas se equiparen y todas las teorías se unifiquen era incluir a la conciencia en la ecuación? ¿Y si la famosa teoría de campo unificado —que tantos desvelos ha causado a los físicos— no era una fórmula, sino la estructura de una historia?

Las ecuaciones no saben contemplar el papel de la conciencia en la creación de la realidad. Las estructuras narrativas no pueden esquivarlo. Eso es lo que ofrece la literatura a nuestra precaria comprensión del mundo. Eso es lo que ofrecen al lector estos cuatro cuentos cuánticos.

MAGDALENA RAPA NUI

El avión toma tierra en el aeropuerto internacional Arturo Merino Benítez y la sospecha de que no debería estar ahí se convierte en certeza. No me gustaba mi vida, y no veía ningún atractivo en tener que cotejarla con las de todo un grupo de desconocidos a los que lo único que me unía era el hecho de haber compartido algunos años en el aula de un colegio de curas en Santiago de Chile. El motivo de mi viaje no era ése, sino un reportaje que tenía que llevar a cabo acerca de los últimos descendientes de los clanes originarios de la Isla de Pascua, en la polinesia chilena. Soy periodista de viajes, y sé que desde fuera puede parecer que tengo una buena vida, pero lo cierto es que desde hace rato hago mi trabajo de manera automática y sin ningún tipo de entusiasmo, lo mismo que todo el resto de las cosas. Lo último que quería era asistir a esa fiesta de reencuentro en la que todos intercambiarían recuerdos, currículums y fotos de sus hijos, pero por alguna razón algunos de mis antiguos compañeros se habían enterado de que andaría por ahí esos días y no había sabido negarme. Por los whatsapps que recibí en el grupo en el que me incluyeron sin preguntarme pude deducir que Raimundo Velázquez estaba en el comité organizador, y en el fondo supe que todo era culpa suya. Director de una de las mayores empresas de tecnología de la región, padre de cuatro hermosos niños y esposo de Magdalena Gilbert, mi primer amor de infancia, a él sí que le gustaba su vida, y no perdía ocasión de hacérselo saber al resto. Imagino que todos los asistentes estarían de algún modo conformes con sus vidas, de otro modo habrían optado por mantenerlas en el anonimato como me hubiera gustado hacer a mí. No quería estar ahí, no quería ver a toda esa gente. Y supongo que tampoco quería verla a ella. Al menos eso es lo que me repetía mientras esperaba mi maleta en la cinta transportadora número 6 del aeropuerto de Santiago de Chile.

Había venido acompañado de Ana, mi pareja desde hacía algo más de ocho años. Nunca venía conmigo a los viajes de trabajo, pero no estábamos pasando por una buena época y habíamos decidido que un escenario tan exótico como la Isla de Pascua podía ser un buen sitio para echar una bocanada de aire fresco a nuestra relación. En realidad a la relación no le pasaba nada. Ana era una excelente compañera, divertida y cariñosa, y me quería, nos queríamos. Al único que le pasaba algo era a mí. Y en realidad tampoco era que me pasara nada concreto, eso era lo peor de todo. No estaba enfermo, no se me había muerto nadie ni sufría estrecheces económicas. Era simplemente que había perdido el gusto por las personas y por las cosas, y que no tenía la menor idea de para qué estaba en el mundo.

El trayecto hasta el hotel fue bastante silencioso. El vuelo había sido largo y tanto Ana como yo nos encontrábamos absortos en nuestras respectivas ventanillas. Ella nunca había estado en Chile y yo hacía más de veinte años que no pisaba ese sitio. Los alrededores del aeropuerto no me resultaron ajenos. Las mismas plantaciones de tierra polvorienta, los mismos álamos y coigües custodiando las acequias que bordeaban el camino, las mismas improvisadas viviendas de chapa en los terrenos sin cultivo. A medida que avanzábamos, sin embargo, una incipiente zona industrial dejó intuir en la lejanía el skyline de una ciudad para mí desconocida. Antes de que pudiéramos acercarnos lo suficiente como para distinguir los detalles de las autopistas y los rascacielos recortando contra el perfil imponente de la cordillera de los Andes, el taxi se sumergió en un moderno túnel que nos llevó directamente al centro de la ciudad. Nuestro hotel quedaba sobre la avenida del Libertador Bernardo O'Higgins. El nombre me trajo a la memoria unas lejanas clases de historia en las que próceres chilenos de abundantes patillas luchaban contra la monarquía española y contra la armada peruana en episodios llenos de un heroísmo que ya entonces me resultaba sospechoso. Recordé el aula en que tenían lugar esas clases y los párpados excesivamente maquillados de la profesora que las impartía. Recordé el parque arbolado que se extendía del otro lado de la ventana y las canchas de fútbol hacia las que salíamos disparados apenas sonaba la campana del recreo.

Recordé las trenzas rubias de Magdalena Gilbert, sus ojos celestes, sus mejillas pecosas. Se trataba de imágenes que casi no había visitado en todos esos años, y al repasarlas subyacía, de un modo del que apenas era consciente, la pregunta acerca de si aquel niño asustadizo que entonces llevaba mi nombre era el mismo adulto malcarado que hoy miraba pasar los edificios desde la ventanilla de su taxi, una sensación de extrañeza respecto del propio recorrido que el tiempo se había encargado de silenciar, y que resurgiría con fuerza a la luz de los acontecimientos que estaba a punto de protagonizar. ¿Estás bien?, me dijo Ana poniendo su mano sobre la mía y trayéndome de vuelta al presente. Estoy bien, le dije ensayando una especie de sonrisa, y cuando quise darme cuenta ya estábamos pagando al taxista e instalándonos en nuestra habitación de hotel.

Al día siguiente nos levantamos temprano y ultimamos los detalles del coche de alquiler que Ana había reservado. Mientras yo asistía al encuentro con mis excompañeros, ella aprovecharía para ir a conocer la ciudad de Valparaíso, a unos cien kilómetros de la capital. A la noche, según la hora a la que volviera, me recogería directamente en la puerta del colegio. La acompañé hasta el auto, le di las últimas recomendaciones acerca de los sitios que debía visitar, y una vez que cerró la puerta me la quedé mirando con una cierta melancolía, como si se tratara de una despedida, o como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y estuviera volviendo a familiarizarme con sus gestos. La vi mirarse en el espejo retrovisor y colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja. La vi sacar algo de su bolso —probablemente las gafas de sol— y colocarlo en la guantera. La vi arrancar el coche, poner la luz de giro, y al cabo de un instante la vi desaparecer en la siguiente esquina.

La mañana arrancó con un torneo de fútbol en el que participamos una veintena de los antiguos camaradas. No era que el evento me despertara mayor interés, pero consideré que era una buena forma de entrar en contacto con aquellos rostros de un modo más paulatino, sin tener que enfrentarlos a todos de golpe. Así y todo, no me fue fácil compaginar los rasgos de los que tuve que saludar con los de aquellos niños que mi memoria indefectiblemente asociaba al lugar que sus

apellidos ocupaban en la lista de asistencia. No me extrañó no encontrar a Velázquez entre ellos. El deportivo nunca había sido el terreno en el que más se había destacado. Como no podía ser de otra forma, a mí me tocó integrar la escuadra de los rejuntados. Las otras tres se armaron en base a las afinidades del pasado. La mía estaba compuesta por aquellos especímenes que, por diferentes razones, nadie había sabido dónde ubicar. De alguna manera aprobé el hecho de que me contaran entre ellos, como si la condición de inclasificable me otorgara un sentido de pertenencia con el que no me costaba identificarme, y que me liberaba de paso de la obligación de tener que responder a roles preestablecidos. A juzgar por la complicidad con que nos saludamos, a mis compañeros de equipo les pasaba lo mismo.

Empezamos a dar los primeros toques al balón teniendo la edad que teníamos, entre risas tímidas que parecían querer anunciar que había otros detrás de nosotros queriendo saltar al terreno de juego. Al poco tiempo de iniciado el primer encuentro la transformación empezó a producirse. Las mismas rencillas entre los mismos rivales, las mismas burlas ante las mismas torpezas, los mismos campeones quedándose con las medallas. Yo, por supuesto, no estaba entre ellos.

El evento deportivo dio lugar a una barbacoa para la que no había venido preparado, por lo que me vi obligado a volver al hotel para ducharme. No me molestó tener que hacerlo. Así como resultó un acierto haberme presentado por la mañana, la pausa del mediodía también me pareció adecuada. La intensidad de una jornada completa en compañía de aquellos desconocidos seguramente me habría resultado excesiva. Era sábado y el centro de Santiago estaba desierto. En la plaza de Armas pude ver los monolitos y las pancartas de los pueblos originarios que por esos días reivindicaban sus derechos frente al Estado chileno. El pavimento de las calles había sido levantado aquí y allá como el vivo recordatorio de que, antes de que el cemento lo cubriera todo, aquellas tierras habían constituido un valle fértil por el que personas y animales transitaban sin más ley que la de la propia naturaleza. En una fuente de soda semivacía comí un sándwich de queso con palta, tomate y mayonesa mientras las chicas que la atendían me miraban divertidas. Al terminar volví a mi

habitación, contesté algunos correos, me eché a descansar un rato, y a las seis de la tarde estaba de vuelta en el colegio, tal y como indicaba la invitación.

El primer disgusto me lo llevé con la elección de la ropa. Había optado por una camisa blanca y una chaqueta azul que me habían parecido adecuadas, pero al entrar en el recinto en el que tendría lugar la fiesta —un salón de actos que no existía en mis épocas de alumno y cuyas cristaleras daban al bosque que se extendía detrás de la biblioteca— descubrí que el código era mucho más informal. Afortunadamente era verano y quedarme en mangas de camisa estaba plenamente justificado. Me la saqué fuera del pantalón, me arremangué los puños y me solté el segundo botón, de modo que en un instante me puse a tono con el resto.

¿Ernesto? ¿Ernesto Aguiar?, escuché de pronto a mis espaldas. ¿Podía ser que fuera Ismael, Ismael Blanco? Ismael de la parcela, Ismael de Puente Alto. Ismael mintiendo al almacenero para que acceda a vendernos tabaco. Nos estudiamos durante un instante mientras dudábamos acerca de cómo saludarnos. Finalmente nos dimos un abrazo algo aparatoso, como si a ambos nos resultara un tanto incómoda la excesiva intimidad a la que nuestro pasado común nos condenaba.

Ismael y yo habíamos sido inseparables. Él vivía en una señorial casa de campo —la parcela— que quedaba a algo más de una hora de la ciudad, por lo que cuando lo visitaba era para quedarme a dormir. Lo mismo si él venía a mi casa. Recordé un verano en el que nos la pasamos yendo y viniendo. Tres días en su casa, tres días en la mía y vuelta a empezar. En mi casa estábamos bien, pero la parcela era nuestro reino. Fingiendo no recordar la marca que nuestros padres nos habían pedido, comprábamos al almacenero cuatro cigarrillos sueltos que nos fumábamos a escondidas en algún rincón de la chacra. El terreno que rodeaba la casa era enorme y no convenía irse muy lejos, porque a la caída del sol soltaban a los perros. Ismael tenía tres dóbermans a los que ni siquiera de día y acompañados de un mayor nos dejaban acercarnos. Una tarde en que nos habíamos escondido a fumar, entre el mareo y la distracción, perdimos la noción del tiempo.

Para cuando quisimos regresar ya se los oía ladrar. Era innegable, estaban sueltos.

Con la intención de esquivarlos decidimos saltar el alambre y pasar a la parcela de al lado. Según Ismael, había un punto en el que la casa no distaba más de cien metros de la alambrada, y si esperábamos el momento correcto —aquel en el que los perros se hallaran del otro lado de la casa—, teníamos buenas chances de burlarlos. Durante el trayecto cayó la noche. En determinado momento los ladridos se acercaron mucho y, con el corazón en la mano, de pronto vimos tres sombras que saltaban la valla. No había árboles a los que subirse. La chacra en la que nos encontrábamos estaba sembrada con frutales de menos de un año a los que resultaba imposible trepar. Como quien reza sus plegarias comenzamos a repetir, con el hilo de voz que nos salía, los nombres de los perros. De pronto las sombras se abalanzaron sobre nosotros y nos tiraron al suelo, pero en vez de despedazarnos como hubiéramos esperado, nos empezaron a lamer la cara. No fue sencillo llegar hasta la casa. Incluso siendo amigable, un dóberman es mucho animal para un chico de doce años. Al llegar nos regañaron y nos mandaron a que nos lavásemos para sentarnos a la mesa. No hubo ninguna pregunta, ninguna instancia de descargo. Nunca tuvimos ocasión de explicar la odisea que habíamos atravesado.

Ismael, Isma, Ismael Blanco. Ismael con cara de luna, con menos pelo pero más largo. ¿Cómo podía ser que me resultara tan natural hablar con ese tipo al que no veía desde hacía casi treinta años? Hubo una misa a la que no asistimos. Mientras los otros rezaban en la capilla me puse al tanto de sus años en el sudeste asiático, su profesión de fotógrafo, el departamento que había comprado con lo que sus abuelos le dejaron. Yo le conté de mi accidentado regreso a la Argentina y de mi posterior traslado a Barcelona. No le sorprendió que me hubiera dedicado a las letras. Le dije que hacía muchos años que no escribía más que artículos periodísticos, pero él alegó que quien ha escrito una novela es para siempre un escritor. Ninguno teníamos hijos. Le dije que había venido con Ana, mi mujer desde hacía unos cuantos años. Él me dijo que hacía dos que se había separado de la suya. Con Ismael nos enamorábamos siempre de las mismas chicas —

Ismael en realidad se enamoraba siempre de todas—. Era la época en que compartir un amor no era más que otra excusa de fatigas y compañerismo. Lejos de representar un problema, nos daba ocasión de repasar milimétricamente cada escena imaginada, y de llenar con esas imágenes las horas que el más incendiario de los amores le arrebataba al sueño. Ismael también había estado enamorado de Magdalena Gilbert. Recuerdo un día, antes de ir a dormir, en que me lo encontré peinándose frente al espejo. ¿Y eso?, le pregunté. Es por si me la encuentro en sueños, me dijo.

Las campanas anunciaron el final de la misa y los invitados empezaron a copar el salón. Ismael se encontró con un viejo conocido y, tras hacerme un gesto que significaba algo así como «Luego nos vemos», se dirigió hacia una de las mesas. Yo le respondí con el pulgar en alto, pero lo cierto es que me quedé un poco a la deriva. El encuentro con Ismael me había hecho bajar la guardia, y al descubrirme allí solo, en medio de toda esa gente a la que no veía desde que era un crío, la verdad es que me sentí un poco descolocado. Las pocas personas que no charlaban con nadie y con las que crucé alguna mirada se limitaron a dedicarme una media sonrisa que parecía delatar su falta de entusiasmo por iniciar una conversación que no sabían muy bien hacia dónde conduciría. Y ya estaba empezando a echar de menos una copa o un cigarrillo en los que entretener los dedos cuando, entre los rostros de todos esos desconocidos que de a ratos me resultaban inquietantemente familiares, la vi aparecer.

La primera vez que vi a Magdalena Gilbert ambos teníamos doce años. Ella volvía de vivir en Estados Unidos, donde su padre había ido a hacer un doctorado en física de partículas con una beca para genios de la fundación McArthur. Magdalena era rubia y por esos días no había muchas rubias en Chile. Por ese entonces la gente no solía cambiar el color de su pelo y, como suele suceder en la mayor parte de los países latinoamericanos, la mezcla de sangre autóctona y española privilegiaba las melenas oscuras. Entró en el aula con el curso ya

empezado y se vio sometida a la traumática experiencia de tener que ser presentada como la alumna nueva frente a toda la clase. No sé si fue el desamparo de su gesto o el dorado de sus trenzas lo que me hizo amarla al instante. Había una cierta tristeza en su mirada que, sumada al hecho de que hablaba el español con alguna dificultad, desprendía un aroma a destierro con el que me sentí inmediatamente identificado.

No sabía qué hacer con eso que me pasaba. En los ratos libres intentaba acercarme, no para hablar con ella, sino sencillamente para participar de su radio de existencia, supongo que deseando que alguna casualidad nos diera la posibilidad de intercambiar unas palabras. Tampoco sé qué le hubiera dicho si eso ocurría ni hasta qué punto me permitía fantasear con detalles más eróticos como tomarla de la mano. Se trataba más bien de una turbación general que nunca antes había experimentado y que me sacaba constantemente del presente para colocarme en un estado de parálisis cerebral en el que mi voluntad y mis movimientos dejaban de pertenecerme, una especie de intoxicación completamente desconocida que hizo añicos lo que hasta entonces habían sido mis prioridades y mi incipiente personalidad. En el recreo ya no corría a buscar sitio en las canchas de fútbol ni charlaba con los pocos chicos con los que me relacionaba, simplemente me mantenía a una cierta distancia de ella y la espiaba sin ninguna finalidad concreta, como si a cada momento quisiera verificar que seguía siendo tan hermosa como me lo había parecido el instante anterior, o me quedaba en el aula con alguna excusa inventada, matando el tiempo y alentando la imprecisa esperanza de que un milagro la hiciera regresar antes que los demás o volver para buscar algún objeto olvidado. Lo más seguro, como digo, es que si ocurría cualquiera de esas cosas me hubiera quedado mudo e inmóvil, sin atreverme siquiera a mirarla. El día se dividía entre los momentos en los que la tenía cerca y los que no. Tener que irme a casa cuando acababa la jornada no era más que el inicio del interminable desierto que debía atravesar hasta la mañana siguiente, cuando la vería de nuevo.

Pasaron los meses y mi inexistente plan de acción había sufrido muy pocas modificaciones. Pese a mi escasa experiencia, pronto empecé a

comprender que aquello no podía extenderse durante demasiado tiempo, a riesgo de terminar encerrado en una habitación muy blanca y con una enfermera dándome de comer en la boca. Había perdido el hambre, el sueño, y, por más que al pensar en hablarle el corazón me latía tan fuerte que parecía que se me fuera a salir del pecho, decidí que así no podía seguir. Lo peor que me puede pasar es que me muera, pensé, y no será peor que esto, así que, sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, junté el coraje para esperarla una tarde en la puerta del colegio.

No me fue difícil saber que ese día se quedaría hasta más tarde debido a su práctica de atletismo. Conocía todos sus movimientos, sabía quiénes eran sus amigas y había averiguado incluso el nombre de la calle en la que vivía. No era que el dato me fuera a servir de algo, era sólo que cuando la ansiedad arreciaba me tranquilizaba el hecho de poder imaginarla en algún lugar concreto. Esperé lo que me pareció una eternidad hasta que la vi acercarse en compañía de una amiga. Ella también me vio, y algo debe de haber intuido, porque bajó la vista y se mostró visiblemente incómoda. Yo a esa altura ya no estaba en condiciones de dar marcha atrás, así que, sin importarme que estuviera acompañada, me acerqué y le dije que si tenía un momento me gustaría hablar con ella, que tenía algo para decirle. Ella me dijo que estaba apurada, que mejor la llamara por teléfono.

El camino a casa se transformó en un calvario. ¿De verdad estaba apurada o fue una forma de esquivarme? ¿Debía llamarla como me dijo o debía esperar a que se presentara la ocasión de volver a hablarle en persona? Las dudas eran tantas y tan acuciantes que decidí que lo procedente era no innovar. Si te dijo que la llames, la llamas, me dije. En el estado en el que estaba era más que probable que cualquier improvisación sólo ayudara a empeorar las cosas.

Decidí hacer la llamada desde el teléfono público que había en el almacén del barrio. El único aparato que había en mi casa se encontraba en el recibidor, con lo que resultaba imposible lograr algún tipo de intimidad a la hora de utilizarlo. Para colmo, era el momento del año en que mis abuelos solían visitarnos, y esa vez además habían venido acompañados de mi tío y de su mujer, con lo

que el ambiente se encontraba particularmente ajetreado. Caminé las cuatro cuadras que me separaban del almacén y, para asegurar mi privacidad, esperé a que el horario comercial hubiese acabado. Coloqué las monedas en la ranura del teléfono, marqué el número y pregunté por ella. Quería saber si querías ser mi novia, le dije. No sé si fueron las palabras exactas, no sé si llegué a pronunciarlas siquiera, me asombraría el simple hecho de haber sido capaz de articularlas, pero parece ser que lo hice porque ella me respondió que tendría que pensárselo. Me lo diría al otro día.

No guardo ningún recuerdo de esa noche, pero estoy casi seguro de que debe de haber sido algo muy parecido al infierno. O a la sala en la que uno espera a que lo llamen para entrar en el infierno. Tampoco sé cómo junté el valor para ir al colegio al otro día. Lo siguiente que recuerdo es estar en el patio a la hora del recreo, completamente colapsado e intentando decidir si debía acercarme a preguntar o si debía esperar a que fuera ella la que viniera. Y en eso andaba, presa de una asfixiante parálisis, cuando se me acercó la misma amiga qua la acompañaba el día anterior. Dice que no, que no quiere ser tu novia, me dijo, y no me quedó otro remedio que odiarla. No a ella, no, a ella nunca la podría odiar. Incluso con doce años supe que eso era imposible, que no se odia a quien se ha amado, a menos que uno esté dispuesto a terminar odiándose a sí mismo. A la que odié fue a la otra, a la fatídica emisaria. Jamás volví a ver con buenos ojos a nadie que se llamara Antonia.

Pasaron los años y acontecimientos mucho más importantes que mis tempranas decepciones amorosas nos obligaron a mi familia y a mí a dejar el país. Volvimos a la Argentina, donde estudié Filosofía y Letras, me convertí en periodista y publiqué un par de novelas y un par de libros de cuentos que tuvieron alguna aceptación, pero que, al no llegar a darme de comer, con el tiempo fui abandonando para centrarme en las crónicas de viajes y en la docencia. En el terreno sentimental fui bastante inconstante, y cuando por fin conocí a una chica con la que pensé que valdría la pena formar una pareja —y, quién sabe, una familia— la relación se terminó de una manera tan abrupta que sentí la necesidad de alejarme todo lo que pudiera de

cualquier cosa que me hiciera acordar a ella. Dejé la ciudad de Buenos Aires en otoño y, al cabo de un oscuro periplo que no vale la pena detallar, a comienzos del verano siguiente terminé recalando en Barcelona, donde desarrollé la mayor parte de mi trayectoria profesional y donde, al cabo de algunos años, apareció Ana para echar algo de luz a mi sombría existencia.

Alguna vez me he preguntado qué habría sido de mí si aquello no hubiera ocurrido, si Ana no hubiera llegado para obligarme a renovar mi malogrado pacto con la vida. No eran pocas las ocasiones en las que me decía que lo que para mí había sido un milagro, para ella había representado una condena. Estaba convencido de que su existencia hubiera sido mucho más llevadera si no hubiera tenido que cargar conmigo a cuestas.

Fue en aquellos primeros tiempos de mi llegada a la ciudad, en el ínfimo estudio que alquilaba a pocas calles de la playa de la Barceloneta, donde de manera absolutamente inesperada volví a tener noticias de Magdalena Gilbert. Habían pasado casi veinte años desde la última vez que nos habíamos visto, y recuerdo que estaba corrigiendo las galeradas de mi segundo libro de cuentos cuando entró un correo firmado con su nombre. En él me contaba que vivía en Bruselas, que se había casado con Raimundo Velázquez, que era madre de tres niños y que se dedicaba a llevar la comunicación del instituto de física de partículas que había en las afueras de la ciudad. Me decía que hacía unos meses había viajado a Chile, y que en la casa de sus padres se había encontrado con los míos, que casualmente estaban de visita en Santiago. Por la época en que fuimos compañeros ellos se habían hecho bastante amigos. Al parecer mi madre la había puesto al tanto de mi vida, de mi traslado a Barcelona y de mis actividades literarias, y le había pasado mi dirección de correo. En la misma visita había contactado con algunos de nuestros antiguos compañeros y mi nombre había salido en la conversación, y como ninguno tenía noticias mías, y a partir de la casualidad de haberse encontrado con mi madre, había decidido escribirme para saber de mí.

Leí un par de veces el correo con una nostalgia dulce, la misma con la que miramos las viejas fotos que aparecen en el fondo de un cajón

cuando nos preparamos para una mudanza. «Magdalena Gilbert», repetí como para mí. Me parecía casi irreal estar leyendo su nombre en la pantalla luego de todo ese tiempo, y así se lo hice saber en mi respuesta, a lo que ella contestó que a ella también le resultaba extraño escribir el mío. Todavía me acuerdo de cuando escribí en mi diario «Me gusta Ernesto Aguiar», agregó. Al leer aquello un golpe de frío se coló en mi estómago. ¿Que yo le gustaba? ¿Que en aquella época yo también le gustaba? ¡Pero si le había pedido que fuera mi novia y me había rechazado! Superado el primer trance, le dije que no sabía si me provocaba más ternura imaginarla con doce años escribiendo aquello, o imaginarme a mí mismo habiendo podido leerlo. La vida podría haber sido diferente. ¿Podría haber sido diferente? ¿Realmente uno podría haber tenido una vida diferente de la que ha tenido? Se trataba de la primera vez que me había atrevido a confesarle mi amor a alguien. El hecho de haber sido rechazado había abierto toda una sucesión de acontecimientos que probablemente habría sido otra si la respuesta hubiera sido distinta. Tal vez habríamos pasado la vida entera juntos. O tal vez nos habríamos separado al poco tiempo pero yo habría enfrentado mi recorrido emocional con la seguridad de ser alguien querible, alguien del que una chica como Magdalena Gilbert se podía enamorar. Tal vez eso me hubiera dado una templanza que habría influido en todas mis relaciones futuras. Tal vez habría exhibido una solidez de carácter que hubiera hecho que toda mi vida fuera diferente. Tal vez sería yo, y no el imbécil de Raimundo Velázquez, el que viviría en Bruselas con alguien como ella y con tres hermosos niños, y no estaría solo en un minúsculo estudio de la Barceloneta jugando a escribir cuentitos, pensé. Tal vez era por eso que me había dedicado a inventar historias en vez de vivir las que la vida me ofrecía. Tal vez el ejercicio de la literatura no era más que una venganza contra todas aquellas posibilidades que el destino me había negado, y si me dedicaba a inventar los recorridos de personajes que perseguían sus anhelos y armaban una vida en torno a ellos era porque yo nunca había tenido ocasión de hacer lo propio con la mía. Pero no le dije nada de eso. Simplemente le escribí que no sabía si me daba más ternura

imaginarla con doce años escribiendo aquello en su diario o imaginarme a mí mismo habiendo podido leerlo. Y fue lo último que nos dijimos. Y ahora, treinta años después, volvíamos a vernos las caras. Por más que las caras fueran otras. Por más que ya no fuéramos los mismos. ¿O es que acaso éramos los mismos, sólo que algo más envejecidos? Supongo que fue aquella postergada curiosidad la que nos llevó a sentarnos en una mesa un poco apartada del resto para intentar averiguarlo.

No sabía que ibas a venir, dijo ella como para romper el silencio. Le confesé que yo tampoco, que el evento había coincidido con un viaje que tenía que hacer a Chile para llevar a cabo un reportaje sobre la Isla de Pascua, y que alguien se había enterado de que andaría por ahí esos días y había decidido invitarme. Le pregunté por Raimundo Velázquez y me dijo que no se encontraba bien y que había tenido que quedarse en casa. Nada serio, me aclaró, probablemente algo que habría comido. Lo dijo de un modo —como queriendo esquivar el tema— que me hizo pensar en que había algo más, pero no le pregunté. Ella quiso saber si seguía viviendo en Barcelona y si seguía escribiendo. Le dije que sí, que seguía viviendo en Barcelona, pero que ya no escribía más que artículos periodísticos. Se mostró decepcionada. Me dijo que había disfrutado mucho con mi primer libro de cuentos y que cuando alguien tiene la capacidad de hacer algo así no debería dejarlo. Se lo agradecí, pero no quería ahondar en ello. No quería tener que explicarle que lo había dejado cuando había descubierto que escribía historias de otros para intentar evadirme de la mía. Le pregunté si seguía viviendo en Bruselas y me dijo que no, que hacía seis años que habían vuelto a Santiago. En realidad yo ya lo sabía, pero fue la mejor manera que encontré para pasar la pelota de su lado. Me contó de la vuelta a Chile y de la casa que habían comprado. Me dijo que había apuntado a sus hijos en nuestro colegio y que le resultaba extraño tener que ir a las reuniones de padres en las mismas aulas a las que nosotros habíamos asistido. Me dijo que desde que se fueron el plan había sido volver a Chile, y que eso había hecho

que todo resultara un poco previsible. Me dijo que me envidiaba por escribir de viajes. Un viaje no debería tener una fecha de regreso, agregó, un viaje debería estar abierto a cualquier cosa que pudiera pasar en el camino. Le dije que el periodismo de viajes era lo opuesto a eso. Cada día estaba programado de la mañana a la noche por quienes te invitaban y no había ningún margen para improvisar. En general tenías cinco o seis días para sacar una radiografía apurada del sitio que estabas visitando, y luego intentar plasmar esas impresiones en los pocos espacios libres que dejaban las recomendaciones de hoteles y de restaurantes. ¿Y qué haces con todo lo que no cabe en el artículo?, quiso saber ella. Nada, respondí, me lo guardo para mí. Pues escribe sobre eso, me sugirió, seguro que resultaría interesantísimo. Yo me limité a sonreír y ambos nos quedamos en silencio.

A nuestro alrededor la gente había empezado a ocupar las mesas. Todos reían y brindaban con entusiasmo genuino, como si no dieran crédito a los rostros que tenían enfrente, como si no pudieran creer que les hubiera sido dado encontrarse con esa porción de sus vidas que creían olvidada y a la que pensaban que nunca más regresarían. Así que yo también te gustaba, dije de pronto. No fue premeditado —yo mismo me sorprendí al oírme—, y lo cierto es que se me hacía bastante absurdo sacar el tema luego de todo ese tiempo, pero me salió sin pensarlo y se ve que lo dije con tanta naturalidad que Magdalena no pudo hacer otra cosa que sonreír. Así es, confirmó sin levantar la vista de la mesa, tú también me gustabas. ¿Y por qué no me lo dijiste? Magdalena me miró con expresión divertida. Era una niña, me dijo, me moría de miedo, apenas me atrevía a confesármelo a mí misma. Tenía todo el sentido, pensé, era una niña. Los dos los éramos. De pronto tuve la impresión de que el que había querido ir demasiado rápido había sido yo. No creas que no fue algo a lo que no le di vueltas con el paso del tiempo, dijo ella, y me miró con una sonrisa tan dulce que me hizo sentir en casa. Supongo que en el fondo no era a mí a quien miraba, supongo que lo que buscaba entre los pliegues de mis palabras era una señal o un resabio de aquel chico que había conocido en su infancia. Supongo que, en el fondo, yo estaba haciendo lo mismo.

Los camareros habían empezado a servir los platos y la gente había empezado a cenar. Nosotros permanecimos en nuestra mesa y por alguna razón nadie nos hizo caso, como si no nos hubieran visto o como si secretamente hubieran intuido que no debíamos ser molestados. Chile me aburre un poco, dijo Magdalena, a veces trato de imaginar cómo habría sido la vida si nunca hubiéramos vuelto, si no me hubiera casado, si no hubiera tenido hijos. No me malentiendas, se apuró a aclarar, mi trabajo no está mal y tengo unos hijos preciosos, pero a veces me pongo a pensar en cómo habría sido todo si me hubiera animado a seguir un poco más mis instintos, si no hubiera sido tan ordenada en todo. Un poco lo que hiciste tú, agregó. No era la primera vez que alguien me transmitía la visión de que yo había sabido seguir mis instintos, que había apostado por lo que quería, que había sido valiente. Lo cierto es que, como la mayoría, había hecho lo que había podido para juntar los pedazos de una vida que no había elegido, pero no me pareció que fuera el momento de aclararlo. ¿A veces no te da por pensar cómo habrían sido las cosas si no hubieran sido cómo fueron?, insistió ella. A veces, respondí. Creo que te conté que en Bruselas trabajé en un laboratorio de física, retomó, pues los físicos tienen una teoría muy curiosa que dice que existen infinitos universos paralelos al nuestro en los que ocurren todos los eventos que no ocurren en este. Hay un universo en el que todo es exactamente igual que aquí, sólo que esta mesa a la que estamos sentados es redonda en vez de ser cuadrada. Y hay otro en el que yo tengo doce años y soy un poco menos tímida y te digo que sí, que quiero ser tu novia. Se produjo un nuevo silencio que por alguna razón no nos incomodó. Era como si las palabras que pronunciábamos ya no nos pertenecieran a nosotros, sino a aquellos niños que habitaban ese universo paralelo en el que las mesas no eran cuadradas sino redondas, como si de algún modo nosotros ya no formáramos parte de ese juego. ¿Y qué crees que habría ocurrido?, le dije. ¿Con qué?, replicó ella. Con nosotros, ¿qué crees que habría ocurrido si hubieras sido menos tímida y me hubieras dicho que querías ser mi novia? Magdalena esbozó una sonrisa diferente a las anteriores, una que parecía querer abarcar todos los futuros posibles, y a punto estaba de

responder cuando una voz chillona nos interrumpió.

¿Ernesto? ¿Ernesto Aguiar? Esta vez se trataba de Raúl Ruiz. Su aparición resultó de lo más inoportuna pero fingí alegrarme de verlo. Raúl también había estado enamorado de ella, y al recordarlo pensé con cierta desazón que quizá todos lo estábamos. Algo empezó a contarnos acerca de los compañeros con los que había estado hablando y, mientras lo miraba y asentía sin escucharlo realmente, me dediqué a barajar todas las posibles respuestas que Magdalena Gilbert podría haberme dado. Lo más probable es que me hubiera dicho que nada habría cambiado mucho, porque lo más sensato era pensar que no hay detalles que modifiquen sustancialmente el curso de los acontecimientos, sino que lo que hay es una dirección previamente establecida que involucra los destinos de todas las personas, y que lo que puede ocurrir es que se produzcan pequeñas variaciones que no alteran radicalmente el rumbo general de las cosas. Pero quizá ella lo veía diferente. Quizá ella pensaba que todo podría haber sido distinto, que nuestras vidas podrían haber sido otras y que nosotros podríamos haber sido otros. Que ese pequeño instante en el que su amiga me había transmitido su negativa había modificado irreversiblemente todos los acontecimientos que el destino nos tenía preparados. A esa altura, de todos modos, lo que pudiéramos opinar al respecto no tenía demasiada importancia. La vida había sido la que había sido y quizá lo más pertinente era no darle muchas más vueltas al asunto.

Como para dejar de pensar en ello decidí concentrarme en lo que Raúl Ruiz nos contaba, y al instante siguiente —y sin conseguirlo— me puse a tratar de recordar qué tan amigos habíamos sido él y yo. Raúl era de una época anterior a la de Ismael, era más serio, más bajo y más callado que Ismael. No recordaba que habláramos mucho. Ni siquiera fui capaz de determinar qué tan bien nos caíamos. Sí recordé que a veces nos acompañaba a una cabaña que mis padres alquilaban en un pequeño pueblo costero a un par de horas de la capital. Sé que a veces yo invitaba a alguien, tengo los datos que lo confirman, pero la verdad es que en mi memoria priman los momentos en los que estaba solo. Recuerdo largas caminatas por el bosque que había detrás de la casa. Siempre llevaba conmigo una caja de fósforos y algo de papel de

periódico, y en algún claro que encontraba me sentaba a hacer fuego y me quedaba horas mirándolo. Luego, cuando me cansaba, tapaba todo con tierra y volvía a la cabaña. A veces mis abuelos también nos acompañaban, y guardo imágenes de ellos caminando por la playa o sentados junto al fuego. También mi padre caminaba por la playa cada tarde, siempre abrigado hasta las orejas, siempre con viento helado. Durante los meses de verano el dueño ganaba dinero alquilando las cabañas a cualquiera que las quisiera pagar. Entre el otoño y la primavera escogía a aquellos que le cayeran bien y que compartieran sus ideas políticas, y los precios que les cobraba eran prácticamente simbólicos. Nosotros formábamos parte de este segundo grupo, es por eso que en mis recuerdos generalmente hace frío. La imagen del Pacífico, gélido y rugiente, ha moldeado una suerte de escenario moral que de algún modo marcó mi carácter, uno que me recuerda que la vida no es una broma, y que a aquellos que así lo creen el mar se los termina tragando. En las noches de los sábados se cenaba en casa de Emilio —así se llamaba el dueño de las cabañas— y se hablaba de todos los temas que por esos años no podían tocarse. En alguna época la familia de Magdalena también alquiló una cabaña ahí y calculo que la noticia ha de haberme emocionado, pero por alguna razón no logro recordarlo. Quizá se deba a que ocurrió justo después de mi desengaño amoroso y mi memoria —sabiamente— ha decidido olvidarlo.

Después de intercambiar algunas palabras con Raúl —algo nos dijo a Magdalena y a mí acerca de los días compartidos en aquel balneario —, el muy traidor se la llevó a la pista de baile. Luego del primer impacto pensé que estaba bien, que probablemente ya no tuviéramos mucho más que decirnos. En ese momento apareció Ismael y me dijo que hacía un rato le había confesado a Magdalena lo enamorados que estábamos de ella y que ella se había quejado de lo tímida que era por ese entonces. Recuerdo que pensé —y el pensamiento me sonó a disculpa— que a esa edad no se puede ser tímido, que a esa edad en realidad no se puede ser casi nada. Apenas hay tiempo para tratar de ser, el resto viene de regalo. Ismael, como la mayoría, se hallaba ya algo borracho, y mientras yo pensaba en estas cosas él me contaba que

su tío había sido el compositor de una canción muy popular en aquella época que llevaba por título «Magdalena Rapa Nui». «Ka oho mai koe mamaruau, maite tiare mamaruau», cantó Ismael en pascuense. Se trataba de una canción inspirada en una mujer que su tío había conocido en la Isla de Pascua, una mujer mayor que lo había cautivado con su alegre simpleza, y que se llamaba igual que nuestro amor de infancia. El recuerdo me conmovió, pues se trataba de una canción que tenía completamente olvidada y que sólo entonces recordé que cantábamos a menudo por el único motivo de que en alguna parte mencionaba su nombre. Cuando vayas para allá quizá te la encuentres, dijo Ismael en referencia a mi inminente viaje a la Isla de Pascua, y a continuación me tradujo el estribillo de la canción. «Ka oho mai koe mamaruau, maite tiare mamaruau: Ven aquí abuela, dame una flor abuela». Me chocó enterarme de su significado porque para mí se relacionaba con el recuerdo que guardaba de la niña que había conocido y no con ninguna abuela. Entonces caí en la cuenta de que, más pronto que tarde, ella también sería abuela, y que tendría nietos que irían a visitarla, y que ellos nunca podrían imaginar que su abuela un día había tenido doce años y les había robado el sueño a sus compañeritos de clase.

Me dediqué a vagar por el salón en silencio. Desde hacía un rato que me venía sintiendo algo mareado y, con la esperanza de que me sirviera de remedio, decidí pedir una copa de vino y llevármela en mi recorrido. Los asistentes se repartían entre los que aún charlaban en las mesas y los que habían pasado a la pista de baile. Había unas treinta parejas bailando en la pista y de pronto tuve la sensación de que se trataba en todos los casos de viejas deudas queriendo saldarse. Algunos que habían sido primeros novios y que se dejaron algo en el tintero, otros —los más— que nunca habían llegado a serlo. Ahí estaba por ejemplo Raúl Ruiz, bailando como un loco y desplegando todas sus artes amatorias delante de ella. Por un momento me pareció que se veía algo ridículo queriendo jugar un juego que ya le iba pequeño, pero luego comprendí que en realidad me daba envidia, y que si no era yo el que estaba ahí bailando era sencillamente porque no se me había ocurrido. Volví a mirar a Raúl Ruiz y ya no me pareció

tan ridículo. Tampoco me pareció que anduviera enfrascado en rituales amatorios, sino que lo que ocurría era que de verdad se había vuelto niño, y que como el niño que era pensaba sacarle el jugo a cada uno de los minutos que faltaban para que sus padres vinieran a buscarlo. Giré la vista hacia el resto, todos bailaban de pronto con el mismo extraño entusiasmo, uno que no les pertenecía, que de algún modo era prestado, como si el escenario y la compañía los estuviera obligando a intentar ser lo que fueron, y no porque se sintieran obligados a hacerlo, sino porque las circunstancias no les dejaban ninguna otra alternativa, como si el mero contacto con esos rostros y con esos muros nos hubiera envuelto a todos en una burbuja atemporal que nos había arrastrado hasta los días en que nos conocimos, los días en que aprendimos los primeros códigos sociales, aquellos en los que apenas llegaron a asomar nuestras primeras pulsiones instintivas para ser inmediatamente domesticadas por un mundo que en adelante se dedicaría a juzgarnos. En ese momento no, en ese momento éramos cachorros, y los cachorros juegan a pelearse y a quererse. En ese momento todo estaba empezando.

Dejé atrás el salón en el que tenía lugar la fiesta y el aire de la noche me golpeó con su silencio. A medida que me alejaba la música se alejaba también, hasta que se convirtió en un murmullo tan tenue que cedió el protagonismo al canto de los grillos. En el cielo la quietud de las estrellas parecía querer reírse de la idea del paso del tiempo. Al girar en uno de los pasillos me encontré con el edificio de la biblioteca, y en la puerta con el rostro bondadoso de Ricardo Zambra. ¿Ernesto? ¿Ernesto Aguiar? Ricardo apoyó su mano en mi hombro y se me quedó mirando de un modo que, de no haber sido porque acababa de pronunciar mi nombre, hubiera jurado que se correspondía con el del que no tiene la menor idea de a quién tiene enfrente. No me sorprendió encontrarlo a cierta distancia de los festejos. Ricardo siempre había sido muy reservado, y seguramente toda esa avalancha de excompañeros le había resultado un tanto intimidante. De niño había sido un chico extremadamente sensible. Desde muy pequeño había mostrado un talento desmesurado en todas las actividades en las que se embarcaba. Juntos habíamos escrito alguna obrita de teatro,

pero su terreno era más bien el del color y la forma. A través de conocidos comunes supe que había pasado por épocas en las que no le había resultado nada fácil lidiar con las batallas a las que su desaforada curiosidad lo condenaba. Me dijo que ahora estaba mejor, que había estado exponiendo sus pinturas, que por fin había comprendido que no bastaba con quedarse en los propios pensamientos, que era importante hacer el esfuerzo de salir un poco, de conseguir que todo eso que uno tiene en la cabeza encuentre la forma de mostrarse, que no debía quedarse ahí taponando los conductos —así lo dijo: taponando los conductos—, porque de otra manera bloquearía lo que venía a continuación, dejar salir todo lo que hubiera dentro, para que el aire circulara, para que el agua circulara, era importante conseguir que el agua circulara, dijo Ricardo, y se me quedó mirando con una sonrisa que no parecía esperar ninguna clase de respuesta. Luego, sin venir a cuento y con un tono algo lúgubre que contrastaba abiertamente con la luminosidad de su gesto, me dijo que cuando me fui había sido muy difícil para él. Tú pudiste empezar de nuevo en otro sitio, pero el resto tuvimos que quedarnos, agregó. No supe qué responder. Te veo bien, le dije, y era verdad, se lo veía mucho mejor que a los otros. De hecho en algún momento pensé si no se habría hecho algo porque parecía tener al menos diez años menos que el resto. Entonces él me preguntó si me acordaba de la biblioteca y de los libros de la segunda guerra mundial que no nos dejaban mirar pero que nosotros igual mirábamos, unos libros con fotos de tanques entrando en ciudades destruidas, y de hombres y mujeres muy delgados vestidos con uniformes a rayas, y de montañas de cadáveres apilados en un foso. Recuerdo que la primera vez que vi esas fotos me costó comprender que se trataba de cadáveres. Era la primera vez que veía las formas de la muerte, y recuerdo que en un primer momento me pareció que se trataba de muñecos. Recuerdo los huesos de los hombros, las clavículas protuberantes, los dientes asomando bajo el agujero en el que en algún momento debió haber estado la nariz. Recuerdo los párpados cerrados y serenos, como si estuvieran dormidos. Vamos a verlos, me dijo Ricardo, y empujó la puerta de la biblioteca, la cual, para mi sorpresa, se abrió sin oponer resistencia.

No veo nada, le dije a Ricardo mientras nos adentrábamos en la espesura. Espera un poco, dijo él, espera a que tus ojos se acostumbren a la oscuridad, y tomándome de un brazo me animó a acompañarlo. Avanzamos a tientas por un instante —en un momento me pareció que algo me rozaba el hombro— hasta que luego, muy poco a poco, las líneas de la sala central de la biblioteca empezaron a dibujarse en gris, en contornos de gris azulado que se recortaban sobre la densidad casi corpórea de la negritud que transitábamos. Unas pequeñas ventanitas horizontales dejaban entrar la luz de la luna a la altura del techo. A través de sus aberturas podía intuirse el cielo estrellado. Ahí estaban los ficheros, me indicó Ricardo, y al girarme para verlos me encontré con un hombre agazapado. El descubrimiento me sobresaltó, pero Ricardo enseguida se encargó de tranquilizarme. No pasa nada, es el Valerio, de mantenimiento. ¿Te acuerdas del Valerio? ¿Te acuerdas que estaba siempre arreglando algo? Era verdad, el Valerio siempre estaba arreglando algo. Me pareció que la silueta se incorporaba un poco e inclinaba la cabeza en señal de saludo. Yo hice lo mismo. ¿A esta hora está arreglando cosas?, pregunté. Ricardo soltó una risa tímida. ¿Aún no lo sabes?, me dijo, en todas partes y a cualquier hora siempre hay alguien arreglando algo.

Los libros de los mayores estaban en el segundo piso. En realidad se trataba de cinco escalones separados por un descanso que conducían a una sala algo más elevada a la que no podíamos acceder los que entonces teníamos doce años. La escalerilla era de concreto, y en el costado que daba hacia la sala central tenía un hueco perfectamente redondo por el que nos gustaba colarnos cuando nadie nos veía. En un gesto instintivo miré hacia el mostrador de entrada, y al no ver a nadie me lancé a cruzar. Mientras lo hacía creí recordar que en alguna época la bibliotecaria había sido la madre de mi amor frustrado, y en eso andaba cuando al alcanzar el piso de arriba, y acuclillado como estaba, me encontré con los pies de alguien que me dijo que no podía estar ahí. Al levantar la cabeza vi que ese alguien tenía algo en las manos, algo que al principio me pareció un muñeco, aunque era demasiado grande para eso. Ni bien acabó de hablarme se giró y tiró el muñeco —o lo que fuera que aquello fuese— sobre un montón de

figuras de aspecto similar. Si prometes no decir nada yo tampoco diré nada, me dijo. No sabía a qué se refería, pero lejos de inquietarme, aquella frase me sonó a triunfo, a una cierta complicidad que acepté de inmediato: cuando se tienen doce años uno no anda despreciando el hecho de que uno de los mayores lo haga cómplice de algo. Volví a bajar por el hueco redondo, y cuando quise encontrar a Ricardo para contarle lo ocurrido, caí en la cuenta de que se había ido. La biblioteca estaba quieta ahora, la luz de la luna me permitía verla en toda su magnitud, una magnitud que de pronto se me antojó mucho más pequeña de lo que me había parecido en un primer momento.

Salí por una puerta que me llevó hasta el parque de atrás, un agreste y añoso bosque que se levantaba junto al edificio de la biblioteca y que olía a rocío y a tierra húmeda mezclada con el aroma de los eucaliptos. Al fondo se divisaban las siluetas de las aulas de química y de pronto caí en la cuenta de que, a lo largo de todos esos años, cada vez que había pensado en un laboratorio lo había situado inconscientemente en esas aulas. Allí habían desarrollado los Curie sus avances en el campo de la radiactividad, y allí se había convertido Jekyll por última vez y para siempre en Hyde. Y lo mismo —supe entonces— me ocurría con la biblioteca. Cada vez que pensaba en ficheros pensaba en sus ficheros de madera. En mi imaginario las bibliotecas nunca tenían ordenadores, sino muebles-fichero llenos de pequeños cajones de madera en los que se amontonaban las referencias de todo el montón de libros que la biblioteca albergaba como la promesa de todas las historias que la vida nos tenía preparadas. Avancé por la hierba y recordé las primaveras en las que los plátanos orientales llenaban el aire de esa pelusa blanca que tanto hacía sufrir a los que tenían alergias, y me recordé a mí mismo recostado sobre el césped, los brazos detrás de la nuca, la camisa fuera del pantalón y algo levantada, de forma que algunas hebras de hierba me hacían cosquillas en la cintura, todo un Huckelberry Finn con sombrero de paja incluido viendo pasar los días que faltaban para el verano. ¿Cómo podían ser tan vívidos todos aquellos recuerdos? Debía tratarse de alguna función del cerebro que los atesoraba en cámaras humidificadoras para que conservaran su olor y textura a lo largo de

los años, esa coloración definitiva que serviría de parámetro para todas las demás coloraciones, más real que lo real, si es que alguna vez lo real había existido. Entonces tuve la certeza de que, si era verdad aquella idea del hombre como una *tabula rasa*, había sido allí donde se habían llevado a cabo las primeras inscripciones, las que habían moldeado los patrones a través de los cuales se produjo la tenue transformación que convirtió a aquel niño de entonces en el hombre que yo era. Cómo se conservaba tan nítido el sabor de la brizna de hierba que me colocaba entre los labios mientras observaba la forma en que las hojas de los árboles tamizaban los rayos del sol, como si las estuviera sintiendo titilar sobre mis párpados en toda su tibieza de mundo nuevo, de amor nuevo y sin estrenar, sin abolladuras ni presentimientos, como el que sentía cuando la veía salir al patio, su paso inseguro, su cuerpo desgarbado y aún en construcción, el mismo que entonces confiaba que algún día llegaría a abrazar, la brisa cálida de las dos de la tarde, cuando las moscas perezosas se dedicaban a incordiar la siesta de los que se desparramaban por el parque sin nada mejor que hacer que imaginar futuros posibles, todos los futuros posibles, todos los gloriosos futuros que nos estaban esperando, tan vastos eran los caminos y tan ancho era el planeta que nos habían regalado, tan todo éramos todos, los que estábamos y los que seríamos, los que saldríamos para conquistar. Las hojas como telarañas tamizando la luz del sol sobre mis párpados cerrados. Pero entonces los abrí y de pronto volvió a ser de noche, y como un eco lejano llegó hasta mis oídos el rumor de las voces que venían desde el salón.

Decidí regresar. A medida que avanzaba comencé a divisar los ventanales, y dentro, como en una enorme pecera iluminada, a todos los asistentes bailando. Era gracioso verlos moverse al son de una música que yo no llegaba a oír. Como en oleadas venía de a ratos aquel rumor de cánticos que había percibido desde el bosque, y que no se correspondía con el ritmo al que la gente se movía. Excepto por unos pocos, un grupo de diez o doce que, sin que nadie pareciese verlos, danzaban a un ritmo mucho más suave, mucho más cadencioso, mucho más acorde con el sonido que llegaba hasta mis

oídos, en una suerte de círculo bien diferenciado del resto. Cuando estuve algo más cerca pude comprobar que se trataba de un grupo de bailarines contratados, ataviados con las típicas faldas de paja y plumas y los típicos tocados para la cabeza del traje tradicional pascuense. Entonces comprendí la letra de lo que cantaban, la misma que desde hacía rato y en oleadas venía yo escuchando, «Ka oho mai koe mamaruau, maite tiare mamaruau», aquella vieja melodía que el tío de Ismael había compuesto en honor a esa mujer que compartía nombre y gracia con nuestro amor de infancia. Qué casualidad, pensé. ¿Habría sido por eso que Ismael me había hablado de ello? Lo curioso era que nadie parecía hacerles caso, como si ninguno de los otros hubiera reparado en su presencia. El escenario, por otra parte —porque había un escenario— permanecía vacío. Los del grupo de baile desplegaban su actuación en un rincón apartado, a espaldas de la concurrencia, como si pertenecieran a una celebración completamente ajena y se debiera a un mero accidente que compartieran espacio con la nuestra.

Me acerqué hasta el salón por un pasillo lateral. Un grupo de jóvenes —casi niños— se alejaba cuando llegué. Algunos de los invitados se habían instalado allí a fumar, ya que en el interior estaba prohibido. ¿Ernesto? ¿Ernesto Aguiar? ¡No me lo puedo creer! Esta vez se trataba de Eduardito Priest. Eduardito y yo no habíamos sido grandes amigos. No habíamos pertenecido a los mismos grupos ni teníamos muchas anécdotas que rememorar, pero vivíamos en el mismo barrio y en alguna época nuestros padres habían hecho turnos para llevarnos al colegio, lo cual fue cimentando entre nosotros una cierta familiaridad. Una vez que me tocó pelearme con un chico dos años mayor que yo, y al comprobar la tunda que estaba recibiendo, Eduardito salió en mi defensa, y desde entonces se estableció un pacto tácito por el que nos cuidábamos mutuamente. Me preguntó por mis padres y por lo que había sido de mi hermano. Yo le pregunté por su familia y me enteré de que vivían en el sur ahora, que él era el único que había decidido permanecer en la capital. Desde el salón nos llegaban las voces de dos personas que anunciaban algo a través de un micrófono y Eduardito me explicó que se trataba de alguna clase de

sorteo. Le pregunté si ya había acabado la actuación de los bailarines y él me dijo algo que no llegué a entender, pero que por alguna razón me hizo pensar en Ricardo, y entonces caí en la cuenta de que él y Eduardito habían sido grandes amigos. Lo vi a Ricardo, le dije, hace un rato, en la biblioteca, e inmediatamente noté una cierta perturbación en su gesto, como si no supiera de qué le hablaba. Luego, distendiendo la expresión, me dijo que Ricardo era un gran tipo, pero lo dijo de un modo extraño, de un modo tan distante que me hizo sentir algo de frío. Sí, sí, ya lo *ricardo*, agregó. ¿Cómo?, repliqué. Que ya lo recuerdo, dijo él, y no hubo tiempo para más, porque entonces llegó Ismael y a los empujones me llevó para adentro mientras me explicaba algo de un premio. Tardé un rato en entender que se trataba del sorteo que tenía lugar en el escenario, y sentí un ligero pavor al pensar en que tendría que subir a recibirlo, un pavor que hizo que el mareo que desde hacía rato había dejado de molestarme volviera de pronto y con fuerza, y creo que intenté resistirme y alegar que por ningún motivo me plantaría en ese escenario para buscar ningún premio, pero ya era demasiado tarde, porque sin darme cuenta estaba subiendo los escalones y un tipo desconocido me esperaba allí con los brazos abiertos.

El premio consistía en una noche para dos en un hotel de la costa. Nunca en mi vida había ganado nada, y por alguna razón, al enterarme, miré instintivamente hacia los asistentes y lo primero con lo que me encontré fue con el rostro sonriente de Magdalena Gilbert. Una idea absurda me asaltó: ¿sería una señal?, pensé. ¿Sería que todo estaba armado para que nos fugáramos juntos? La charla que habíamos mantenido, la conveniente ausencia de su marido, el grupo de bailarines moviéndose al ritmo de la canción que llevaba su nombre, ¿sería que toda aquella noche, desde que habíamos puesto un pie en aquel salón hasta mi paseo solitario por los jardines que nos habían visto crecer, no había sido más que el decorado para esta segunda oportunidad que la vida nos ofrecía? Asustado, volví a buscarla entre la concurrencia para comprobar si había en su rostro algún gesto o señal que apoyara mi presagio, pero las luces de los focos que caían sobre el escenario me cegaron y apenas pude

distinguir algunas siluetas difusas en medio de aquel fulgor blanco, algunas desconocidas y otras familiares, —incluso me pareció divisar en el fondo las de los bailarines pascuenses que aún seguían bailando —, pero ninguna era la de ella, y en ese momento una mano me alcanzó el sobre con el premio, y cuando me giré para recibirlo me encontré con que era un niño el que me lo ofrecía, y pensé que probablemente se tratara del hijo de alguien, y me incliné para agradecérselo y el niño me miró de un modo extraño, como si fuéramos cómplices de algo, y al bajar del escenario comprobé con cierta sorpresa que el mareo había desaparecido.

Entonces fue que ocurrió. Al principio pensé que se trataba de los hijos de los otros que habían tomado la pista, porque la mitad de las parejas que se hallaban ahí bailando debían de tener la edad que teníamos nosotros cuando nos conocimos. Se trataba de réplicas exactas de lo que habían sido sus padres a los doce años, y recuerdo que llevé a cabo una imprecisa reflexión acerca de lo inconcebible que me resultaba el hecho de que la forma de unos ojos o de una nariz estuviera ya contenida en el espermatozoide o en el óvulo que los había engendrado, pero pronto ese pensamiento se vio interrumpido por una imagen que me sobrecogió. Allí, enfrente de mí, vi pasar a un Ismael Blanco preadolescente, un Ismael idéntico al de los tiempos de la parcela, y sabía positivamente que él no había tenido hijos. Así me lo había confesado unas horas antes, durante la misa a la que no asistimos. ¿Podía ser que me hubiera mentido? Entonces miré hacia la pista y me encontré a Raúl Ruiz que aún bailaba con mi amor de infancia, o en realidad a sus réplicas en miniatura, que con apenas doce años se movían con el entusiasmo de la primera fiesta, piernas jóvenes y brazos jóvenes ensayando movimientos acabados de estrenar. Allí estaba ella como la primera vez que la vi, sus trenzas rubias sobre sus hombros breves, sus brazos largos pegados a un cuerpo en el que las formas aún no se decidían a asomar. Entonces lo supe: no era ella. No era a ella a quien buscaba cuando me la quedaba mirando, ni a la niña ni a la adulta. A quien en realidad buscaba era a mí. Y ni siquiera a mí, sino a una porción de un instante de lo que alguna vez había sido, un momento perdido en la noche atemporal

que por fuerza debía conservarse en algún sitio, congelado entre las capas de enfriamiento del planeta. Lo que en realidad buscaba era al chico que había experimentado aquel primer deslumbramiento, aquel momento fundacional que sólo entonces comprendí que llevaba años buscando. Y pensé si no era en el fondo lo que todos buscábamos, los vestigios del fulgor primero, aquella luz primigenia que había quedado para siempre titilando en nuestra memoria como el recuerdo de todo lo bueno y todo lo puro que la vida tenía para ofrecernos. Pero tampoco esta vez pude llevar a buen puerto mis reflexiones, porque mientras pensaba en todo esto, y quizá a modo de respuesta, de pronto me vi aparecer a mí. Con el pelo sobre la frente, con una delgadez extrema, con un esbozo de mis rasgos repartidos por la cara, me vi aparecer a mí. Y no sentí miedo, no sentí confusión ni desconcierto. Sentí vértigo, ilusión, sentí una ternura infinita. Sentí ganas de abrazarme, de protegerme de algún modo de todo lo que estaba por venir. Sentí incluso algo de lástima por ese chico que tenía enfrente, y la certeza, y la impotencia de que no podría hacer nada para evitarle las fatigas y los padecimientos que yo mismo había atravesado. Pero al mismo tiempo comprendí que yo no era él, que mi vida no era la suya, y que era a él a quien pertenecían todos los mañanas posibles, y sobre todo ese presente, ese presente infinito que de pronto se ofrecía como el origen de todo lo bueno y todo lo malo que alguna vez le iba a ocurrir. Y de algún modo que no sabré explicar sentí que en ese futuro suyo estaba también la esperanza del futuro mío. Uno que no era el suyo y que no tenía nada que ver con el suyo, pero que también estaba empezando porque todo siempre está empezando, todo siempre está naciendo como la primera vez, y lo único que tenemos que hacer es comprenderlo para que todos los caminos se abran y todo vuelva a suceder.

Como si hubiera estado escuchando mis pensamientos, mi yo de doce años me miró de pronto con sus ojos niños, y sin atreverse del todo lo vi hacerme un gesto que interpreté como el del que pide permiso. Y no supe exactamente permiso para qué, pero en el fondo sí que lo supe, y respirando hondo junté coraje y se lo di. Entonces me vi acercarme al Ismael de entonces y decirle algo al oído. El Ismael de

entonces asintió diligente y se dirigió hacia la pista, hacia el lugar en el que el Raúl niño y ella aún bailaban, y algo le dijo al Raúl niño que lo llenó de inquietud y que lo obligó a abandonar urgentemente el lugar. Entonces ella miró a Ismael y luego me miró a mí, y algo debe de haber comprendido porque de pronto la vi sonreír. Y a mí también me vi sonreír pero sólo con media sonrisa, porque seguramente estaba asustado. Alrededor decenas de niños comenzaban a desperdigarse por todos los rincones del salón, dispuestos a saldar las deudas que hacía tiempo habían contraído. Yo me vi acercarme a ella y tomarla de la mano, y me vi llevármela de allí, lejos del salón y de la fiesta, lejos de todo y de todos, caminaríamos hasta el parque que había detrás de la biblioteca, dejaríamos atrás las aulas de química y seguiríamos avanzando hasta más allá de las canchas de fútbol, y en las gradas de la pista de atletismo nos sentaríamos a decirnos todo lo que nunca nos dijimos.

¿Así que nos ganamos una noche de hotel?, me sobresaltó de pronto la voz de Ana, que sin que yo me diera cuenta había hecho su entrada en el salón. Acababa de llegar de su paseo por la costa y había decidido venir a buscarme directamente, sin pasar por el hotel. Sentí un enorme alivio al verla, como si ante su presencia algo se ordenara en el mundo, y también sentí que hacía mucho que no nos veíamos. La tomé de las dos manos, como si quisiera cerciorarme de que realmente estaba ahí, y a punto estuve de confesarle todo, todo lo que había ocurrido esa noche, todo el amor y la gratitud que en ese momento me inspiraba, todo lo maravilloso que me parecía tenerla ahí conmigo, luego de todos esos años, aún ahí conmigo, pero entonces comprendí que hay cosas que es mejor callar, que hay cosas que es mejor dejar en esos universos paralelos que conviven con el nuestro, sin intentar vulnerarlas con palabras. Nunca deberíamos tratar de vulnerar con palabras los universos paralelos que conviven con el nuestro, a menos que queramos que el nuestro empeore. Eché un vistazo al salón y vi que los últimos niños ya lo estaban abandonando. Los adultos hacía rato que ya no andaban por ahí. ¿Estás listo?, me dijo Ana pasando su brazo por mi cintura. Estoy listo, respondí. Ella me tocó con un dedo la punta de la nariz en ese gesto tan suyo y que tanto le agradecí. Yo

agarré la chaqueta azul que había dejado sobre una de las sillas y, abrazados, salimos a la noche.

PARTIR

Fue una noche en el bar de la universidad que conocí a Oscar Caridad. Oscar Caridad era un loco. Y sé que esto es algo que se dice de mucha gente, pero en este caso no se trata de una apreciación mía. Tal vez convenga aclarar que yo asistí a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el lugar escogido por los integrantes del Frente de Artistas del hospital psiquiátrico José Borda para dar a conocer sus trabajos. Oscar Caridad formaba parte del taller de poesía, y la noche de la que hablo había venido junto con otros internos a enseñarnos sus escritos. Yo había terminado mi última clase y, antes de irme a casa, había decidido pasar por el bar a ver si me encontraba con alguna cara conocida. Fue así que, por pura casualidad, di con el singular grupo de poetas.

Antes de dar por comenzado el evento, el coordinador del taller nos explicó que lo que íbamos a escuchar eran justamente las reflexiones de los internos acerca de lo que representaba para ellos la palabra «poesía». El texto presentado por Caridad se titulaba «Partí», y constituía una hermosa y poética explicación acerca de la manera en que había comenzado a alejarse el mundo, hasta que llegó un punto en que se le hizo imposible compaginar ese alejamiento con la realidad cotidiana. Me impresionó de tal manera que, luego de que bajara del escenario, me acerqué a hacérselo saber y a pedirle que me dejara fotocopiarlo o transcribirlo. Accedió con aire ausente y, como la fotocopiadora ya estaba cerrada a esas horas, nos sentamos en una mesa, yo a copiar su escrito y él a esperar a que lo hiciera. Apenas había empezado cuando Caridad me preguntó si el edificio en el que estábamos era el de la Facultad de Filosofía y Letras. Le expliqué que no, que era el de Ciencias Sociales, y restándole importancia al asunto seguí trabajando. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que volviera a interrogarme acerca del mismo asunto. ¿Y en algún otro

momento no fue la Facultad de Filosofía y Letras?, preguntó. No lo creo, le dije. En los cinco años que llevaba estudiando allí nunca había oído a nadie que hiciera ninguna referencia al tema, así que asumí que mi interlocutor debía de estar confundiéndose. ¿Está seguro?, insistió él. Más por complacerlo que por otra cosa, interrogué a la gente del bar al respecto y para mi sorpresa descubrí que, efectivamente, hasta hacía doce años, ésa en la que nos encontrábamos había sido la sede de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sentí algo de vergüenza. En ningún caso había querido tratarlo como a un loco, pero las circunstancias hacían poco probable que él pensara algo diferente. Discreto, sin embargo, guardó silencio. Seguí trabajando, y ya casi había terminado cuando Oscar Caridad intervino de nuevo. Yo antes estudiaba acá, me dijo obligándome a levantar la vista. Entonces me miró a los ojos, y con la misma inmutable inexpresividad agregó: Yo antes era como vos.

Transcribo a continuación el poema que Oscar Caridad leyó esa noche:

—Partí—
En el muelle saludé vestido de rojo.
Sabía y estaba alerta del largo viaje de Ulises.
Soñé que mi pensamiento fuera como el mar.
Soñé con un violeta eterno.
La mecánica del ego nunca te deja ir del todo.
La inteligencia te juega trampas, como el recuerdo.

—Partí—
En la borda mirando el mar oscuro.
Tenso, vestía luto.
Despedí mis últimas palabras reconocidas.
Despedí la muerte del delirio de este mundo.
Una palabra volvió sobre sí: poesía.
El retorno de la fuga de todas las palabras.[1]

El hecho ocurrió hace unos diez años, y no fue sino hasta esta noche que volví a tener noticias de Oscar Caridad. Fue en un bar cerca de mi casa. Un bar en el que, extrañamente, nunca antes había reparado. Me encontraba regresando de un día particularmente ajetreado cuando lo vi. Y no es que estuviera escondido, no. Tampoco era un sitio nuevo. Se notaba en la arquitectura y en el mobiliario, y sobre todo en la forma en que el hombre que lo atendía se relacionaba con sus clientes. Era un tipo mayor y llevaba a cabo su trabajo con la mecánica tranquilidad que sólo el tiempo otorga.

Entré como por obligación. Me parecía una especie de deslealtad hacia vaya a saber quién esto de no conocer un bar tan cercano a mi domicilio. Me senté en la barra y pedí cerveza, y mientras esperaba comencé a recorrer el sitio con la vista. Entonces lo descubrí. A escasos dos metros de donde me hallaba, y también junto a la barra, me encontré con la melancólica silueta de Oscar Caridad. Bebía un vaso de algún licor transparente. Disimulé el sobresalto y fingí no haberlo visto, más que nada porque no habría sabido cómo reaccionar. Afortunadamente, y de manera más que oportuna, justo en ese momento el hombre que atendía me alcanzó mi cerveza. Le di un trago y me refugié en ella. ¿Era realmente Oscar Caridad? Sí, claro, no había duda. De todas formas sentía la necesidad de volver a mirar para confirmarlo, pero me contuve por temor a que me descubriera. Una idea ridícula, pensé. Era evidente que él jamás se acordaría de mí.

Como quien no quiere la cosa, di un largo recorrido por el lugar antes de volver la vista hacia él. Sólo entonces noté lo extraño de la concurrencia. En la mesa más cercana estaba sentado un hombre de gruesa estatura y de gesto más bien primitivo aunque apacible, y frente a él, una chica considerablemente menor. Tendría unos doce o trece años y bebía una bebida del color del coñac en una copa de coñac, pero que, tomando en cuenta su corta edad, era evidente que no podía tratarse de coñac. El tipo, por su parte —que por alguna razón tenía para mí el aspecto de un leñador—, de unos treinta y cinco años, de barba y cabellos largos e hirsutos, tomaba una Coca-Cola y la observaba con un amor infinito. Tenía tomada una de sus

manos y no dejaba de acariciarla. Ella lo dejaba hacer con cierta indiferencia y cada tanto daba un trago a ese vaso suyo. Un poco más allá había una pareja de edad indefinida que vestía prácticamente de la misma manera. No sólo eso. Ella —lo supe porque en determinado momento se giró para mirarme, cosa que no le pareció nada bien a su compañero— era como la versión femenina de él. Quiero decir que cortándole el pelo y arreciando un poco sus rasgos, hubiera podido pasar perfectamente por su compañero. En el fondo del salón, por último, en uno de los rincones, había un chico con uniforme de colegio que miraba a la pared.

¿Qué le parecen sus hermanitos?, escuché de pronto. Son todos hijos míos, como usted, dijo una voz que enseguida identifiqué como la de Oscar Caridad. Escuché sus palabras sin saber muy bien si darme o no por aludido. Usted piensa que no lo recuerdo, insistió él, pero si así fuera no estaría aquí. El hecho de que mi mente conserve su recuerdo es el único motivo por el que está usted entre nosotros. Miré al hombre que atendía como buscando alguna complicidad, pero éste siguió con sus quehaceres sin prestarme ninguna atención. No parecía distraído, sino más bien incómodo con la situación. Tal vez Caridad solía frecuentar el bar, y era de esperar que no fuera la primera vez que generaba una situación de ese tipo. El pobre hombre seguramente habría comprobado en más de una oportunidad que no era fácil razonar con él y prefería mantenerse al margen. Todo eso estaba pensando cuando Caridad arremetió de nuevo.

Facultad de Filosofía y Letras, 22 de junio de 1997. Yo fui a leer un poema y usted quiso copiarlo. Yo lo dejé hacer, dijo. No recordaba la fecha exacta, pero bien podría haber sido aquella que él mencionaba. De todas formas, la alusión era tan precisa que no pude seguir haciéndome el desentendido. Me extrañó que me tratara de usted, pero lo cierto es que todo era un poco extraño, así que decidí guardar el mismo respeto. Usted se refiere a la Facultad de Ciencias Sociales, corregí. Es igual, replicó Caridad, y se quedó mirando su vaso, como repentinamente entristecido. Yo aproveché para observarlo mejor, y tuve la sensación de que su silueta era un poco más nítida que la del resto, como si estuviera mejor definida o como si a todos los demás la

ropa les fuera un número grande.

Es agradable tenerlo por aquí, dijo él luego de un momento. La verdad es que toda esta gente me aburre un poco, agregó en clara referencia al resto de los presentes. Son muy básicos, ¿sabe? Yo me sentí algo incómodo frente a semejante declaración y pude ver cómo los otros intercambiaban miradas de fastidio. Con usted, en cambio, puede uno tener una charla interesante, continuó, y lo decía con un desinterés tal que me hizo pensar que había algo de ironía en su comentario. De cualquier manera y como para reafirmar sus palabras —aunque con la misma falta de entusiasmo—, se acercó hasta donde yo estaba y levantó su vaso invitándome a brindar. Me lo quedé mirando un instante y decidí que lo mejor sería aceptar el brindis. Al chocar los cristales, el sonido fue tan agudo y persistente que sentí el impulso de llevar mi mano hasta el vaso como para intentar detener una inexistente y exagerada vibración. Caridad, que en ese momento ya se hallaba regresando a su sitio, comentó algo al respecto. El sonido, dijo. Alucinaciones sonoras y olfativas, los primeros síntomas de la esquizofrenia. Al parecer he decidido traérmelos conmigo. Por alguna razón el comentario de Caridad me resultó particularmente inquietante, y sentí la necesidad de poner fin a nuestro intercambio. Mire, la verdad es que he tenido un día difícil y me encantaría tomar mi cerveza en silencio, dije. ¿Y por qué ha sido tan malo su día?, repuso él. Nada que a usted le interese, respondí secamente, y pensé que de ser necesario inventaría alguna historia trágica que le quitaría las ganas de seguir preguntando. Previsiblemente, si es que había algo previsible en su comportamiento, Caridad insistió. A usted no le ha ocurrido nada el día de hoy. Tampoco el de ayer, ni el anterior, dijo, y había en sus palabras una seguridad que sólo el conocimiento cierto o la falta total de contacto con la realidad pueden otorgar. De todas formas, había logrado impacientarme. Mi mujer acaba de morir, dije con la esperanza de cerrar así el diálogo. Caridad, sin embargo, no se sintió intimidado. ¿Cómo se llamaba su mujer?, respondió. Dudé un instante. Jamás esperé una contestación tan irreverente y ningún nombre se me vino a la cabeza. Prefiero no hablar de ese tema, respondí titubeante. Caridad se llevó el vaso a la boca y sonrió. El

gesto me indignó como si de verdad acabara de perder a mi mujer y el tipo no se lo tomara en serio. ¿Se puede saber dónde encuentra usted la gracia?, dije levantándome de mi taburete. Yo mismo me vi sorprendido por lo exagerado de mi reacción. Me temblaban las manos y lo cierto es que sentía francos deseos de golpear a mi interlocutor. La oportuna mano del barman, sujetándome fuertemente del brazo, me obligó a permanecer en mi sitio. La chica de la copa de coñac me miró con la misma expresión condescendiente con la que antes miraba a su acompañante. Éste seguía acariciando su mano y observándola como si no hubiera en el mundo nadie más que ellos dos. No hay problema, dijo Caridad sin sacar la vista de su vaso, podemos hablar de otra cosa si prefiere. Lo dijo con una mansedumbre tal que no pude más que intentar tranquilizarme. Al cabo de un momento, y algo avergonzado, miré al barman para darle a entender que no tenía de qué preocuparse y volví a sentarme en silencio. Sólo le quedaba un trago a mi cerveza y de pronto tuve la necesidad de beber algo más fuerte. No había terminado de pensarlo cuando el barman me puso un whisky frente a las narices al tiempo que me dedicaba una paternal sonrisa. El gesto me sorprendió, pero decidí ignorarlo. Tomé el whisky de un trago y el efecto fue el de un poderoso sedante. Apenas lo hube terminado oí la voz de Caridad que volvía a la carga.

¿Y qué parte le toca a usted en todo esto, si se puede preguntar?, dijo. ¿Perdón?, respondí. ¿Que qué papel le toca a usted representar en esta obra?, insistió. Por lo visto tendré que representar el del que le aconseja a usted que se vaya a su casa y deje a la gente tranquila, dije, y me sentí algo orgulloso de mi respuesta. Ojalá fuera tan sencillo, respondió él con voz melancólica y perdiendo la mirada en el infinito. Es bastante más sencillo de lo que parece, agregué sin saber muy bien a qué estábamos jugando. Mi comentario no hizo el menor eco en aquel hombre que de repente parecía estar a kilómetros de allí. Nos quedamos en silencio durante unos instantes y me pareció que la luz del lugar se hacía de pronto más tenue, y que un velo de nostalgia envolvía a todos los presentes. Sólo entonces me percaté de que las paredes del bar estaban cubiertas de un material acolchado, como el tapiz de un sofá, y que una estufa de leña crepitaba en un rincón, lo

cual por alguna razón me hizo acordar a un refugio de montaña al que solíamos ir con mi padre cuando yo era niño. Hacía mucho tiempo que no evocaba ese lugar. Volví a mirar a la curiosa clientela y me pareció que había algo que nos unía. Algo impreciso que teníamos en común, incluido el pobre loco que bebía a mi lado y al que sólo había visto una vez en mi vida, hacía casi diez años. De pronto ese lejano día se me vino a la memoria con una nitidez asombrosa, y junto con él los versos que aquel hombre había escrito: «La mecánica del ego nunca te deja ir del todo. La inteligencia te juega trampas, como el recuerdo». Como si hubiera leído mis pensamientos, Caridad intervino.

Finalmente lo logré, ¿sabe?, dijo. ¿Qué cosa?, dije yo. *Partir*, me respondió. Nuevamente me vi invadido por un sentimiento de desasosiego, como si hubiéramos llegado a un punto de la charla que yo hubiera preferido evitar. ¿Y adónde consiguió partir?, dije haciéndome el desentendido. Usted sabe a qué me refiero, replicó él, y tenía razón. El problema es que hay como un algo que no me deja terminar de cortar los lazos, agregó con cierto dramatismo, como si hubiera una deuda o una promesa que no consigo recordar y que viene a atormentarme cada dos por tres y no me deja irme tranquilo. No sabía muy bien qué decir. Por alguna razón, y aunque no hubiera sabido expresarlo, entendía perfectamente lo que aquel hombre me explicaba, como si en algún punto estuviera hablando de mí. Sin embargo se lo ve de lo más bien, respondí. Pues ha de ser porque en realidad ni usted ni yo estamos acá, me dijo. ¿Y dónde estamos? En cualquier parte, lejos de todo este absurdo sueño, dijo él. ¿Sueño?, contesté. Sueño, sí, respondió Caridad. Este sueño que estoy soñando y al que por alguna razón ha sido usted invitado. No dije nada. Volví la vista hacia mi cerveza y me quedé en silencio, tratando de adivinar el rumbo que tomaría la conversación.

¿No me cree, verdad? Es lógico, dijo. De todas formas, poco importa lo que usted crea. Ni siquiera importa lo que crea yo. Desde que terminé de partir ya sólo este sueño importa. Tal vez había sido la mezcla de whisky y cerveza, pero de pronto dejé de reparar en lo improcedente de la charla e, intrigado por saber hasta dónde era capaz de llevar su desvarío, pregunté: ¿Y cómo sabe que estamos en

un sueño? ¿Le interesa?, respondió él. Claro que me interesa, si no, no le preguntaría. Caridad se me quedó mirando con unos ojos tan lejanos y a la vez tan urgentes que parecían estar lanzando un pedido de auxilio. Luego bajó la vista hacia el suelo, y al cabo de unos instantes empezó a hablar así:

Sé que se trata de un sueño porque un día me vi aquí adentro y ya no pude salir, me dijo. El resto de la concurrencia puso cara de haber escuchado la historia más de una vez. Sin prestarles ninguna atención, Caridad continuó. Hacía algún tiempo que venía experimentando con los mecanismos a través de los cuales el cerebro va descendiendo en los niveles de conciencia hasta llegar al sueño, me explicó, y no por alguna clase de curiosidad científica, sino como una mera forma de luchar contra el insomnio. Desde pequeño he tenido problemas para conciliar el sueño, pero en el último tiempo la cosa se había agravado hasta alcanzar límites exasperantes. Pasaban días enteros sin que pudiera descansar, y el resultado, como es de esperar, es que iba siempre medio sonámbulo. La realidad, o lo que quedaba de ella, se había vuelto irritantemente difusa, y hasta las tareas más sencillas me requerían un enorme esfuerzo. Lo único que quería era recostarme y descansar, pero apenas lo hacía empezaba a dar vueltas en la cama de un modo compulsivo sin llegar nunca a quedarme dormido.

No se imagina la tortura que puede llegar a ser eso, continuó Caridad. En más de una ocasión llegué a preguntarme si no sería que había muerto y estaba en el infierno. Por eso fue que me propuse investigar los mecanismos a través de los cuales la conciencia se pone en reposo, para ver si así podía alcanzar el ansiado descanso. Lo que hice fue muy simple. En los escasos momentos en los que el cansancio por fin me vencía y conseguía dormirme, me dedicaba a observar la forma en que esto ocurría para luego intentar reproducir el proceso. Al cabo de algún tiempo había logrado ciertos avances. No me servía necesariamente para dormir por las noches, pero sí para llevar a cabo una suerte de siestecitas de unos veinte minutos que practicaba un par de veces al día. El procedimiento era más o menos el siguiente: me recostaba en la cama lo más cómodo que podía, cerraba los ojos y comenzaba a distender todos los músculos del cuerpo, desde los dedos

de los pies hasta la punta de los pelos. Una vez que sentía que había alcanzado un cierto grado de relajación física, comenzaba a observar atentamente en el interior de mis párpados, y las formas poco a poco comenzaban a aparecer. Eran formas brillantes, de contornos imprecisos y una materialidad más bien difusa. Formas que al principio no se dejaban encasillar en ninguna conocida, fantasmas blancos, amarillos o dorados que se desplazaban a una velocidad generalmente homogénea por la superficie interior de mis párpados. No se trataba de intentar encontrar alguna figura concreta. Sólo había que dejarlos deambular hasta que, poco a poco, iban definiendo sus siluetas. Si el proceso no se veía interrumpido por algún elemento externo o por mi propia ansiedad, llegaba un punto en que las manchas comenzaban a descubrirse como brillantes rinocerontes, como el rostro serio de una mujer anciana, como las nubes reconocibles del cielo de Constitución. Alguna vez lo vi a usted, dijo. ¿A mí?, repliqué. Sí, a usted, confirmó Caridad y, luego de esbozar una fugaz sonrisa, continuó. Una vez que las imágenes comenzaban a sucederse de manera independiente y yo me veía reducido a un mero espectador de lo que ahí ocurría, entonces podía saber que el cerebro había abandonado las reglas del mundo para pasar a manejarse con las suyas propias. El sueño no es mucho más que eso, explicó Caridad, y volvió a mirarme. Me miró como si en realidad viera a través de mí, como si le estuviera hablando a algún espectro invisible que se ubicaba a mis espaldas. Y sin dejar de mirarme de aquella manera tan extraña, retomó su exposición.

Con un entusiasmo del que nunca le hubiera creído capaz, pasó a exponer con gran lucidez su idea acerca de que la principal función del sueño no consistía en hacer descansar al cuerpo físico, sino a los engranajes del cerebro. Así los llamó: los engranajes del cerebro. El cuerpo físico, me explicó, se encuentra en reposo muchas más horas de las que los músculos necesitan para recuperarse de los escasos esfuerzos a los que han sido sometidos. El cerebro, en cambio, es constantemente violentado a obedecer unas leyes que le son completamente ajenas: un tiempo matemático, una ilusoria frontera que divide lo real de lo que no lo es, tres absurdas dimensiones que

son para el cerebro algo así como un intrincado idioma extranjero. ¿Habla usted algún idioma extranjero?, me preguntó de pronto Caridad. El inglés, y no demasiado bien, respondí. Ha de haber notado entonces, si es que alguna vez le ha ocurrido, lo agotador que resulta pasar una jornada entera hablando en ese idioma. ¿Le ha ocurrido alguna vez? Asentí, y él continuó. Al cerebro le pasa lo mismo con esta realidad nuestra, dijo con cierta afectación al mencionar la palabra «realidad». El idioma del cerebro se parece mucho al idioma de los sueños, agregó con los ojos muy abiertos, donde su casa puede ser su casa pero no ser su casa al mismo tiempo, donde un niño puede de pronto exhibir el rostro de su madre. A la mañana, al intentar narrarlos, estructuramos los sueños de manera que puedan ser comprendidos, y para ello los violentamos, obviamos ciertos pasajes, reestructuramos ciertas elipsis que resultarían inadmisibles y los dotamos de una coherencia de la que en realidad carecen. El resultado es que nuestro cerebro, que es el encargado de llevar a cabo todo el trabajo, termina agotado. Agotado de adaptarse a un lenguaje lleno de reglas que le exigen un esfuerzo al que no está acostumbrado. Es por eso que necesita la noche para descansar, para hablar por algunas horas en un idioma que le resulte más propio. Y la única manera de conseguirlo es adormeciendo a la conciencia, drogándola de sueño como hacían con nosotros en el hospital cuando nos daban todas esas porquerías. A veces pienso si toda esa mierda no habrá ayudado a desdibujar los límites, facilitándome la partida, dijo, y entrecerró los ojos como si se estuviera concentrando en intentar atrapar esa certeza de fuga que de pronto le había asaltado, pero enseguida regresó y continuó donde lo había dejado. Lo mismo hacemos nosotros para dejar que el cerebro descanse, dijo. Nos ausentamos por unas horas, nos sedamos para dejar que él se distienda. Es esa parte la que se duerme, no nuestro cerebro. Nuestro cerebro en realidad se enciende cuando nosotros nos apagamos. Al decir esto último, y como si de pronto se le hubiera agotado la batería, Caridad volvió a perder la vista en su vaso.

Yo me lo quedé mirando y tuve la misma impresión que recordé haber tenido años atrás en el bar de la facultad: el tipo era brillante.

Tuviera o no razón —seguramente no la tenía—, su construcción era impecable. No se trataba sólo de las palabras escogidas ni de la disposición otorgada a los acontecimientos que formaban parte de su relato, se trataba sobre todo de la convicción con que los exponía, como si no pudiera haber la menor duda acerca de que las cosas eran exactamente como él las describía. Una convicción con la que resultaba imposible no comulgar, como si lo enredara a uno en una red invisible de significados y de imágenes a la que inevitablemente había que rendirse. Me lo quedé mirando mientras él permanecía con la vista fija en su vaso y de pronto, creo que por miedo a perderlo del todo, sentí la necesidad de hacerlo volver. Sólo entonces reparé en que el resto de las mesas estaban ahora vacías.

Le aseguro que todo esto que me dice me resulta de lo más interesante, dije, pero todavía no me ha explicado por qué está tan seguro de que nos encontramos en un sueño. Caridad giró la cabeza hacia donde yo me encontraba, como si sólo entonces reparara en que había alguien más ahí o como si no estuviera seguro de la procedencia de la voz que escuchaba. Luego de un instante de desconcierto, retomó el relato en el punto en el que lo había dejado.

Todo empezó una tarde de verano luego del almuerzo, dijo. Era uno de esos días en los que el calor no resulta agobiante, sino que simplemente permite una liviandad de ropas y de movimientos que hace que uno se traslade a los veranos de la infancia, aquellas ocasiones en las que salíamos al parque sin nada mejor que hacer que tumbarnos en el césped con los brazos detrás de la nuca para dedicarnos a ver pasar las nubes a través de las ramas de los árboles, ¿sabe de lo que le hablo? Lo sabía y así se lo hice saber. Entonces él continuó: Con esa atípica sensación de bienestar me recosté en la cama, boca arriba, me tapé con la colcha celeste —la de la siesta— y empecé a poner en práctica el procedimiento que le comenté, distendiendo mi cuerpo y comenzando a observar las figuras que al cabo de un rato empezaban a aparecer en el interior de mis párpados. Lo hacía mucho en el último tiempo. Creo no exagerar si le digo que pasaba más tiempo ahí adentro que en ningún otro sitio. Cuando llegó el momento en que me ausenté y el cerebro se hizo con el control, me

descubrí de pronto en el living de mi casa, sentado en el sillón verde y mirando por la ventana un cielo exageradamente luminoso, tanto que velaba las formas de los edificios que estaban del otro lado de la calle, impidiéndome distinguirlos. En eso estaba cuando, de pronto, llegada desde el balcón, con un sombrero de paño y con su bolso todavía en la mano, apareció la chica que venía los viernes a ocuparse de la limpieza. Comentó algo acerca del calor y desapareció rumbo al baño para ir a cambiarse, que era lo que primero que hacía cuando llegaba. Yo la saludé con normalidad, pero había algo en toda esa escena que no me cerraba del todo. Me tomó un momento descubrir de qué se trataba: estábamos en un séptimo piso y, a menos que tuviera alas, nadie podía llegar desde el balcón si no había hecho antes su aparición por la puerta de entrada. Entonces supe que estaba soñando.

Generalmente es así como ocurre. Algún suceso aislado, aparentemente incoherente, me hace empezar a pensar en sus posibles explicaciones y, agotadas ya todas las otras opciones, termino convenciéndome de que me encuentro en un sueño. Resulta bastante agradable porque entonces puedo hacer lo que quiera, saltar de un precipicio, robar un coche e infringir todas las leyes, ejecutar sin consecuencias mis fantasías más inconfesables. El hecho es que aquella tarde decidí llevar a cabo un pequeño experimento. Un experimento sencillo, pero que podría significar el primero de una serie que poco a poco se iría sofisticando. Me propuse determinar la cantidad de información que el cerebro almacena sin que seamos conscientes de ello, para lo cual ideé una estrategia muy simple. Debía revisar la disposición de ciertos objetos en el living, luego me despertaría en mi habitación e iría hasta ahí para verificar si, efectivamente, se encontraban dispuestos de esa forma. Comencé a recorrer el lugar con el objetivo de hallar algún grupo de objetos que no recordara en qué posición habían quedado antes de mi siesta, y revisando en mi escritorio me encontré con una vieja foto de familia que hacía rato no veía. La idea era memorizar el lugar que ocupábamos mis padres, mi hermano y yo para luego levantarme, ir a buscarla y comprobar si, efectivamente, nos encontrábamos dispuestos en ese orden. Pero luego pensé que esa foto la tenía muy vista y que

era fácil anticipar que mi memoria tendría una noción de la posición de cada uno. Dejé la foto en su sitio y opté por alguna cosa más sencilla. Recorriendo la superficie del escritorio me encontré con un cuaderno, unas gafas, una lapicera blanca y otra negra, y memoricé el orden en el que se hallaban: cuaderno, gafas, lapicera blanca, lapicera negra; cuaderno, gafas, lapicera blanca, lapicera negra. Una de las particularidades de este procedimiento que creo no haber comentado, aclaró Caridad refiriéndose a la forma en que entraba en el sueño, es la facilidad con que dicho estado puede ser abandonado. Puedo calcular de antemano el tiempo que estaré ahí adentro y cumplirlo con la precisión de un reloj, o puedo salir en el momento en que lo desee. Una vez memorizada la disposición del cuaderno respecto de las gafas y de las lapiceras blanca y negra, me desperté en mi cama, me quité la colcha de encima —la celeste, la de la siesta— y me dirigí hacia el living para ver si todo estaba donde debía. El resultado fue decepcionante. No sólo no había cuaderno ni gafas ni lapiceras de ningún color, sino que ni siquiera el escritorio estaba donde se suponía. La imagen a la que el sueño me había remitido era tan antigua que los muebles estaban dispuestos de la manera en que los tenía años atrás, cuando recién me había mudado a ese departamento, antes incluso de tener que someterme a ningún tratamiento. El experimento había sido un completo fracaso.

Decepcionado y bastante cansado a causa de la intensa actividad a la que había sometido a mi psiquis, me dirigí hacia la cocina para tomar un vaso de agua. De camino, sin embargo, y al pasar por mi cuarto, me asaltó una inquietud que no recordaba haber tenido. ¿Y si al mirar hacia la cama me encontraba con que mi cuerpo seguía ahí?, pensé. Con inusitado terror giré la vista hacia la cama, y para mi alivio comprobé que estaba vacía. Inspiré profundamente, como para reactivar la respiración que el sobresalto había interrumpido, y entonces ocurrió: el ventilador de techo que pende sobre mi cama empezó a bajar lentamente hasta casi tocar la almohada, y luego volvió a subir mientras por la ventana anochecía a una velocidad desmedida. Carajo, pensé, todavía estoy soñando. Y nuevamente la inquietud, la angustia, más bien: hace un momento creí despertar y en

realidad no lo hice, ¿quién me dice que esta vez no va a ocurrir lo mismo? Aterrado, cerré los ojos e intenté recordar la posición exacta en la que me había quedado dormido. Concentrándome en la posición de mi cuerpo bajo la colcha celeste que me cubría, traté de reproducir el camino que me había llevado hasta el sueño para recorrerlo en sentido inverso y emerger a la vigilia. Al cabo de unos instantes, y haciendo un enorme esfuerzo, conseguí despertarme. Al abrir los ojos sentí un intenso dolor de cabeza acompañado de un zumbido insoportable que retumbaba en mis oídos. Miré alrededor, y al ver que las paredes se bamboleaban levemente, no quise creer lo que en realidad estaba ocurriendo. Quise atribuirlo al mareo de haberme despertado recién de aquel inquietante sueño, pero entonces recordé. Recordé —y mientras lo hacía vi la forma en que el sol surcaba el cielo como un aeroplano— que en realidad hacía tiempo que ya no vivía en esa casa, sino en el hospital en el que llevaba meses internado, y que, si lo que veía alrededor era mi cuarto, la única explicación posible era que seguía soñando.

Caridad dijo esto y guardó silencio. Yo a esa altura me encontraba casi tan afectado como él, al punto de que ni se me ocurrió pensar en las implicaciones que tendría para mí el hecho de estar inmerso en un sueño suyo. ¿Y qué ha hecho desde entonces?, pregunté. Me he dedicado a vagar por los lugares más insospechados, respondió él casi sin mirarme. Cada tanto me despierto, o creo que lo hago, pero al cabo de un momento descubro que lo único que he hecho ha sido cambiar de escenario. El único que se repite y al que puedo venir cuando quiera, y en el que aparentemente me puedo quedar todo el tiempo que desee, es este bar. Fuera de aquí nada es sólido, nada tiene verdadera consistencia. Ahí fuera todo es efímero y puede desmoronarse en cualquier momento, dijo señalando en dirección a la puerta. Me giré y vi, a través de la pequeña ventana redonda que la puerta poseía, un espectáculo que me hizo pensar en que se había levantado una densa neblina, la cual iba cambiando de color a juego con lo que supuse que eran los carteles luminosos de los negocios. Ya nunca más pude salir de acá, continuó Caridad, y sé que puede sonar como algo no demasiado siniestro, después de todo siempre estamos

condenados a algún tipo de realidad, sea ésta en la que yo estoy atrapado o ésa que usted cree habitar. Pero le prometo que hay días en los que daría lo que fuera para acabar con todo esto, por más que ya no hubiera nada más, por más que significara el fin de mis días. Le juro que hay momentos en los que me encuentro fantaseando con el fin de mis días como quien fantasea con una playa paradisíaca. ¿Y por qué no lo hace?, le dije. ¿El qué?, respondió él. Matarse, por qué no se mata. Caridad sonrió con profunda amargura. ¿Cree que no lo he intentado?, me dijo. Lo he probado aun después de estar convencido de que no serviría de nada. Lo único que consigo es cambiar de capítulo. Sólo mudo el escenario, y a veces ni siquiera. Es curioso el sentido del humor de la vida, ¿no le parece? Al final resultó que partir era estar acá para siempre. El único sitio al que puedo regresar voluntariamente y en el que puedo quedarme todo lo que quiera es este bar, con lo poco que a mí me gustaban los bares. Caridad dijo esto y volvió a guardar silencio, pero en lugar de perder la vista en su vaso como en anteriores ocasiones, se me quedó mirando de un modo que volví a sentir como si me estuviera suplicando que lo salvara. Al final parece que morir no significaba nada más que cambiar de sueño, agregó. ¿Y cómo sabe que esto es un sueño?, dije de forma automática y casi convencido de no querer escuchar la respuesta. Salga a la calle, me dijo Caridad. Salga y mire lo que hay ahí afuera. Tarde o temprano va a pasar algo que no va a poder explicar pero a lo que de todos modos va a querer asignar algún significado, hasta que, cuando se le hayan acabado todas las posibles explicaciones, va a tener que aceptar que está soñando. O peor: que yo lo estoy soñando a usted.

De pronto empecé a sentir un fuerte mareo. El taburete sobre el que estaba sentado empezó a balancearse de un modo extraño, como si la madera de la que estaba hecho estuviera perdiendo rigidez, como si de algún modo se estuviera volviendo flexible. No quería salir. Tenía miedo de salir. Giré la cabeza hacia la puerta y me encontré con que lo que antes había sido una ventana redonda por la que se podía ver el exterior se había convertido ahora en un espejo igual de redondo, y al mirarme en él me encontré con la imagen de Caridad. Y cuando, lleno de terror, volví a mirarlo a él, me encontré con que tenía mi rostro.

Entonces me desperté.

No voy a entrar en detalles respecto del estado en el que me encontré una vez que hube despertado. Bastará decir que las sensaciones que me atravesaban tenían bastante en común con las que Caridad había descrito como las que sintió cuando creyó que había despertado de su sueño para descubrir que estaba en otro. El mismo dolor de cabeza, el mismo zumbido en los oídos, la misma inquietante sensación de irrealidad. Antes de levantarme de la cama me dediqué a observar durante un buen rato el entorno para asegurarme de que los límites de los objetos estuvieran bien definidos y su constitución fuera todo lo sólida que uno esperaría. Lo primero que hice cuando finalmente salí de la habitación fue ir hasta el teléfono y llamar a mi hermano y preguntarle qué día era, y acto seguido, y sin más explicaciones, le pedí alguna prueba fehaciente de que efectivamente estábamos teniendo la conversación que estábamos teniendo. Quería una demostración de que eso que estaba ocurriendo no se correspondía con ninguna clase de sueño, ni mío ni de nadie más, pero pronto comprendí que lo que pedía era imposible. Cualquier cosa que mi hermano me dijera, cualquier dato que me facilitara, podría perfectamente haber sido creado por mi mente y haber sido puesto en boca de él. Nada que me explicara me daría la seguridad de que no seguía soñando. Lo único que conseguí con mi disparatado interrogatorio fue darle un susto de muerte, y tuve que insistir varias veces antes de convencerlo de que me encontraba bien y que no era necesario que llamara a ningún médico ni que dejara sus obligaciones de martes a la mañana para venir hasta mi casa a cerciorarse de que no me pasaba nada. Cuando colgué el teléfono aún no estaba nada convencido de la consistencia del mundo que habitaba, y tuve que enfrentarme a la inquietante certeza de que en el fondo no existe ninguna prueba de que toda esta vida que estamos viviendo no sea una parte del sueño de otro. Pero las horas fueron pasando y la pesadez de cabeza se fue disipando y, a falta de ningún suceso extraño que viniera a alterar la linealidad temporal ni la solidez material de

ninguno de los objetos que me rodeaban, poco a poco tuve que reconciliarme con la idea de que estaba bien despierto, y que lo que había tenido no había sido más que un sueño. Un sueño extraño, muy elaborado y tremendamente vívido, pero un sueño al fin. Por la noche me acosté con cierta desconfianza y tardé un buen rato en quedarme dormido. Al cabo de unas horas, sin embargo, volví a despertar en mi cama y el sol asomaba por la ventana y todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Volví a mis días y a mis noches de siempre, y poco a poco el sueño aquel de Caridad fue cayendo en el olvido. Y probablemente ahí se habría quedado si no hubiera sido porque un sábado cualquiera, mientras revisaba unas antiguas carpetas de la facultad en busca de cierta referencia al trabajo de un antropólogo francés que quería consultar para un artículo que estaba escribiendo, me encontré con el poema de Caridad. Momentos antes había dado con un bolso que contenía mi antigua cámara de fotos analógica, y había evocado la vieja costumbre que tenía de utilizar los sábados ociosos para tomar un autobús desconocido y dejarme llevar hasta algún suburbio en el que nunca hubiera estado, y quemar allí uno o dos carretes de instantáneas de la gente y del lugar. El día se presentaba agradable y no tenía ningún plan con que llenarlo, y por un momento tuve el impulso de retomar aquel viejo hábito, pero el entusiasmo no me duró más de un minuto, al cabo del cual el bolso con la cámara volvió a ocupar el estante de más arriba del armario del recibidor, donde seguramente se quedaría por otros cuantos años. Al dar con el poema de Caridad, sin embargo, y supongo que a instancias de la evocación de aquellas lejanas excursiones fotográficas, decidí que desplazarme hasta el hospital psiquiátrico José Borda para averiguar qué había sido de él constituiría una manera diferente de ocupar mi mañana de sábado. Si bien la impresión que me había causado aquel extraño sueño ya había quedado atrás, conservaba una sensación como de deuda que al encontrarme con el poema comprendí que había quedado ahí latente, y me pareció que enterarme de qué había sido de su autor representaría una buena forma de saldarla.

El metro me dejó en Constitución. En alguna época tomaba allí el

tren que me llevaba al campo que mis primos tenían en una localidad cercana a Cañuelas, hacia el sur de la provincia de Buenos Aires. Alguien dijo alguna vez que el Sur empieza al cruzar la avenida Rivadavia, y es verdad. A partir de allí la ciudad de Buenos Aires cambia de identidad y de fisonomía, como si entrara en un tiempo más lento, un tiempo de casonas palaciegas y de quintas de recreo con agrestes jardines y cantos de pájaros y de cigarras que yo había llegado a conocer, pero que ahora parecía muy lejano. Al salir a la superficie, frente a la estación de Constitución, tomé un autobús de la línea 67 que me dejó en la puerta del hospital José Borda, y al leer el cartel que lo anunciaba volví a evocar los versos del poema de Caridad: «Partí. En la borda mirando el mar oscuro. Sabía y estaba alerta del largo viaje de Ulises. Soñé que mi pensamiento fuera como el mar. Soñé con un violeta eterno». Un escalofrío me recorrió la espalda al comprobar la palpable certeza que poseía de haber estado charlando con ese hombre hacía sólo unos días en ese bar que no existía cerca de mi casa. Y al mismo tiempo tuve la sensación de que quizá no había sido una buena idea dedicar mi sábado a visitar a un desconocido en un hospital psiquiátrico sin más motivo que el de saldar una imprecisa deuda que en realidad no era tal. Probablemente ya no esté más acá, pensé. Al fin y al cabo habían pasado casi diez años.

Una vez traspasado el umbral de la puerta, atravesé la recepción y luego un patio. Avancé por un sendero de grava rodeado de pinos y de abetos, y me adentré en un jardín que hacía pensar en los de las viejas quintas patricias que habían caído en desgracia cuando la peste obligó a la aristocracia porteña a trasladarse a la zona norte de la ciudad, un rumor de pasado glorioso, algo decadente ahora, doblegado por una pampa que aprovechaba cualquier resquicio para ganar terreno a la urbe. En un banco del parque había un hombre tomando el sol en pijama. De una puerta acristalada que se abrió de pronto vi salir a una mujer vestida como cocinera a la que me acerqué a preguntar. Le dije que había venido para saber de un interno al que hacía mucho tiempo que no veía y que ni siquiera sabía si aún seguía ahí. La mujer reaccionó como si la situación no le resultara nueva, como si fuera

una cosa de lo más habitual que alguien se presentara dubitativo a preguntar por un paciente del que hacía mucho había dejado de tener noticias y al que, de pronto y por algún motivo, había sentido la necesidad de visitar. Me indicó que hablara con la señora Antonia. Cuando le pregunté dónde podría encontrarla, me dijo que averiguara en la entrada principal.

Asesorado por un guarda que tomaba mate sentado en una silla de plástico, avancé por un pasillo exterior en el que, según me habían indicado, podría encontrar la oficina de la señora Antonia. Se trataba de una galería techada dispuesta como una suerte de claustro en el que todas las habitaciones daban hacia el jardín. El lugar en su conjunto respiraba una mansedumbre que de algún modo contrastaba con el desasosiego que me sugería la idea del padecimiento de alguna enfermedad mental. La puerta del despacho que buscaba estaba abierta, y dentro encontré a la señora Antonia de pie junto a un escritorio rebosante de papeles. Di un par de golpes en el marco de la puerta y ella me indicó que pasara sin distraerse de sus quehaceres. Parecía que buscaba algo en esa montaña de folios y que no era del todo consciente de que había entrado alguien. Le dije mi nombre y le expliqué el motivo de mi visita. Ella asintió mecánicamente y no fue hasta que oyó el nombre de Oscar Caridad que levantó la vista del escritorio y reparó en mí. No me diga que usted también soñó con él, me dijo. La frase me tomó por sorpresa y me quedé sin saber qué responder. O si lo prefiere, corrigió ella mirándome a los ojos, que fue él quien soñó con usted.

A pesar del modo en que la gente se refería a ella, la señora Antonia resultó ser una médica bastante joven. Se desenvolvía, sin embargo, con la soltura que dan los años, y por el modo en que la gente la saludaba y se dirigía a ella, daba toda la impresión de ser la que mandaba en ese lugar. Cuando se lo hice notar me dijo que no me dejara engañar por las apariencias, que tenía bastante más edad de la que aparentaba y que ya no recordaba los años que hacía que trabajaba en ese sitio. Me ofreció un café que sacó de una máquina expendedora, y cuando quise darle dinero se negó a aceptarlo. Nos sentamos en un banco que había debajo de un sauce y entonces me

contó de los otros soñadores soñados.

Parece ser que en el último tiempo otras tres personas habían aparecido refiriendo historias parecidas a la mía. El primero era un tipo bastante nervioso que no dejaba de rascarse la cara mientras hablaba y cuyo aseo personal dejaba bastante que desear. Alegó haber sido compañero de Caridad en otra época —no aclaró compañero de qué— y, sin que la señora Antonia tuviera ocasión de intervenir, le contó todos los pormenores del modo en que Caridad se le había aparecido en un sueño y le había explicado que en realidad el sueño era suyo y que estaba atrapado allí desde hacía quién sabe cuánto tiempo y que estaba deseoso de poder partir, de poder despedirse de una vez por todas de todo lo que lo anclaba a lo que ya había quedado atrás. Así lo dijo: despedirse de una vez por todas de todo lo que lo anclaba a lo que ya había quedado atrás. La señora Antonia, como era de esperar, no le hizo demasiado caso, y el otro, al comprobarlo, lanzó un par de imprecaciones y se marchó.

A los pocos días, sin embargo, apareció un hombre mayor contando una historia similar. En este caso se trataba de un asistente social que había conocido a Caridad cuando colaboraba en un centro de día para personas con trastornos de personalidad en el barrio de Constitución, y su encuentro onírico presentaba características similares a las del primero. En esta ocasión la señora Antonia lo escuchó con algo más de atención, y según me dijo terminó creyendo que podía tratarse de algún tipo de desvarío senil combinado con una posible influencia del primer visitante, al que el anciano seguramente conocería del mismo centro o de otro parecido, y que sería quien se habría encargado de meterle esas ideas en la cabeza.

La tercera ocasión fue diferente. Esta vez fue una mujer la que preguntó por Caridad, para a continuación relatar, no sin algo de vergüenza, el sueño que había tenido. Había conocido a Caridad siendo bibliotecaria en la biblioteca barrial a la que él asistía, y mostraba el pudor que, en opinión de la señora Antonia, se correspondía con el del que es consciente de que la historia que refiere no resulta muy sencilla de comprender ni de aceptar. Según me explicó, fue eso lo que le inspiró confianza. El problema era que no

lograba comprender cómo podía ocurrir que varios individuos que no tenían ninguna conexión aparente más allá de haber tratado a Caridad en diferentes momentos de su vida pudieran compartir un sueño de características tan similares. Barajando diversas hipótesis, en algún momento llegó a creer que quizá era el propio Caridad el que se había puesto en contacto con esas personas para que se presentaran en el hospital contando todo aquello, permitiéndole alimentar así alguna clase delirio con el que estuviera coqueteando, pero rápidamente tuvo que descartar esa posibilidad a la luz del estado en el que Caridad se encontraba. Pero ¿cómo?, dije, ¿Caridad está acá? Sí, claro, respondió la señora Antonia, sólo que desde hace cosa de un año lo tenemos que tener aislado porque padece constantes ataques de ira en medio de los cuales es muy capaz de hacerse daño a sí mismo o a quien tenga cerca. Lo único inteligible entre los improperios y las incoherencias que grita sin parar es el nombre de Cecilia, su mujer. ¿Caridad está casado?, pregunté. En ese momento la señora Antonia pareció ausentarse durante un instante, como si hubiera sufrido un lapsus o una repentina pérdida de memoria. Me pareció que la expresión que adquiría su rostro tenía que ver con un pánico repentino que me obligó a girarme para ver si había algo detrás de mí que estuviera provocando esa reacción, pero cuando, sin haber encontrado nada extraño, volví a mirarla, ella retomó la conversación como si nada hubiera ocurrido.

Estaba, dijo, estaba casado. Hace algo más de un año perdió a su mujer de una manera bastante trágica, en un tiroteo entre unos asaltantes y la policía que tuvo lugar en un bar en el que se hallaban. A partir de ahí fue que su estado empezó a empeorar hasta dejarlo como se encuentra ahora. Hasta entonces, de hecho, Caridad no era interno en este hospital. Era un paciente ambulatorio que sólo venía a sus terapias y cuando no tenía ningún otro lugar adonde ir. De pronto vino a mi memoria nuestra conversación en el bar aquella noche y me sentí horrible de haber inventado aquello de la supuesta pérdida de mi mujer sin saber por lo que aquel hombre había pasado, pero luego recordé que se había tratado de un sueño y que en ese sentido era imposible que hubiera ofendido a nadie. De todos modos, la sensación de incomodidad permaneció ahí durante un buen rato como telón de

fondo. ¿Cree usted que sería posible verlo?, pregunté sin saber muy bien qué esperaba aclarar con eso. Es complicado, me dijo la señora Antonia, y la verdad es que no se lo recomiendo. No se trata de un espectáculo nada agradable y es imposible establecer ningún tipo de contacto. Lo que resulta curioso, agregó la mujer, es que el comienzo de estos cuadros agresivos tuvo lugar apenas unos días antes de que el primer visitante se presentara hablando de su encuentro onírico con Caridad. Usted es el cuarto que viene con lo mismo desde que entró en esa fase, y le confieso que he llegado a preguntarme si no habrá otros que estén viviendo experiencias similares y que simplemente no se han tomado la molestia de venir a contárnoslo. La verdad es que nunca me había encontrado con algo así. Desde la ciencia médica, al menos, carecemos de herramientas con las cuales analizarlo. A menos que…, dijo la señora Antonia, y la cara se le iluminó de un modo extraño. ¿A menos que qué?, repliqué yo. Ella se quedó con la mirada extraviada, como quien busca en sus recuerdos una idea que quiere escapársele. A menos que sean ustedes mismos los que se están poniendo de acuerdo para elaborar toda esta pantomima, dijo, y se me quedó mirando como si intentara descifrar en mi reacción lo que podía haber de cierto en esa ocurrencia suya.

No me quedé para intentar contradecirla. Así como resulta imposible dar con alguna evidencia que pruebe que uno no está siendo parte del sueño de otro, así de infructuoso resultaría intentar convencer a alguien que ya ha decidido que uno está loco de que en realidad no lo está. Y ciertamente habría que estar bastante loco para querer confabularse con una bibliotecaria, un asistente social y alguien que padece algún tipo de enfermedad nerviosa, con el único objetivo de confundir a una doctora de un hospital psiquiátrico o de gastarle una especie de broma macabra que involucra la trágica historia de uno de sus pacientes. Lo que sí sentí fue el impulso de irme de ahí lo antes posible, antes de que esas sospechas que la señora Antonia empezaba a esbozar se convirtieran en acusaciones más sólidas que pudieran meterme en un lío. Confieso que en algún momento llegué a temer que, más que un sueño, aquello fuera una pesadilla que terminaba conmigo de vecino de habitación de Oscar

Caridad. Alegando lo ofendido que me sentía frente a esas insinuaciones infundadas, y en una actitud que, pensándolo bien, ha de haber resultado de lo más incriminatoria, me levanté del banco en el que nos hallábamos sentados, me despedí educadamente y comencé a dirigirme hacia la salida con paso tranquilo pero seguro y sin ninguna intención de volver la vista atrás. Afortunadamente no escuché que la señora Antonia me dijera nada. Al cabo de unos instantes estaba caminando por la calle rumbo a la estación de Constitución, y antes de que pudiera darme cuenta estaba bajando las escaleras del metro y regresando a mi casa. Lo último que recuerdo de aquel inquietante encuentro es la mirada de la señora Antonia clavada en la mía como si estuviera esperando el momento en que me decidiría a confesar. Esa noche tuve un sueño que involucraba a Oscar Caridad. Lo veía en una habitación excesivamente blanca y dotada de paredes acolchadas. Vestía una camisa de fuerza del mismo color y pegaba patadas al suelo de una manera un tanto graciosa, como si se tratara de un personaje de una película muda. En determinado momento se giraba hacia mí y gritaba el nombre de Cecilia, luego de lo cual aparecía la señora Antonia acompañada de dos enfermeros que me miraban con recelo, como si yo hubiera tenido algo que ver con el grito proferido por Caridad. Pero antes de que pudieran decirme nada al respecto me desperté en mi cama y era de día, y el sol brillaba en la ventana.

El lunes tenía el día libre y decidí ir a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. No me era ajeno el hecho de que mi interés por la historia de Caridad empezaba a tomar tintes obsesivos, pero no tenía nada mejor que hacer, y lo cierto era que había algo atractivo en esa suerte de pesquisa detectivesca que consistía en ir juntando las piezas del caso para poco a poco ir armando un puzle que no sabía bien qué imagen escondería. Supongo que lo que en realidad ocurría era que desde hacía bastante tiempo no pasaba nada interesante en mi vida y que empezaba a encontrarme profundamente aburrido. Recordé que la señora Antonia me había dicho que el empeoramiento de la condición

de Caridad había sobrevenido hacía algo más de un año, coincidiendo con la fecha en que había perdido a su mujer de aquella forma tan trágica, y sentí la necesidad de averiguar algo más acerca de las circunstancias en las que aquello había ocurrido. La posibilidad de encontrar alguna pista en la sección de policiales de los periódicos de la época se me antojó la alternativa más plausible.

La Biblioteca Nacional está emplazada en un edificio de hormigón a la vista de la década de los setenta que se asemeja a una especie de enorme animal mecánico erigido sobre cuatro patas de concreto en la cima de una de las barrancas del barrio de La Recoleta. El acceso tiene lugar por una escalera de caracol a través de la que se llega a una plaza seca que se extiende bajo el vientre del gran cuadrúpedo, y desde la que se tiene acceso a las diferentes dependencias. La hemeroteca ocupa uno de los subsuelos que se hunden bajo el parque que rodea el edificio, y preguntando a la funcionaria que la custodiaba no me fue difícil dar con los periódicos de la época que buscaba. Estaban encuadernados en piel en una especie de enorme libro del tamaño de un periódico, cuyas páginas estaban conformadas por los diferentes ejemplares de la publicación en cuestión. Me senté en una de las mesas, encendí la lámpara de bronce que la coronaba y me pasé un buen rato ojeando la sección de policiales, hasta que en la edición del día 19 de noviembre encontré lo que buscaba. «Robo a mano armada con dramáticos resultados», titulaba el matutino, luego de lo cual pasaba a referir el modo en que los dos asaltantes habían entrado en un bar del barrio de Constitución y, al verse asediados por la policía, se habían enzarzado en un tiroteo que había terminado con uno de ellos muerto y el otro prófugo. Víctima de una bala perdida, había resultado muerta también la joven Cecilia Prim, que en ese momento se encontraba en el local tomando algo junto a su marido. A continuación se añadían ciertos detalles del lugar en el que se velarían sus restos y de lo afectada que estaba la familia, pero lo que más me llamó la atención fueron las fotos que acompañaban la noticia: la primera mostraba la fachada del establecimiento con un par de ventanas rotas. La segunda era un retrato de Cecilia Prim. La tercera exhibía el caótico interior del local, en el cual podían verse los

estragos causados por el enfrentamiento: todas las superficies cubiertas de polvo, algunas botellas y un espejo rotos y un par de taburetes caídos en el suelo. La disposición de las mesas, el revestimiento de las paredes y sobre todo la forma de la barra de madera eran inconfundibles. La ubicación en la ciudad era otra, pero al ver la imagen no tuve ninguna duda de que se trataba del mismo sitio en el que, hacía pocas semanas y dormido, me había reencontrado con Oscar Caridad.

Caminé sin rumbo durante un tiempo que no supe calcular. Por alguna razón la visión de aquella mujer me había afectado más que el hecho de haber descubierto que las fotos del periódico se correspondían con las del bar de mi sueño. ¿O debía decir las del sueño de Caridad? ¿Era posible que de algún modo me hubiera inmiscuido en el sueño de otro? Y si era así, ¿qué era lo que todo aquello significaba? Luego de encontrarme con la noticia, y sabiendo ya el día concreto en que habían tenido lugar los hechos que la motivaban, la busqué también en otros periódicos. Así me enteré de que se trataba del primer encuentro que la pareja tenía en mucho tiempo. Como para agregar dramatismo al asunto, se mencionaba el hecho de que podrían haber estado distanciados en ese momento, y que la cita podía tener visos de reconciliación o de reencuentro, posibilidades todas que se vieron truncadas por la violenta irrupción de los asaltantes y el posterior enfrentamiento con la policía. Imaginé a Caridad intentando rearmar su vida como buenamente podía, poniendo todo de su parte para aprender a lidiar con los fantasmas que lo asediaban —como en definitiva todos hacemos— y tratar de construir un cotidiano habitable junto a la mujer a la que quería. Imaginé la ilusión que habría puesto en el encuentro de ese día y el giro brutal que los acontecimientos habían tomado. Probablemente su frágil psiquis se había descubierto incapaz de digerir todo aquello, y sentí una profunda ternura por aquel hombre en la que en el fondo estaba depositada toda la ternura y el desamparo que me inspiraban todas las personas que habitaban el planeta, el modo en que cada día intentaban construir futuros posibles en medio del caos y el desconcierto que sus vidas representaban. Y me conmovieron mis

propios dolores y mis propios anhelos y mis propias ilusiones frustradas, y las deudas que todavía sentía que tenía que cobrarle a la vida y los rincones oscuros hacia los que prefería no mirar, como si dejando de mirarlos pudiera hacer que no existieran. Y me acordé del día en que conocí a Oscar Caridad en el bar de la facultad, cuando vino a leer su poema junto con los otros internos. Y recordé la forma en que me interrogó respecto de si ésa en la que estábamos era la facultad de Filosofía y Letras y el modo tímido en que me confesó que él también había estudiado ahí. Yo era como vos, me dijo, y en ese momento no entendí lo que esas palabras significaban. Porque entonces su mujer aún estaba viva y él todavía no había tirado la toalla; todavía conservaba la esperanza de poder poner palabras a su intento de fuga para aprender a lidiar con ella, para conseguir sublimar en forma de poema esa escapada final de una realidad que lo superaba, a la búsqueda de algún sitio en el que su pensamiento pudiera ser como el mar para extenderse hacia todas las costas y no quedar atrapado en esa pequeña isla que su propia psiquis constituía, encontrar el modo de liberarse de sus pensamientos para poder abrirse a todos los destinos que el cielo le tenía reservados, abandonar la pobreza del sinsentido del día a día para regalarle alguna épica a su triste paso por este mundo, del mismo modo en que todos, de una u otra manera y con mejores o peores herramientas, intentábamos hacer. Yo era como vos, me dijo. No sabía, no podía saber, hasta qué punto esas palabras representaban mi propia condena. Y en eso estaba pensando cuando al cabo de un tiempo que, como digo, no sé calcular, me vi montado en un autobús que me dejó en el cementerio de la Chacarita, donde había leído que estaba enterrada Cecilia Prim.

No sé por qué lo hacía, no sé qué es lo que buscaba al hacerlo, pero desde que había visto su foto en el periódico, una imprecisa necesidad de visitar su tumba había surgido en mí, como si hubiera algo allí que tenía que resolver. Al llegar me encontré con que la puerta estaba cerrada. Era lunes y traté de recordar si se trataba del día en que cerraban los cementerios, como si hubiera un día en que lo hacían, al igual que los restaurantes y las peluquerías, pero no me sonaba de nada que los cementerios cerraran nunca. Tenía la impresión de que,

al igual que las iglesias, siempre se podía entrar en los cementerios porque el alma no tiene días festivos, y era justamente del alma de lo que estábamos hablando, la de los muertos y la de los vivos que los querían visitar. Como no había nadie a quien preguntar decidí rodear el perímetro, no fuera cosa que aparte de aquélla, que parecía ser la entrada principal, hubiera otra en otro sitio por la que se pudiera acceder. Caminé algunos metros rodeando la muralla hasta que de pronto creí ver a una mujer con un ramo de flores en la mano. Fue sólo un momento, porque enseguida me la tapó un árbol, y cuando volví a tener visibilidad ya había desaparecido. Reavivó mi esperanza el hecho de descubrir que justo en el punto en el que había creído verla se abría una puerta lateral, el único sitio por el que la chica podía haberse escabullido, pero cuando llegué hasta ahí me encontré con que también estaba cerrada. De hecho, por la herrumbre que la cubría y por el modo en que crecía la hierba a su alrededor, daba el aspecto de no haber sido utilizada en mucho tiempo. Probablemente la visión de la chica había sido una trampa de mi imaginación, porque pronto comprendí que su perfil guardaba gran similitud con el de la fotografía de Cecilia Prim que había visto en el periódico. Y al evocarla volví a sentir respecto de ella una familiaridad que me resultó muy llamativa, pero más curioso aún era el hecho de que no me sorprendiera, como si se tratara de alguien a quien realmente hubiera conocido. Creo que para ese entonces ya había decidido que tenía que ayudar a Caridad como fuera. En realidad era muy probable que la decisión hubiera sido tomada mucho antes, en el instante en que, con muy buen tino, creí ver en su mirada un inconfundible pedido de auxilio, sólo que por ese entonces aún no tenía los elementos necesarios para poder urdir un plan. El impulso estuvo ahí desde el principio, pero fue sólo entonces, frente a las murallas de ese cementerio y con toda la información que ahora poseía, que comprendí lo que tenía que hacer: tenía que ayudarlo a partir, como él me había pedido. Y sin pensarlo dos veces me puse manos a la obra.

Las calles me parecían diferentes ahora. Más vivas, más luminosas. Para llegar hasta el Río de la Plata desde el barrio de la Chacarita hay que cruzar todo el centro de la ciudad. Buenos Aires no tiene mar,

pero tiene un río que es como si lo fuera. Si uno se para frente a sus costas, la mayor parte de los días resulta imposible divisar la otra orilla, y me pareció que, a falta de un mar violeta como el que Caridad había soñado, aquello bien podría servir al propósito que me había fijado. Desde la ventana del autobús que me llevaba hasta allí miraba pasar a las personas y todos me resultaban de pronto familiares, como si los conociera. Porque de algún modo comprendí que lo que estaba por hacer no tenía que ver con Caridad sino con todos nosotros, porque en el fondo no hay una frontera tan clara entre un individuo y el otro, como a veces nos gusta pensar. El dolor de Caridad era mi propio dolor y el de todos los demás, un único y mismo dolor que entre todos habíamos construido y que entre todos teníamos la obligación de intentar sanar. Cuando llegué a la costanera me encontré con que los pequeños puestos ambulantes que bordean el río ya estaban encendiendo el carbón para los chorizos y los churrascos que sus clientes les reclamarían. Junto a uno de los muelles de hormigón que utilizan los pescadores y las parejas domingueras, vi amarrada la barca que serviría a mi plan.

El propietario resultó ser el hombre que vendía cebo a los pescadores. Lo encontré descansando en una silla de playa, bajo una sombrilla raída y con toda una colección de neveras portátiles alrededor en las que guardaba la mercadería que ofrecía a sus clientes: lombrices y carnaza, pero también latas de refresco y cerveza y sándwiches de milanesa y anzuelos y sedal. Su generosa envergadura parecía haberse fundido con la silla que lo contenía, y llevaba puesta la camiseta de un equipo de fútbol que no supe reconocer. Le pregunté por la barca y me dijo ¿Le gusta? Se la vendo. Al principio me sorprendió su reacción, como si de algún modo hubiera sabido leer mis intenciones. Luego comprendí que si le hubiera preguntado por su coche o por su madre probablemente la respuesta habría sido la misma. Pues resulta que sí que me gusta, le dije sin intención de dar demasiados rodeos, ¿cuánto pide por ella? El hombre se levantó un poco la visera de la gorra con que se cubría los ojos y sonrió de un modo que dejó entrever la gracia que le hacían mis formas tan directas. Me sentí satisfecho de haber logrado descolocarle.

Arreglamos el precio y nos dimos la mano sin abandonar el tono lúdico con el que habíamos llevado a cabo nuestro breve intercambio. Me acompañó hasta la escalera que bajaba hacia los pilares del muelle, a uno de los cuales estaba amarrada la barca, y antes de despedirse me dijo ¿Cómo sabe que es mía? ¿Qué cosa?, respondí. La barca, ¿cómo sabe que es mía? No creo que sea la primera ni la última vez que viene a este muelle, le dije, y todo el mundo nos vio llevar a cabo la transacción. Si no llega a ser suya, va a ser usted quien tenga que dar explicaciones al dueño. El hombre me miró con la misma sonrisa de antes, mezcla de complicidad y socarronería. La vida es hermosa, me dijo, el mundo es un lugar enorme y generoso, y si bien las personas a veces son complicadas, siempre se puede encontrar gente buena. Lo sé, le dije sin saber muy bien adónde quería llegar. Usted es joven y todavía le van a pasar muchas cosas buenas, me dijo, sería una pena que se niegue la posibilidad de vivirlas. Entonces comprendí que lo que el hombre temía era que yo estuviera a punto de cometer una tontería. No se preocupe, le dije, la barca no es para mí, es para un amigo que la anda necesitando. Mejor, me dijo el hombre sin abandonar su sonrisa. Subí a bordo, me acomodé en el travesaño que hacía las veces de asiento y desaté la cuerda que la unía al muelle. Me despedí del hombre con la mano en alto —él respondió con una leve inclinación de cabeza— y me puse a remar río adentro.

Fui costeando con rumbo sur, camino del riachuelo, y a medida que el sol fue cayendo, el agua del Río de la Plata fue tomando una tonalidad oscura con ciertos visos rojizos que a mí me gustó pensar que tendían al violeta, al violeta eterno. Las paladas que daba con los remos exigían de mis brazos un esfuerzo tan concreto, tan real, que me hicieron pensar en la futilidad de todos los eventos que llenaban mis días. Sería imposible describir con palabras la sensación de libertad que me invadió mientras remontaba esas aguas barrosas, mezcla de río y de mar. Las palabras son muy útiles para llevar a cabo determinadas transacciones, para pagar el boleto del autobús o para comprar una barca, pero nunca sirven para expresar lo que de verdad nos pasa. «Despedí mis últimas palabras reconocidas, despedí la muerte del delirio de este mundo», decían los últimos versos del

poema de Caridad que en ese momento evoqué con particular emoción. «Una palabra volvió sobre sí: poesía. El retorno de la fuga de todas las palabras». No negaré que la idea de remontar el río hasta su desembocadura y más allá me resultó de pronto tentadora. Partir. Partir sin dejar huella, liviano de equipaje y de recuerdos, dejando todo atrás. Pero ese día al menos no era lo que me tocaba. Ese día tenía una misión que cumplir y pensaba ejecutarla. Debía ayudar a partir a Caridad, y a eso era a lo que me debía abocar. Al cabo de una media hora de remar me encontré con una ensenada que me pareció adecuada. Subí la barca a tierra, la tapé con unas ramas y luego de caminar unos cuarenta minutos encontré una parada de autobús y regresé a mi casa.

Llegué pasadas las siete de la tarde. Tenía hambre pero no comí. Algo me decía que era mejor estar liviano para afrontar lo que me esperaba. Consciente de que no sería nada fácil sacar a Caridad del hospital psiquiátrico, me decidí por una estrategia diferente. Después de todo, era su mente lo que quería liberar, no su cuerpo, y para eso nada mejor que el terreno de los sueños. Me di una ducha rápida —quería sentirme fresco y bien—, me recosté en la cama boca arriba, y me puse a intentar recordar los pasos que Caridad me había dicho que seguía para entrar en el sueño en aquellas ocasiones en las que el insomnio se lo impedía. Primero me concentré en distender cada músculo de mi cuerpo tal y como él me había dicho, desde los dedos de los pies, pasando por las rodillas y las caderas, hasta llegar a los hombros y a la punta de los pelos. En ese punto, y de manera espontánea, me surgió la necesidad de inspirar profundamente hasta llenar mis pulmones. Al dejar salir el aire pude sentir el modo en que mi espalda se adhería perfectamente al colchón, como si no quedara ningún resquicio entre una cosa y la otra. Entonces fue que decidí concentrarme en el interior de mis párpados. Nunca me había parado a mirar lo que había ahí. Ni siquiera se me hubiera ocurrido que pudiera haber algo ahí. Al principio sólo me encontré con la oscuridad que anticipaba, pero al cabo de un momento me di cuenta de que el telón de fondo de aquella negritud era más bien amarillo, amarillo y luminoso, aunque de una luminosidad opaca que no llegaba a brillar,

sino que se extendía con la forma de una película oleosa sobre la cual se deslizaban cientos de puntitos de luz, más claros o más oscuros, que poco a poco comenzaron a agruparse en formas más definidas. Poco a poco empezaron a dibujar contornos y siluetas que fueron convirtiéndose en los ojos de un payaso, en la cabeza de una jirafa que corría balanceando su cuello, en el rostro de una mujer que me miraba expectante. Intenté establecer si se trataba de Cecilia Prim, pero cuando quise darme cuenta la mujer había desaparecido y me encontré avanzando por una calle adoquinada, con casas bajas a los costados, al final de la cual apareció la luz de un local que hacía esquina, un viejo almacén que a medida que me fui acercando empezó a descubrirse como la fachada del bar en el que unas noches atrás me había encontrado con Oscar Caridad. Sólo entonces comprendí que el procedimiento había sido exitoso y que estaba en el sitio en el que debía estar.

Me acerqué hasta la puerta no sin cierto nerviosismo. Antes de abrir miré a través de la ventana redonda y vi la barra vacía y al cantinero secando un vaso con un repasador. Entré para descubrir que todo el local estaba vacío, salvo por la presencia de aquel hombre que no me miró. Me acerqué hasta la barra y pedí cerveza. Me giré para comprobar que la puerta hubiera quedado bien cerrada y fue entonces cuando oí la voz de Oscar Caridad. Yo voy a tomar lo mismo, anunció en ese tono suyo tan particular, a mitad de camino entre la reflexión y la sentencia, y al volverme lo encontré mirándome con un gesto plácido que no parecía suyo. Las mesas volvían a estar ocupadas por los mismos personajes que la primera vez, el leñador y la niña, los dos mellizos misteriosos y, en el fondo del salón, sentado en un banquito de madera, el escolar que miraba a la pared. Entonces comprendí que había un vacío en mi plan. Lo tenía todo muy bien urdido, salvo la forma de conseguir que Caridad accediera a formar parte de él.

Afortunadamente, fue él mismo quien rompió el silencio. Veo que se está volviendo uno de los habituales de este tugurio, dijo. Yo me sonreí. No había nada que ese hombre pudiera decir que no me despertara una gran ternura ahora que comprendía lo que le había ocurrido, y al pensar en ello pensé en lo diferente que sería el mundo

si en cada situación que nos toca vivir pudiéramos comprender el dolor del otro, si ante cualquier ataque o mal gesto del que fuéramos víctimas pudiéramos comprender la herida que lo originó. Qué fácil sería querer contener al otro en vez de querer responderle, porque lo único que yo quería en ese momento era poder contener en mi propia humanidad la frágil existencia de Oscar Caridad. Lo imaginé en su habitación de manicomio, probablemente atado a la cama en la que estaría tumbado y con todo el dolor del mundo queriendo salir en forma de una ira que tendría como destinatario a cualquiera que se le pusiera enfrente, incluido él mismo. La verdad es que venía a proponerle que fuéramos a dar un paseo, le dije. Se mostró sorprendido. ¿Un paseo? ¿Adónde? Hay algo que me gustaría mostrarle, insistí. Caridad se quedó mirándome con una expresión que me hizo recordar a la que me dedicó el hombre que me vendió la barca en el momento de despedirnos, mezcla de sorpresa y divertimento, que en la cara de Caridad parecía un tanto impostada. Me parece bien, dijo al cabo de un momento, de todas formas no tengo nada mejor que hacer, y hagamos lo que hagamos terminaremos volviendo a aparecer aquí. A menos que… ¿A menos que qué?, inquirí. A menos que la noche nos tenga preparada una sorpresa.

Salimos y la calle parecía mucho más ancha. Al cabo de unos pasos me pareció que se trataba de la avenida Las Heras, en la curva que hace a la altura de Bustamante. Doblamos a la izquierda y, bajando por la calle Austria, llegamos al edificio de la Biblioteca Nacional. Este sitio me suena, dijo Caridad mirando la mole de hormigón armado que flotaba sobre nuestras cabezas. Puede ser, le dije, estuvimos acá hace unos días. ¿Estuvimos?, dijo él. En realidad estuve yo, pero de alguna manera creo que usted venía conmigo. Caridad me miró con esa misma expresión entre desconcertada y divertida con que me había mirado antes. Definitivamente la noche parece tenernos algo preparado, dijo. Yo me cuidé de que mi expresión no desmintiera ni confirmara ninguna de sus sospechas.

Pasamos por debajo del edificio de la biblioteca y al bajar la barranca —y para mi sorpresa— nos encontramos con el río. Aún faltaba al menos un kilómetro para llegar a la costa, pero los sueños

tienen la ventaja de que los lugares y las personas pueden transformarse a placer sin que aquello suponga un problema. Como si supiera lo que estaba pensando, Caridad me explicó que en alguna época el río había llegado hasta ahí, hasta lo que ahora era la avenida del Libertador, pero que luego la ciudad le fue ganando terreno. Al pie de la barranca pude ver la ensenada donde horas antes había escondido la barca. ¿Sabe lo que estaba haciendo el otro día acá en la biblioteca?, dije. Pensé que habíamos venido juntos, me respondió Caridad divertido. ¿Sabe o no sabe lo que había venido a hacer?, insistí con cierta impaciencia. La verdad es que no, repuso Caridad. Vine a buscar información sobre ciertos sucesos que involucran a una persona llamada Cecilia Prim, ¿le suena? Caridad detuvo la marcha y se puso repentinamente serio. Yo sentí cierto temor ante la reacción que ese nombre le pudiera provocar. Sí que me suena, me dijo. ¿Y a usted, a usted le suena?, replicó. A mí también me suena, repuse. Hasta hace poco no sabía quién era, pero alguien me habló de ella hace unos días y ahora sí que sé quién es. De todos modos lo importante no es que yo lo sepa, sino que lo sepa usted, afirmé. ¿Está seguro?, repuso Caridad. ¿Está seguro de que soy yo quien tiene que saberlo? Creo que sería lo más conveniente, dije, y guardé silencio. Estimé que lo adecuado sería ir dándole la información poco a poco, con tiempo suficiente para que pudiera ir asimilándola. El hecho de que hubiera conseguido pronunciar el nombre de Cecilia Prim me pareció que constituía ya un estupendo avance. Venga, acompáñeme, hay algo que quiero enseñarle, dije, y empecé a bajar la barranca en dirección a la barca. Caridad me siguió no sin cierta desconfianza. A medida que nos acercábamos, sin embargo, la barca comenzó a alejarse cada vez más, como si camináramos por una cinta transportadora que avanzara en sentido contrario y a una velocidad mayor a la que nosotros nos movíamos. No era la primera vez que me ocurría algo así en un sueño, pero en esta ocasión me empezó a resultar particularmente incómodo. Caridad, notándolo, me preguntó si me encontraba bien. Sí, sí, no es nada, le dije, es sólo que me gustaría llegar hasta la orilla para enseñarle algo. Intenté caminar más rápido, pero a medida que lo hacía la cinta parecía acelerarse

también, y las ramas que ocultaban la barca parecían alejarse más y más. Apuré el paso, y ya comenzaba a agitarme, cuando Caridad insistió: ¿Seguro que se encuentra bien? ¡Estoy bien, le dije, el problema es que nos consigo llegar hasta esa puta barca y sin la barca no puede usted irse de aquí! ¿Y adónde tendría que irme?, preguntó Caridad. ¡Adonde sea! ¡Adonde quiera! ¡Lejos de toda esta mierda!, grité, y noté que las manos me empezaban a temblar y que la voz me empezaba a temblar y que un torrente de furia injustificada subía de pronto por mi garganta. Ernesto, me dijo Caridad, y al oírlo llamarme por mi nombre comprendí que era la primera vez que lo hacía. Ernesto, ¿quién es Cecilia Prim? ¡Su puta mujer!, le dije. ¿Es que no lo entiende?, y mientras lo decía me vi queriendo agarrar a Caridad por el cuello para aferrarlo y retorcérselo hasta que dejara de respirar, pero al intentarlo noté que algo me lo impedía, como si mis brazos estuvieran paralizados. Ernesto, ¿quién es Cecilia Prim?, repitió Caridad con una calma exasperante, y de pronto descubrí que su ropa había cambiado. Ahora vestía una bata blanca y ya no estábamos en la ensenada de ningún río, sino en una habitación muy blanca y con unas luces muy brillantes que casi no me dejaban ver. Entonces entraron dos hombres también vestidos de blanco —uno de ellos era el barman del bar en el que nos habíamos conocido— y sentí un pinchazo en el brazo y al cabo de un momento de intentar gritar y no poder, me quedé profundamente dormido.

Una vez alguien me dijo que todas las formas que vemos en el mundo no son más que una ilusión, y que en medio de esa ilusión es que construimos nuestras ilusiones. Pero fuera o no ilusorio, lo que me tocó vivir esa mañana tenía un grado de solidez que no recordaba haber encontrado en ninguna otra experiencia que hubiera tenido que atravesar, ya fuera despierto, dormido o en algún estado intermedio de los que a la mente le gusta explorar. Abrí los ojos y me encontré a Caridad sentado a mi lado. El día estaba despuntando y nos hallábamos en medio de un césped muy verde, y a nuestro alrededor se esparcían una serie de losas de mármol que pronto reconocí como

las lápidas de un cementerio. ¿Se encuentra bien?, me dijo Caridad. Sí, doctor, me encuentro bien. ¿Sabe dónde estamos? Sí, doctor, en el cementerio. ¿Y sabe por qué estamos acá? Porque tengo que despedirme de alguien, le dije, y apenas lo hice una lágrima rodó por mi mejilla de forma espontánea, como si no fuera yo quien la hubiera producido sino alguna fuerza superior que en ese momento me dominaba. Tengo miedo, doctor. Yo estoy con usted, Ernesto. No creo ser capaz de hacerlo, insistí. Usted es perfectamente capaz de hacer cualquier cosa que se proponga, dijo él. No tengo la fuerza necesaria, doctor. La única manera de comprobarlo es intentándolo, dijo Caridad. Y luego agregó: El mundo es un lugar enorme y generoso, usted es joven y aún van a pasarle muchas cosas buenas, sólo tiene que estar abierto a recibirlas. Lo sé, doctor, le dije, pero no soy lo suficientemente fuerte. Caridad me miró con una mirada tan llena de compasión que no pude más que agradecerle que estuviera ahí para cuidarme, que hubiera estado ahí todo ese tiempo para cuidarme. Hoy es el día en que va a ver que eso no es cierto, me respondió, y me alcanzó un ramito de hortensias. ¿Qué tengo que hacer con esto? Lléveselas a Cecilia. Dígale lo mucho que la extraña y lo agradecido que está de haberla tenido. ¿Y después? Después debería volver a su vida y a sus escritos, pero si le parece vamos a ocuparnos de una sola cosa a la vez. No creo que pueda, doctor, dije con el hilo de voz que me quedaba. Si no lo intenta nunca lo vamos a saber. Asentí con la cabeza y, sacando fuerzas de donde no tenía, me levanté y me puse a caminar en la dirección que Caridad me indicaba.

Al ver su foto en la piedra sentí que sus ojos me miraban. Hola, mi amor, le dije, y me puse a llorar como un mocoso. No sabía qué más decir, pero de alguna manera esas tres palabras parecieron quitar un tapón que estaba impidiendo que el llanto saliera, y cuando empezó a salir fue como si un chorro de plomo empezara a salir, como si con cada gota de llanto me quitara cien kilos de encima. Qué fácil que era vivir cuando vivías, le dije, y qué difícil que se me hacía todo ahora, y qué miedo que me daba todo ahora y qué rabia que me daba todo ahora, y qué confuso que se había vuelto todo, si a veces ni siquiera sabía si estaba dormido o despierto o si las personas con las que

hablaba de verdad estaban ahí. Y le confesé que los odiaba a todos, los que me hablaban de ella porque me hablaban de ella y los que no me hablaban de ella porque no lo hacían, y que los odiaba a todos por no ser ella y que a veces hasta la odiaba a ella por haberme dejado solo, y que no había nada más terrible que odiarla a ella porque la quería tanto. Entonces ella salió de la piedra y me dijo que estaba ahí conmigo, que era imposible que no estuviera porque en el fondo éramos lo mismo y que allí donde yo estuviera siempre iba a haber una parte de ella, y yo le dije que ya lo sabía pero que no me servía de nada porque de esa forma no podía tocarla y no podía escuchar sus consejos, y yo no sabía hacer nada sin escuchar sus consejos, no podía ni escribir si ella no estaba conmigo porque cuando se fue me di cuenta de que era para ella que escribía las palabras, y que ahora las palabras ya no significaban nada, ya no nombraban nada, y ella me dijo que tenía que hacer un esfuerzo y volver a las palabras porque de otro modo el silencio se quedaría con todo, y que había que hacer lo que fuera para que eso no pasara, que había que hacer lo que fuera para llenar el silencio con belleza porque el único modo de hacer que la vida fuera soportable era llenando el silencio con belleza, y yo le dije que iba a intentarlo pero que no le prometía nada y entonces ella sonrió, y los dos sonreímos, y con la cara bañada de lágrimas y sin saber muy bien por qué, me giré hacia donde estaba Caridad, como si necesitara que él me confirmara que lo estaba haciendo bien, y él al verme sonrió también y asintió con la cabeza y yo creí ver en sus ojos una lágrima asomada, y entonces volví a mirarte y te dije que no me iba a despedir porque me parecía imposible tener que despedirme de vos y porque además siempre ibas a estar acá, te dije, y me puse la mano en el pecho, siempre vas a estar acá, te dije, y te prometí que algún día el mar nos iba a juntar, y vos me tomaste la mano y me dijiste que sí, que un día el mar nos iba a juntar pero que todavía faltaba para eso, y que hasta que eso no pasara tenía que seguir adelante, y que ibas a estar siempre conmigo, que allá donde fuera te iba a encontrar porque no podía ser de otra forma, porque estabas siempre en mi piel como yo dormía en la tuya. Y entonces me agaché y dejé el ramito de hortensias sobre la piedra fría, y te dije hasta

pronto mi amor, y vos me sonreíste, y secándome las lágrimas me alejé hacia el lugar en el que Caridad me esperaba.

Dicen que para volver primero hay que saber partir, que no puede regresar aquel que no se ha ido, y eso fue lo que me dispuse a hacer esa mañana apenas dejamos atrás el cementerio. Toda la vida me había dedicado a construir frases y palabras y en ese momento comprendí que debía abandonarlas a todas si quería tener ocasión de volverlas a encontrar. Desde el lugar en el que estaba no había un camino recto hacia el lugar en el que las había perdido. Si un día quería volver, antes debía ir al mar. Eso era lo que me tocaba y eso era lo que debía hacer si quería volver a encontrarte. Ir al mar y perderlo todo para un día poderlo recuperar.

Sería imposible describir con palabras el alivio que sentí cuando pusimos la barca en el agua. Era temprano y el sol apenas asomaba en el horizonte, dando a la superficie una tonalidad oscura con ciertos visos rojizos que a mí me gustó pensar que tendían al violeta, al violeta eterno. Las paladas que Caridad daba con los remos me resultaban tan concretas, tan reales, que me hicieron pensar en la cantidad de horas de mi vida que había malgastado atrapado en mi cerebro, y en los lamentos y en las quejas y en ese montón de palabras inútiles pronunciadas sin belleza. Y me prometí que nunca más —te prometí que nunca más— volvería a dejar que el silencio se quedara con la belleza, porque el único modo de hacer que la vida fuera soportable era llenando el silencio con belleza, y yo había tenido la suerte de haber vivido con belleza. Por una vez la había sentido cuando nos habíamos tenido, y más no me hacía falta. La mañana empezaba a abrirse mientras Caridad me llevaba río adentro. El día empezaba a despertar y prometía ser hermoso. En el horizonte la chimenea de un barco dibujaba una estela que parecía marcar el camino de todo lo que dejábamos atrás. Yo tomé mi cuaderno y mi lápiz y, a medida que nos alejábamos de la ciudad y del mundo, me puse a escribir la canción de todos los finales que aún nos quedaban por conquistar.

UN CUENTO INGLÉS [2]

Entre los relatos que Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo incluyeron en su *Antología de la literatura fantástica* —Editorial Sudamericana, 1965— se halla uno del escritor y caricaturista inglés Max Beerbohm titulado «Enoch Soames». Es el quinto de los trabajos presentados en el libro y trata acerca de un escritor menor de fines del XIX que, ansioso por averiguar si el tiempo le otorgaría el reconocimiento que en vida le fue negado, pacta con el demonio para poder adelantarse un siglo a su época y comprobar así su posible inclusión en las páginas grandes de la historia de la literatura. Max Beerbohm, el autor, nació en Londres en 1872. Ciento veinticinco años más tarde, y también en Londres, cayó en mis manos este cuento suyo.

Las circunstancias que me llevaron hasta esa ciudad fueron particularmente azarosas, o al menos así me lo pareció entonces. Corría la última semana de mayo de 1997 y, contra todas las recomendaciones del sentido común, había decidido abandonar por tren la ciudad de San Petersburgo para dirigirme a visitar a mi amiga en Budapest. Alguna razón tenían quienes se oponían a esta iniciativa mía. El precio del billete sería prácticamente el mismo que el del avión, y el peligro de atravesar por alguna desagradable experiencia con la mafia rusa, según mi amiga húngara, inquietantemente elevado. De todas formas, un poco por mi aversión a volar y otro poco por el romanticismo que me inspiraba la idea de recorrer Rusia por tren, decidí correr el riesgo. Al comprar el pasaje fui advertido acerca de las cuarenta y tres horas que el trayecto tomaría, cosa que no me pareció un problema. No me advirtieron, sin embargo, que debía llevar mi propia comida, ya que en los casi dos días de viaje me sería imposible conseguir nada a bordo. Y tampoco consideraron pertinente informarme —y esto resultaría decisivo— de que en su camino hacia Budapest el tren atravesaría los tres recientemente independizados

estados de Letonia, Bielorrusia y Ucrania, para los cuales, y desde hacía no demasiado tiempo, era necesario poseer ciertas visas que, en mi ignorancia, jamás me molesté en tramitar. De más está decir que lo último que esperaba era terminar el recorrido en Londres, pero el destino, ya lo sabemos, nos enreda a su antojo en las trenzas que va tejiendo, y es sólo la irresponsable y distraída manera en que nos deslizamos por la vida la que nos permite a veces olvidarlo. Seguramente Dios, y ese otro personaje que tanto tiene que ver con esta historia, sabían ya de mi visita a la capital inglesa, de mi encuentro con el mencionado libro, y de las dramáticas consecuencias que todo eso tendría.

El compartimento que me asignaron estaba diseñado para albergar a cuatro pasajeros. Dos pares de asientos enfrentados que por la noche se transformarían en dos pares de literas. Al llegar, sin embargo, sólo me encontré a una chica de mejillas redondas y cabello rojizo y rizado que me sonrió cortésmente. Era algo más joven que yo y leía algún tipo de revista científica de ésas cuya portada no presenta ninguna fotografía. Le devolví la sonrisa y, acostumbrado a que en ese bendito país nadie hablara nada más que ruso, acomodé mis cosas y me senté en silencio. Luego de algunos momentos, y más por evitar la incomodidad de la espera que por genuinas ganas de leer, saqué mi libro de Nabokov y me puse a ojearlo. What are you reading?, escuché de pronto sorprendido. Se trataba de una estudiante de lenguas muertas y manejaba también dos o tres de las que aún permanecen con vida, entre ellas el inglés. Fue en ese idioma que intercambiamos información acerca de nuestras procedencias y destinos. Ella también iba a Budapest a visitar familiares. Parece ser que durante la época de Stalin parte de su familia había tenido que trasladarse y desde entonces las visitas se sucedían en una y otra dirección. Quedé bastante impresionado con lo que me contó acerca de cómo un libro de química escrito sin la expresa autorización del régimen había sido el causante del desmembramiento de su familia, pero eso no viene al caso. Lo cierto es que todas esas idas y venidas habían despertado en Anna —así se llamaba la chica— un fuerte interés por los idiomas, cosa que me resultaría de suma utilidad en las horas que se

avecinaban.

Los primeros momentos de un viaje como ése son los más largos. A medida que el recorrido avanza, y tal vez por esa hipnótica combinación de quietud y movimiento en la que los trenes nos envuelven, uno tiende a penetrar una suerte de dimensión en la que el tiempo funciona de manera diferente, como si se dilatara. Para bien o para mal, Anna y yo ya no estábamos solos. Dos mujeres de unos cuarenta años nos acompañaban. Parecía como si hubieran llevado a cabo ese trayecto demasiadas veces, porque no miraban por la ventanilla ni nos miraban a nosotros. Ni siquiera entre ellas se miraban, sólo fumaban en silencio recostadas en sus asientos.

Pasaron tres o cuatro horas antes de que me enterara de lo comprometido de mi situación. El guarda —un tipo alto y ancho, de ojos pequeños y boca muy poco dada a la sonrisa— pasó pidiendo pasajes y pasaportes, y al ver el mío algo comenzó a vociferar en ese idioma lleno de *kas* y de *uves* mientras lo sacudía por encima de su cabeza. Con gesto compungido, Anna me explicó que no tenía las visas para Bielorrusia y Ucrania; Letonia no era un problema porque el tren no se detendría allí. ¿Cuáles son mis opciones?, pregunté. Ella consultó con el guarda —que insistía en tomarse el asunto como una afrenta personal— y me dijo que lo único que podía hacer era bajar en la próxima estación y regresar a San Petersburgo. ¿Y si no?, aventuré. Puede que quedes detenido, me dijo Anna con una cara que parecía asegurar que no había nada de bueno en esa opción.

Hay ciertas leyes físicas que pueden ser extrapoladas sin mayor problema a las conductas de las personas. La inercia, por ejemplo, esa tendencia de los cuerpos a conservar la misma velocidad y dirección a menos que una nueva fuerza intervenga, bien puede compararse a aquel impulso que nos impide correr ante la inminencia de un asalto. Algo como eso ha de haber sido lo que me llevó a continuar el viaje por más que todas las recomendaciones me indicaban que no lo hiciera. Eso, o alguna intervención del siniestro personaje. El caso era que en Bielorrusia, al parecer, eran lo suficientemente laxos como para que no fuera demasiado difícil encontrar una manera de arreglar el entuerto, pero en Ucrania, según me explicaban, se mostraban muy

celosos con el tema de dejar bien en claro que ya no eran más un apéndice soviético, sino un Estado soberano para el que había que tener una visa si uno quería entrar. Le expliqué al guarda —a través de Anna, por supuesto— que no tenía la menor intención de quedarme en ese país, que sólo recorrería algunos kilómetros de su territorio montado en un tren, lo cual era evidente que no constituía ninguna seria violación a su soberanía, pero él opinaba —y se reía ruidosamente mientras lo hacía— que un razonamiento de ese tipo difería en mucho del que seguramente llevarían a cabo los soldados ucranianos. Entonces le hice notar que mi pasaporte era argentino y que no había necesitado visa para entrar en Rusia a causa de un convenio bilateral vigente entre ambos países, y que quizá con Ucrania ocurriera algo parecido. Esta vez sólo se limitó a reír, dejando bien en claro que por esas latitudes estarían mucho más familiarizados con la dinastía Ming que con el dichoso convenio. De todas formas la inercia, o lo que sea que haya sido, terminó ganando la partida y, contra toda lógica, decidí seguir adelante.

Llegamos a Bielorrusia a eso de las tres de la mañana. Anna se había ofrecido a oficiar de traductora y a ayudarme en todo lo que pudiera con los soldados. Entraron en el vagón y por primera vez en la noche —la escena se repetiría— me sentí protagonizando una vieja película de espías de la segunda guerra. Un tipo alto y rubio comenzó a mirar mi pasaporte y a mostrarse contrariado. Anna hablaba con él sin conseguir apaciguarlo, y al cabo de unos minutos me informó de que existía la posibilidad de sacar allí mismo una visa de tránsito, pero que tendría que pagar. No sabía cuánto. Había que acompañarlos.

Bajamos del vagón soportando el mal humor del guarda, que no parecía nada contento con la demora a la que lo obligábamos, y caminamos hasta una caseta donde había otros dos soldados. Discutieron entre ellos y luego de un instante se dirigieron a Anna. Cien dólares, me dijo que pedían. No tengo, mentí, comenzando a intuir la informalidad de la transacción. Anna les comunicó mi respuesta y al cabo de un minuto me dijo que querían saber cuánto tenía. Cincuenta, dije, y aceptaron. Cuando nos alejábamos me pareció que podría haber ofrecido menos, pero de cualquier forma el primer

obstáculo había sido salvado. Al regresar al vagón sentí que todos me miraban como a un sobreviviente y que, en esa transitoria comunidad que el tren constituía, me había vuelto de pronto un personaje público. Incluso las dos cuarentonas —que, dicho sea de paso, se habían pasado las últimas dos horas contando billetes y separándolos en pequeños fajos que escondían en los más diversos lugares— me sonrieron cuando regresé y me invitaron a compartir su comida. Con toda la agitación, había olvidado el hambre que tenía.

Esa noche casi no pude dormir. Entre sueños y ensoñaciones de soldados que me detenían y de armas amenazantes y de mi cuerpo tirado a un costado de la vía, me despertaba sólo para preguntarme cómo había sido tan estúpido de haberme quedado en el tren, cuando a esa hora podría haber estado de vuelta en mi hotel, bajo el claro cielo de San Petersburgo. Nadie me había dado la más mínima esperanza de éxito, y sin embargo yo, increíblemente, había decidido continuar. Empecé a recordar entonces que, cuando había oído hablar de la mafia rusa, el nombre de Ucrania había sido mencionado como uno de los sectores más comprometidos, y hacia allá me dirigía con altas probabilidades de quedar detenido. La única imagen clara que conservo de esa noche es la de aquel rostro que me miró desde el pasillo. En uno de esos golpes de luz que, cada tanto y desde el exterior, llegan para iluminar el interior de los vagones, lo vi girarse hacia mí y mirarme con una sonrisa que, supuse entonces, intentaba ser solidaria, pero que a mí me resultó más bien macabra, como todo en esa noche. Recuerdo a la perfección cada detalle de ese rostro que volvería a ver. Lo demás está más bien borroso, y mezclado, como dije, con las cosas que imaginé o soñé. Anna y las dos mujeres habían intentado tranquilizarme diciendo que yo debía fingir que estaba enfermo y que, en caso de que quisieran llevarme, ellas explicarían que me encontraba demasiado débil y que debía seguir en el tren hasta llegar a algún sitio donde pudiera recibir atención médica. Un plan absurdo por donde se lo mirara, pero en situaciones como esa uno es capaz de aferrarse a las más absurdas esperanzas. Pasé la noche inmóvil en mi litera, ensayando mentalmente mi papel de moribundo, y cada vez que, por alguna razón, el tren moderaba su velocidad, un

sudor helado me bajaba por la espalda.

Finalmente el momento llegó. Ya había comenzado a amanecer y el tren por fin se detuvo. Me asomé por la ventana y vi una edificación que no podía ser otra cosa que alguna instalación militar, y la sensación de espía prófugo en la frontera enemiga volvió a hacerse presente. Al volver la vista al interior del compartimento me encontré con los ojos de Anna, tan asustados como los míos, que intentaban transmitirme una confianza de la que carecían, y de pronto sentí por ella un profundo cariño. Los ruidos en el pasillo nos informaban de que los soldados ya estaban cerca, y supongo que, un poco en referencia a las películas y otro poco por el papel que me tocaba jugar, imaginé que la escena se desarrollaría lenta, cargada de dramatismo, de miradas suspicaces y de punzantes silencios. No fue así. El hombre abrió las puertas, vio los pasaportes y, sin hacer ninguna pregunta, me apuntó con el dedo y dijo algo que en cualquier idioma hubiera podido entenderse: Él viene conmigo. Y no hubo ningún suspenso. Ni siquiera puso cara de haberme descubierto o gritó a sus compañeros para que vinieran a buscarme. Mi detención se llevó a cabo como el más ordinario de los trámites. Mi vida estaba en juego y ni siquiera tenían el buen gusto de darle un poco de relevancia al asunto. Miré a mi alrededor como buscando la ayuda prometida y sólo Anna intentó decir algo, pero el soldado le dio la misma importancia que a mi supuesta afección. Sabiéndose incapaz de hacer algo por mí, Anna me miró con tal impotencia que, como por arte de magia, mis temores se desvanecieron, y le devolví una mirada serena en la que intenté transmitirle toda la calma que de pronto me había invadido. Creo que fue su temor lo que me hizo fuerte, el hecho es que frente a sus ojos y a los de todos los demás pasajeros que se asomaban a las puertas de sus compartimentos para observar la escena, decidí enfrentar mi destino con la frente en alto. Me puse la ropa lentamente y lentamente junté mis cosas. Me despedí de las dos mujeres y les agradecí por la comida, y cuando Anna, con voz temblorosa, me pidió que me cuidara, le dije que siempre lo hacía y me incliné para besar su mano. Luego la miré a los ojos, le di las gracias por todo y, con paso digno, me alejé por el pasillo.

Bastó que mis pies tocaran el andén para que todo ese estúpido brote de heroísmo desapareciera. De pronto descubrí que en el fondo de mi corazón aún no había querido ver lo que ocurría, y que albergaba todavía la infantil esperanza de que todo se solucionara milagrosamente. Los soldados se conformarían con haberme dado un buen susto, me devolverían mi pasaporte y me dejarían ir. Anna me recibiría sonriente en el compartimento, las cuarentonas se disculparían por no haber intentado salvarme, y yo las miraría comprensivo y las perdonaría, y el resto del viaje sería como unas vacaciones en las que nos divertiríamos imaginando lo horrible que hubiera sido tener que quedarme en esa frontera, con el destacamento de soldados ucranianos como única compañía. Pero los minutos pasaron y nadie vino con mi pasaporte; no me miraban siquiera. De pronto el tren comenzó a moverse y a ganar velocidad, y al instante siguiente había desaparecido. Entonces comprendí lo ensordecedor que puede ser el silencio de un andén vacío.

Quien quiera saber lo que sentí en ese momento sólo tiene que imaginar lo que puede ser encontrarse en el medio de la nada, detenido en el cuartel de una frontera imposible por soldados con los que no se puede intercambiar ni una sola palabra. Tenían mi pasaporte y algún plan para mí que ni siquiera imaginaba cómo iba a averiguar. Alguien podría pensar que en una situación como ésa lo que uno quiere es gritar. Nada de eso. Como el náufrago que comprende que se encuentra demasiado lejos de cualquier costa como para ponerse a nadar, encendí un cigarrillo y me senté a fumarlo con toda tranquilidad. Lo más probable es que no me muera, recuerdo que pensé. He salido de muchas como ésta, y cuando termine no va a ser más que una buena historia para contar. Lo cierto era que nunca había estado en una como ésa.

Luego de más de una hora de espera, y por iniciativa mía, los soldados accedieron a explicarme lo que venía. El lenguaje en el que lo hicieron incluía gestos, indicaciones sobre un mapa que colgaba de la pared y un pequeño diccionario ruso-inglés/inglés-ruso que yo

llevaba conmigo. De alguna misteriosa manera logré comprender todo esto: tendría que tomar un tren que me llevaría a una estación donde debía esperar a que otro me llevara hasta Minsk, la capital bielorrusa. Una vez allí tendría que dar con la embajada de Ucrania, tramitar mi visa para ese país, y sólo entonces recorrer el camino inverso y continuar hacia Hungría. No parecía sencillo, pero como no podía decir nada que mis captores fueran a entender —y confieso que mirando sus caras tuve la firme sospecha de que las limitaciones excedían a las puramente idiomáticas— dejé que dispusieran a su antojo y sólo defendí las cuestiones más básicas. Cuando tuve que ir al baño mandaron a un soldado conmigo —no sé adónde se imaginaban que podría haber ido— y lo mismo ocurrió cuando manifesté la necesidad de ingerir algún alimento. El mismo soldado —un chico menor que yo que caminaba con las manos en los bolsillos y que miraba al suelo con una sonrisa burlona que en algún momento sentí el impulso de borrar de un puñetazo— me acompañó hasta un pequeño negocio en cuyo exhibidor sólo podía verse una especie de salchichón. Le pedí a la mujer que atendía que me lo diera entero —no sabía cuándo volvería a conseguir comida— y le pedí también pan, cerveza y cigarrillos. Pagué con diez dólares y por las caras de todos me pareció que se trataba de una pequeña fortuna. Dos hombres que bebían vodka en una pequeña mesa ubicada junto a la puerta comentaron algo al respecto que hizo reír a todos, y la mujer que atendía, todavía entre risas, me devolvió un puñado de los billetes más pequeños que yo hubiera visto.

La tarde pasó lenta y el calor era agobiante. Detrás del cuartel y bajo la sombra de un gran árbol, había tres bancos de madera dispuestos en forma de un inconcluso cuadrado, en los que los soldados se sentaban a fumar. Fue allí donde me instalé a comer mi salchichón y a beber mi cerveza. No había empezado casi cuando, en un descuido, un perro se hizo con el salchichón y desapareció tras las vías. Los soldados festejaron ruidosamente el incidente y yo me sentí tan desdichado que lo único que pude hacer fue reírme con ellos. Les ofrecí unos cigarrillos y comenzamos a comunicarnos con mucho mejor resultado del que cualquiera habría esperado, y me enseñaron a

decir perro ladrón, pero lo he olvidado. Sobre el final de la tarde llegó mi tren. Los soldados me entregaron a otros que venían en él, y estos me llevaron hasta un compartimento vacío. No sabía adónde me dirigía ni cuánto tardaría en llegar, así que decidí aprovechar para descasar un poco. Comer y descansar cada vez que pudiera. De pronto me pareció que era todo lo que debía preocuparme si quería mantenerme entero.

Ya era de noche cuando, sin ninguna delicadeza, me despertaron y me entregaron a los policías de la nueva estación. A ambos lados del andén se encontraban desparramados los integrantes de lo que debe de haber sido un regimiento entero de quién sabe qué ejército y, todavía medio dormido, me puse a divagar acerca de su destino. Debe de haber miles de guerras ocurriendo en todas partes de las que los diarios nunca hablan, recuerdo que pensé. En algún remoto lugar de África, o en las fronteras olvidadas de países como ése, miles de vidas debían de extinguirse en total anonimato. Yo mismo podía morir esa noche bajo ese cielo y nadie nunca lo sabría. Expliqué a los policías mi situación y me sentaron a esperar en su oficina. Menos celosos con el tema de la vigilancia, me permitieron ir a comprar algo de comer sin custodia alguna y, como tiempo era lo que me sobraba, aproveché para dar una vuelta por la estación.

El pueblo era tan pequeño que asomándose a la puerta uno podía adivinar todos sus límites. Las caras de las personas eran más bien redondas y sus rasgos iban colocados de manera desordenada. Las distancias que separaban sus ojos de sus bocas no guardaban las proporciones que uno hubiera esperado, y sus ropas parecían como traídas de otra época. En la cafetería de la estación —si es que se la podía llamar así— la mujer que cobraba usaba un ábaco, y las ruedas de las carretas que vi pasar eran de madera maciza, sin nada parecido al caucho que las recubriera. Enormes caballos de crines rubias tiraban de ellas.

No sé si fue el sueño o la falta de alimento pero, de una manera tal vez premonitoria, la idea del viaje en el tiempo me asaltó de pronto, y supe que era posible. Porque ese rincón del planeta en el que me había tocado aterrizar nada sabía de hipercomunicación ni de aldeas

globales, sólo transcurría en ese tiempo suyo en el que resultaba imposible imaginar el hecho de que el hombre hubiera pisado la luna. Entonces tuve la sensación de que el mundo entero era un invento. El mundo como unidad, como ente unificado que avanza a una velocidad y en una dirección definidas, se me apareció de pronto como la más ingenua de las fantasías, únicamente concebible como el producto de esa torpe necesidad de los seres humanos de poner las cosas en términos comprensibles. ¿Qué podían saber esas llanuras acerca de los especialistas internacionales que en los canales de noticias intentaban explicar lo que nadie podía entender?, esa variedad inmensa de mundos que habitan en el mundo, ignorantes los unos de los otros, de sus esperanzas y de sus temores, y de sus ideas acerca de lo que el mundo era. Fue claro en ese momento aquello que tantas veces había escuchado, pero que sólo entonces supe que jamás había comprendido realmente: el mundo no era una entidad cerrada, sino que poseía el tamaño y la forma de la imaginación de quien se sentara a pensarlo. Y en esa noche difusa, que comenzaba a descubrirse como el capricho de algún demonio, tuve la indecible sensación de hallarme en el punto exacto en el que confluían todas las líneas que conformaban el universo. Mi tren llegó casi al mismo tiempo que la lluvia, y a través de la ventana, y observando aquellos campos interminables que cada tanto se encendían con la luz de algún relámpago, comencé a imaginar que ésa era la primera lluvia del mundo, y que el tren en el que viajaba en realidad no existía. En un mundo paralelo y en ese mismo momento, estaba yo llegando a Budapest y encontrándome con mi amiga húngara, por más que me supiera allí, en aquella Rusia inventada y en aquel tren infinito que me llevaba como prisionero.

Llegué a Minsk por la mañana. Alguna vez oí a un maratonista hablar de un punto en la carrera en el que se alcanza el límite del cansancio físico, y que una vez superado es como si se traspusiera una frontera. A partir de ahí el cuerpo se siente liviano de nuevo, como adormecido, y se pueden recorrer los muchos kilómetros que faltan sin mayores problemas. Algo parecido ha de haberme ocurrido esa mañana al llegar a la capital bielorrusa. Como si de pronto me hubiera invadido una repentina lucidez, comencé a ver todo claro. Era

completamente imposible llevar a cabo lo que me pedían. Debía dar con la embajada de Ucrania para tramitar una visa que seguramente no me darían en el día. Debía entonces conseguir un hotel donde quedarme y, luego de que mis papeles estuvieran en regla, averiguar la forma de combinar los trenes para que me llevaran, a través de Ucrania, hasta Hungría. Y todo eso en un idioma en el que si alguien me apuntaba el nombre de una calle en minúsculas, y al llegar lo veía escrito en mayúsculas, jamás me enteraría de que uno y otro se correspondían. En mi propia Buenos Aires, llevar a cabo un trámite de ese tipo hubiera constituido una verdadera odisea. En las condiciones en las que me encontraba y en ese sitio extraído de la enferma imaginación del más vicioso de los surrealistas, intentar tener éxito no era otra cosa que una locura. Entonces, como una revelación, vino a mi mente la imagen de la visa de tránsito que dos días antes había comprado de manera ilegal en la frontera de aquel país al jamás pensé regresar. Dejé caer mis bolsos y busqué ávidamente el pasaporte y, al encontrarlo y comprobar que el visado seguía ahí, lo besé. Cualquiera podría pensar que no había ninguna razón para que no estuviera, pero ocurre que las razones habían empezado a ser sólo una de las posibles causas por las que las cosas ocurrían, y no necesariamente la más atendible. Dentro de un universo donde la ilación de fenómenos responde a más de una lógica, la página de mi pasaporte podría haberse encontrado perfectamente en blanco y no habría habido a quien reclamar. Afortunadamente la visa seguía ahí, lo cual me convertía —y por todo el resto del día— en un visitante legal de aquella bendita república, una persona libre de decidir acerca de su destino. Y lo hice. Taxi al aeropuerto y desde ahí hacia donde fuera.

Ni siquiera me inquietó demasiado saber que había vuelos para las ciudades más impronunciables, pero que ninguna compañía volaría a Budapest hasta dos días después. ¿Y para dónde dice que hay vuelos en el día de hoy?, pregunté. La señorita nombró una serie de ciudades entre las cuales sólo pude reconocer los nombres de Londres y Varsovia. Londres, por favor, dije. Y no me importa si ventana, pasillo o ala. No me importa que se fume o que no se fume, o que mi compañero de asiento tenga la ocurrente idea de aprovechar el

trayecto para limpiar su cuchillería con soda cáustica, sólo le pido que me diga que hay lugar en el vuelo y que finalmente voy a poder salir de este infierno. No sé si eso último lo dije o lo pensé, en cualquier caso la señorita no hubiera entendido una palabra. Lo importante es que había lugar y que compré mi boleto y que, luego de beber lo que quedaba de whisky en mi petaca de viaje, me desmayé feliz en uno de los diminutos asientos de la fila de uno del bimotor de Belavia Airlines.

Así fue como llegué a Londres, escenario de los acontecimientos que motivan este relato. La manera en que lo hice, como se verá luego, no resulta irrelevante ni caprichosa, pero si puede pensarse que las historias comienzan en algún punto, podría decirse que es aquí donde ésta lo hace: en mi llegada a la capital inglesa, en mi encuentro con el cuento de Beerbohm, y en la inquietante serie de circunstancias que a partir de ahí se suscitaron. Pero no nos adelantemos.

Cuando la azafata logró despertarme, el avión ya estaba vacío. Si hubiera sabido la canción nacional de Inglaterra, seguramente la habría entonado mientras descendía a tierra. Todo parecía tan familiar, tan civilizado. Conseguí un teléfono y llamé a mi prima, que vive en Londres desde hace muchos años, y al oír su voz sentí como si me abrazaran. Estoy acá, le dije, después te explico. ¿Te quedás un rato? Voy para allá.

Nunca he estado en una guerra, pero imagino que conozco la sensación de volver a casa. Me bañé y me afeité, y pasé la tarde en uno de los sofás de la sala, tomando mate y contándoles a mi prima y a su marido las peripecias que había atravesado. En medio de aquella otoñal primavera londinense, sólo me dediqué a celebrar la vida envuelto en una manta y poniendo, uno tras otro, los discos más lindos que fui encontrando. Fue esa misma tarde cuando, revisando en la biblioteca de mi prima, di con la *Antología de la literatura fantástica*, pero sólo llegué a ojearla como se ojean los libros en las librerías. Ese día mi cabeza no estaba de ánimo para nada más que para transcurrir, así que la dejé aparte para mirarla después. Comí algo que mi prima

preparó, y antes de las ocho ya estaba durmiendo.

Me levanté temprano y desayuné en el patio, espabilado por el fresco aire de la mañana. Antes de las diez había solucionado ya el tema del pasaje, lo cual me dejaba completamente libre para dar un paseo por la ciudad. Al día siguiente, muy temprano, partiría para casa. Me sentía bien y el día era espléndido, así que tomé el mencionado libro y salí a buscar un sitio soleado donde sentarme a leerlo. Una vez en la calle, tuve respecto de Londres esa sensación que una amiga definió tan bien una vez: como si se tratara de una gran escenografía, con hombres que sostienen trabajosamente las fachadas mientras uno pasa y que, luego de secarse el sudor, corren a montar la siguiente manzana. No anduve mucho, sin embargo. En las mesas exteriores de un restaurante italiano de la calle Pine, a unos trescientos metros de la casa de mi prima, me senté y pedí café y, esperando a que me lo trajeran, abrí el libro directamente en la página en que comienza el relato de Max Beerbohm, «Enoch Soames». Ya comenté, a grandes rasgos, de qué trata la historia. Permítaseme, sin embargo, dar algunos otros datos que, creo, resultarán pertinentes.

Empezaré diciendo que se trata de un relato contado en primera persona por el autor, y en el que él mismo se asume como uno de los personajes. Quiero decir que Max Beerbohm es Max Beerbohm en la historia, un escritor inglés de fines del XIX que en uno de los cafés de la época conoce a este otro escritor de apellido Soames, un tipo más bien insignificante y lleno de forzados manierismos que evidencian su necesidad de ser considerado —ni para bien ni para mal, simplemente considerado— por los demás. Soames ha publicado un libro, razón suficiente para que Beerbohm lo respete. Él también escribe, pero nunca ha publicado más que algún artículo suelto en una revista literaria y, carente aún de un criterio sólido, atribuye la indiferencia generalizada que el trabajo de Soames despierta a una cuestión de tiempos. Tal vez Soames sea uno de esos genios que pasan desapercibidos en su época, pero que luego la historia termina reconociendo. A Soames le agrada esa teoría. Con el correr de los años, sin embargo, Beerbohm avanza en su carrera literaria y Soames permanece en el anonimato, y un día, en un encuentro fortuito en

cierto restaurante francés del Soho, Soames le confiesa a Beerbohm que se encuentra agotado ya de intentar e intentar sin obtener respuesta, y que estaría dispuesto a entregar su alma al diablo con tal de que le permitiera adelantarse un siglo en el tiempo para comprobar si, efectivamente, la historia lo había reconocido. Por esas cosas de la literatura —o por esas cosas del demonio, más bien—, el personaje en cuestión se encuentra en el mismo restaurante y a sólo dos mesas de distancia, y al oír estas palabras se les acerca y se presenta. Soy el diablo, dice, y no he podido evitar escuchar lo que decían. Si usted en verdad está dispuesto, yo puedo arreglar ese viaje en el tiempo. El precio es, por supuesto, el que todos conocemos. Desoyendo los intentos de Beerbohm por disuadirlo, Soames acepta y desaparece. Tendrá algo menos de cinco horas para revisar los ejemplares que considere necesario en la sala de lectura del Museo Británico, exactamente un siglo hacia delante a contar desde ese día. La hora es las dos y diez de la tarde, y el día, el 3 de junio de 1897. Beerbohm es muy específico respecto a ese tipo de detalles, así como acerca de los lugares donde todo se desarrolla. Al leer los nombres de las calles me doy cuenta de que los hechos ocurren a escasos quince minutos de donde yo me encuentro, y considerando que se trata justamente de Londres, una ciudad que se pavonea de no haber movido de lugar ni los tachos de basura en los últimos doscientos años, intuyo que las calles han de conservar su misma ubicación y nombre.

Lo compruebo al desplegar el mapa de bolsillo que mi prima me ha facilitado. El restaurante donde el pacto se lleva a cabo está ubicado en la calle Greek, a pocos metros de Soho Square. Busco la calle en el mapa y, efectivamente, se extiende unas cuatro manzanas hacia el sur, desde Soho Square hasta Shaftesbury Avenue. No resisto la tentación. Dejo unas monedas sobre la mesa, tomo mis cosas y me pongo en marcha hacia el lugar. Decido bajar por Rosbery Avenue, que, según mi mapa, en algún punto debería desembocar en Theobald's Road y ésta en High Street. Una vez allí estaría a un paso de Soho Square. A las siete de la tarde, supuestamente, Soames debía volver al restaurante para encontrarse con el demonio y emprender el largo viaje a las profundidades, y durante la angustiosa espera Beerbohm se

pone a caminar sin rumbo por la ciudad. En medio de la conmoción en que se encuentra, pasa lista de algunos de los lugares por los que deambula, y yo decido entonces tomar un desvío en mi ruta y transitarlos también. Los jardines de Green Park, Picadilly —sin los carpinteros con los que Beerbohm se encuentra—, y desde ahí sí, por Shaftesbury Avenue, hasta Soho. Con muy poco esfuerzo —ya lo dijimos, en Londres nada ha cambiado—, juego a imaginar que me encuentro en los últimos años del mil ochocientos, y que los autos que veo son en realidad carruajes, y que los faroles de la calle se alimentan de gas, y que las personas que pasan viven en casas enormes con chimeneas en el salón frente a las que se sientan por las tardes a leer perfumadas cartas con sellos de cera que alguien les ha enviado. Y así, como distraídamente, al llegar a una esquina me encuentro con un cartel blanco que en grandes letras negras anuncia «GREEK STREET, W1, CITY OF WESTMINSTER». Me detengo como asustado y miro alrededor con la desconfianza de quien teme ser descubierto. Vuelvo a mirar el cartel y un cosquilleo me recorre, como si de pronto los días en que ese viejo cuento fue escrito hubieran cobrado vida en el presente, en esa esquina de ladrillos y en el cartel con el nombre de la calle Greek. El edificio en el que está montado resulta ser el Palace Theatre, donde hace más de quince años está en escena *Los miserables*. Unos metros más abajo del cartel hay una puerta, y sobre la puerta otro cartel más señorial que el primero reza en letras de mármol «Palace Theatre - Stage Entrance. The world's greatest artists have passed and will pass through these doors». Y de pronto siento que todo alrededor me está hablando del tiempo. Del tiempo que pasa y también del otro, el que se queda detenido, como si en esa memoriosa ciudad el pasado, en vez de irse, hubiera quedado escondido aquí y allá, y siguiera asomándose desde los más diversos rincones. Con el sigilo de quien se escabulle en un sitio en el que nada debe ser tocado, comienzo a adentrarme en la calle Greek, y comienzo a buscar el famoso restaurante en cada una de sus puertas. Restaurant du Vingtième Siècle, se llama, y trato de averiguar si aún existe o si alguna vez existió. Pregunto en un par de sitios, pero nadie parece haber oído el nombre. Entro en un bar y, mientras tomo una cerveza, le explico la situación al cantinero. Me

mira con cierta desconfianza al principio, y luego de pensar un momento me envía a hablar con el dueño de una licorería que, cree, lleva muchos años en el barrio. El licorero tampoco sabe darme ninguna información acerca del restaurante y, avanzando calle adentro, me encuentro finalmente en Soho Square. Tal vez nunca haya existido o tal vez fue demasiado insignificante, pienso, y en uno de los bancos me siento y retomo la lectura.

Faltando diez minutos para las siete, Beerbohm regresa al restaurante, y a las siete Soames llega también, venido desde el futuro. En su expresión puede leerse el más profundo desconsuelo. Beerbohm, comprendiendo lo que ha ocurrido, argumenta que tal vez haya que esperar un poco más, que quizá un siglo no haya sido suficiente, pero no recibe respuesta. En un intento de distraerlo, le pregunta a Soames cómo era aquello, y Soames le cuenta acerca del sitio que acaba de visitar, el cual, previsiblemente, se mantenía inalterable. Le cuenta también de la gente, de la manera extraña en que vestían y de la forma en que lo siguieron y lo observaron como a un fenómeno durante todo el tiempo que estuvo ahí. Luego le cuenta que revisó el catálogo de autores y que no se encontró, pero que más tarde, mirando en otros libros, halló uno muy completo acerca de la literatura de fines del XIX, y que en ése sí que había dado con su nombre. Beerbohm celebra la noticia con entusiasmo, pero Soames se apura a aclararle que su nombre aparecía junto al suyo, el de Max Beerbohm. Beerbohm no comprende y Soames, con amargo resentimiento, le explica que el único sitio en el que encontró su nombre fue en el título de un cuento fantástico escrito por un tal Max Beerbohm, en el que se relataba la historia de un escritor menor de fines del XIX que, ansioso por averiguar si el tiempo le otorgaría el reconocimiento que en vida le fue negado, pacta con el demonio para adelantarse un siglo a su época y comprobar así su posible inclusión en las páginas grandes de la historia de la literatura. Beerbohm, avergonzado, ensaya un par de explicaciones que intentan desmentir la posibilidad de que ello ocurra. Soames ya no hablará con él. Sólo le pedirá mientras el demonio se lo lleva —le suplicará más bien— que trate de que la gente sepa que existió.

Después sólo restan algunas reflexiones finales y el último paseo de Beerbohm por la plaza de Soho. Me tomo un minuto antes de seguir, una pausa que me permite admirar el giro magistral que la historia ha tomado. El cuento que tengo en mis manos está previsto en el mismo cuento. Soames supo antes de irse, con humillante certeza, que toda su tragedia pasaría a la posteridad como una ingeniosa ocurrencia del escritor Max Beerbohm, y la prueba de que así sería la tengo yo entre mis manos, escrita con la resignación de quien sabe que tarde o temprano tendrá que hacerlo porque ya le fue referido que finalmente lo haría. En el epílogo Beerbohm reflexiona acerca de que aquellos que lean ese informe —así lo llama él— y que se encuentren en Londres durante los primeros días de junio de 1997 seguramente asistirán a la sala de lectura del Museo Británico a comprobar la posible aparición de Soames, y que es muy probable entonces que quienes lo seguían en su deambular por entre los anaqueles de la sala lo hubieran hecho no por lo extraño de su vestimenta, sino porque se hallaban ya esperándolo. Cierro el libro y al levantar la vista me encuentro de nuevo con la calle Greek, y casi puedo ver a Soames y a Beerbohm caminando por allí, exactamente un siglo antes del momento en que el destino me colocó a mí en ese lugar. Apenas termino de pensar en ello la palabra «exactamente» se queda por unos instantes reverberando en mi cabeza. ¿Exactamente?, me pregunto de pronto, al tiempo que un golpe de frío se cuela en mi estómago. ¿Podía ser que fuera exactamente hacía un siglo? Los últimos días habían sido algo extraños y me encontraba un tanto desorientado respecto de la fecha en la que vivía. En ese momento un hombre con sombrero y bastón pasó justo por delante de mí. Disculpe, ¿qué día es hoy?, me apresuré a preguntarle. Tuesday, contestó. Y, sin que yo repreguntara, agregó con exagerada precisión: June the third, nineteen-ninety seven.[3] No sé si fue por el impacto de sus palabras, pero tuve la impresión de que se quedó ahí parado y mirándome durante demasiado tiempo. Una vez que se fue, y todavía conmocionado, giré lentamente la cabeza en busca de un reloj, y al encontrarlo sobre la torre de una iglesia supe que eran casi las doce del mediodía. Si la historia era cierta, en algo más de dos horas

Soames debía hacer su aparición en la sala de lectura del Museo Británico.

Era yo quien caminaba sin rumbo ahora, como Beerbohm un siglo antes mientras esperaba a que su amigo volviera de mis días. ¿Sería posible?, me preguntaba. Todo era posible, hacía mucho que lo sabía, pero esto en particular, llegar a Londres de esa manera absurda, encontrarme de pronto con ese libro, ir directamente a ese cuento y descubrir que todo el enigma que guardaba desde hacía más de cien años estaba a punto de ser develado a pocas calles de donde me hallaba… todo era tan inverosímil que el hecho de que Soames apareciera o no resultaba casi anecdótico. Bueno, en realidad no tanto. No era sólo el viaje en el tiempo, era el tema del demonio y de los tiempos paralelos. Si todo había ocurrido como en el relato de Beerbohm, en ese momento exacto pero con un siglo de diferencia, Soames estaría llegando al Vingtième Siècle, y al pensar en esa posibilidad una tormenta de interrogantes invadió mi cabeza. ¿Estaría ya definido lo que debía ocurrir? El pasado indudablemente es el pasado, pero ¿está el futuro en todos los casos determinado por él? De pronto recordé aquel problema metafísico que alguna vez escuché: si viajo al pasado y mato a mi padre cuando éste todavía es un niño, entonces yo no podré nacer, pero si no nací, ¿cómo puede ser que viaje en el tiempo y lo mate? Debía haber una conexión más compleja que la simple linealidad entre el pasado y el futuro. Entonces se me ocurrió pensar que tal vez el tiempo no existía. Que quizá todos los momentos ocurrían en un mismo y único instante, y estaban todos ahí desplegados y detenidos, esperando a que nosotros los recorriéramos de alguna forma. Tal vez fueran sólo las limitaciones de nuestro cerebro las que obligaban a los sucesos a ser justamente eso, fenómenos sucesivos que se iban amontonando unos detrás de los otros, inaugurado así la concepción del pasado y del futuro. Tal vez la aparición de un fantasma no fuera más que una disfunción en ese ordenamiento ficticio que posibilitaba el encuentro, en un mismo espacio, de dos momentos que debían haber estado mejor delimitados.

Tal vez por una calle transitaban todo el tiempo todos los seres que por ahí hubieran transitado, sólo que, debido a la forma en que nuestro cerebro organizaba el entorno, el pasado y el futuro permanecían invisibles, opacados por las luces de un presente que lo oscurecía todo. Tal vez en ese mismo instante, sólo que en ese otro plano denominado «pasado», Soames estaría caminando los mismos pasos que yo. Todo eso, claro, suponiendo que el informe de Beerbohm fuera realmente un informe y no sólo una ocurrencia de su ingenio. A esa altura, de todos modos, ¿cuál podía ser la diferencia? En un par de horas, a lo sumo, tendría la respuesta.

Casi sin pensarlo me puse en camino de la calle Dyott, supuesta residencia de Enoch Soames. Tenía tiempo todavía, y supongo que lo hacía como una especie de homenaje. En el camino, sin embargo, me topé con una librería que anunciaba estar especializada en textos del siglo XIX y, sin mucha claridad respecto de lo que iba a buscar, entré. El sitio era hermoso y viejo, como se supone que una librería de ese tipo debe ser. Madera, libros y silencio, y una fina capa de polvo recubriéndolo todo. Una mujer que parecía contemporánea de los volúmenes que ofrecía se acercó y con una sonrisa me preguntó si podía ayudarme. Por responder algo le pregunté si tenía algo del escritor Max Beerbohm, y ella entrecerró los ojos como quien hace memoria, y me dijo que creía que sí. Se dio media vuelta y desapareció a través de una puerta que debía conducir hacia algún tipo de depósito. Me quedé solo entre todos esos libros escritos hacía más de un siglo y de nuevo la sensación del tiempo que pasa y no pasa se me hizo carne en las venas. Como para distraerme comencé a revisar los anaqueles, y entre los títulos escritos generalmente en letras doradas, hallé uno que ponía «*The British Museum Library*, by Gertrude Burford Rawlings». La mujer que me había atendido seguía demorándose, así que me senté a mirarlo. En él pude ver un grabado de lo que había sido la vieja sala de lectura, un salón perfectamente cuadrado y tapizado de libros desde el techo hasta el suelo. Unos cincuenta hombres elegantemente vestidos leían sobre sus atriles a lo largo de las ocho mesas dispuestas de manera simétrica. ¿Antigua sala?, pensé. ¿Sería posible que la de hoy no fuera la misma que la

que Soames frecuentaba? Seguí revisando las páginas, y para mi tranquilidad leí que la nueva se había levantado en 1857, con tiempo de sobra para que todo encajara. Ahora sólo restaba saber si esa de 1857 era la misma a la que asistiría alguien en nuestros días. En ese momento apareció la mujer con un papel en la mano. Se disculpó diciendo que lamentaba no tener ningún libro ahí pero que, si lo que me interesaba era saber acerca de Beerbohm, había un texto muy completo que seguramente podría consultar en la biblioteca, titulado *Max, a Biography*, de un tal Lord Edward Cecil, donde, además de las referencias a su vida y a su obra, encontraría dibujos, retratos y autorretratos del autor. Tomé el papel que me ofrecía, le di las gracias y ya casi me estaba despidiendo cuando se me ocurrió preguntarle si sabía si la actual sala de lectura del museo era la misma que se había construido en 1857. Sí, sí, me dijo. La única vez que cambió de lugar fue en ese año, cuando la vieja sala —la que había visto yo en el grabado— pasó a ser la sala de música.

No tuve tiempo en ese viaje de dar con el libro de Cecil, la biografía de Max Beerbohm. En ese momento, además, no parecía revestir más importancia que la de saciar mi imprecisa curiosidad. Hoy que lo tengo en mis manos, a más de cuatro años de aquel lejano junio, el pulso me tiembla al mirarlo y poder, por fin, cerrar el círculo. Pero volvamos a ese día, que es lo que en definitiva importa.

Salí de la librería y tomé por una pequeña calle de nombre Bainbridge Street, que se abre desde New Oxford hasta la calle Dyott. Al llegar, lo primero que pensé es que debió de haber sido muy distinta en las épocas en que Beerbohm la transitaba, porque me encontré con un edificio que, si bien no era nuevo, había sido ampliamente remodelado y poseía incluso marcos de aluminio en sus ventanas. Frente a éste había otro, ése sí bastante nuevo, y bastante feo, por cierto. No era fácil aquí dejar viajar la mente hacia el pasado, lo cual violentó un tanto mis expectativas. Eso hasta que descubrí que del otro lado de New Oxford había aún otras dos cuadras de Dyott Street, y al recorrerlas no me fue difícil imaginar que cualquiera de esas ventanas podría haber sido la residencia del pobre Soames. Me senté en el cordón de la vereda y seleccioné una al azar, y me la quedé

mirando un buen rato. No sé si estuvo así de claro en ese momento, pero hoy creo que lo que en realidad hacía era suplicarle a Soames que no faltara a la cita. Cuando consideré que ya era la hora, me levanté despacio, me despedí de la ventana vacía y me encaminé hacia el museo.

Este tramo de la historia está algo confuso en mi memoria, o tal vez sea más correcto decir que nunca llegué a registrarlo realmente, porque, por más que no estaba a más de cuatro calles del lugar, no recuerdo cuánto tardé en llegar ni por dónde fue que caminé. Sólo guardo la imagen difusa de un montón de personas reunidas en grupos en las escaleras de entrada del museo, y luego directamente la sala de lectura. Esta nueva versión, a diferencia de la otra, era completamente redonda; redonda e imponente. Los libros trepaban por las paredes cubriéndolas completamente, y a partir de un cierto punto nacía una suerte de cúpula que triplicaba en altura a las paredes y que estaba coronada por un enorme tragaluz de cristal. Las mesas estaban dispuestas como los pétalos de una flor en torno a dos círculos centrales de gruesas carpetas azules que han de haber sido los archivos. En la pared del fondo un enorme reloj dorado parecía querer recordar que fuera de ese salón, donde el tiempo parecía detenido, las horas seguían sucediéndose.

Entré con la emoción de quien va a reunirse con alguien a quien no ve desde hace mucho tiempo, pero apenas lo hice me encontré con un montón de caras extrañas que me miraban inquisidoras. Todas lo hacían, sin excepción, como si me hubieran estado esperando. Dentro del extraño grupo —porque era a todas luces extraño— llamaban la atención algunos ejemplares en particular. Había por ejemplo dos chicos que, por el corte de pelo, en un primer momento pensé que eran hare-krishnas, pero que luego, y a partir de un número que tenían en el pecho y en la espalda —y que hacía pensar en el traje de un preso— comprendí que estaban disfrazados. Sus cabezas rapadas y sus trajes de lana uniforme querían emular la apariencia futurista de los personajes descritos en el cuento de Beerbohm como los que Soames se había encontrado en 1997. Mi ocurrencia no había sido nada original. Muchos otros habían acudido ahí ese día para esperar la

profética aparición de Soames, y todos harían seguramente lo mismo. Se pasearían por los sectores correspondientes a la letra *ese*, consultarían enciclopedias y diccionarios biográficos, e intentarían dar con el ejemplar del libro de Nupton en el que supuestamente aparecía la reseña del cuento de Beerbohm. Pero de pronto supe que no lo encontrarían. Sería imposible que lo hicieran, al menos de la manera en que el cuento lo anticipaba. Según la descripción de Beerbohm, los textos de la época a la que Soames arribaba estaban redactados en una especie de escritura fonética, y era evidente que en nuestros días eso no ocurría. Tampoco se correspondía con lo que Soames había visto la forma en que la gente se vestía ni el corte de pelo que usaba y, mientras pensaba en todo esto y frente a los ojos de toda esa gente que me escudriñaba buscando alguna señal que les indicara que venía de otra época, me sentí tremenda y rotundamente imbécil. Y un imbécil, además, muy poco original. Aparte de los hare-krishnas, había un grupo de chicos vestidos de negro que, a juzgar por la inscripción que uno de ellos tenía en el cráneo —666—, debían de pertenecer a alguna especie de secta satánica. También había unos dos o tres Enoch Soames que habían cuidado de respetar al pie de la letra la descripción que del personaje había hecho Beerbohm. Estos últimos me miraron más de reojo porque, claro, la idea era más bien que yo los mirara a ellos. De todos modos, casi enseguida dejaron de hacerlo, ya que resultaba evidente que yo no había venido desde ningún lugar del siglo pasado. Estaba furioso. ¿Cómo podía haber caído en un lugar tan obvio? Al menos no me había disfrazado, pensaba. Esos pobres Enoch Soames eran mucho más patéticos. Resultaba admirable incluso que al haberse encontrado con los otros no hubieran corrido a esconderse de la vergüenza. Yo en mi favor podía alegar que las condiciones en que había dado con el cuento, y el momento —sobre todo el momento— en que lo había hecho justificaban en parte mi arrebato adolescente, pero esos pobres individuos que han de haber estado esperando que llegara el día como los fanáticos que acamparon en la puerta de los cines esperando el relanzamiento de *La guerra de las galaxias* me resultaban francamente deprimentes. Y ya estaba yéndome a buscar algún bar donde intoxicarme hasta que todo ese

estúpido día se borrara de mi cabeza cuando, al girar, lo vi parado junto a la puerta, a menos de un metro de mí. Vestía ropas de otra época, pero no parecía estar queriendo imitar a Soames —carecía por ejemplo de la capa impermeable, el rasgo que Beerbohm más resaltaba en la descripción de su personaje—. Se quedó ahí parado y mirándome con un par de ojos lánguidos y con una especie de sonrisa que me pareció tremendamente familiar, y entonces ocurrió lo que paso a relatar y que, por cuestiones similares a las que obligan al cerebro a ordenar los hechos en una sucesión cronológica, deberé desplegar en unas cuantas líneas sucesivas, cuando en realidad ocurrió todo en un mismo y único momento.

Así, parado frente a mí, y con esa inquietante expresión en el rostro, el hombre me miró y me dijo lentamente «Here I am», y sin ningún tipo de lógica pensé que había ocurrido lo impensable, y que quien tenía enfrente no era otro que Enoch Soames. Pero al mismo tiempo recordé dónde había visto esa sonrisa. Había sido en el tren que me llevaba a Budapest, en el momento más dramático de aquella noche terrible que pasé en vela esperando a que llegaran mis captores. Recordé con claridad el instante en que miré hacia el pasillo y me encontré con la misma maquiavélica sonrisa que ahora me observaba. Y entonces, como una ráfaga, pasaron por mi mente todos estos pensamientos. ¿Qué podía haber estado haciendo Soames en ese tren? Además las cosas no eran como él las había descrito a Beerbohm al regreso de su viaje. Y por último, si este tipo realmente fuera Soames, ¿no debería estar buscando su nombre en algún libro en lugar de quedarse ahí parado y mirándome? No, no podía ser Soames. Pero entonces ¿quién era? Sobre la última porción de aquel dilatado instante, la respuesta llegó a mi cabeza haciéndome helar la sangre. Era el demonio, Satanás, no podía tratarse de otro. Lo de Soames era una ficción, pero él, que como Dios todo lo sabe, bien debía saber que se trataba de una ficción que convocaría a un selecto grupo de almas deseosas de experiencias sobrenaturales, y que las tendría a todas ahí, al alcance de su mano y en inmejorable disposición para sentarse a negociar favores. Pero ¿por qué se estaba acercando tan deliberadamente a mí? Tal vez no había demasiada explicación para

eso. Por algún lado debía empezar, supongo, y a mí ya me conocía de aquella noche en el tren. En aquella oportunidad sí que había tenido un motivo. Sabiéndome desesperado, había decidido darse una vuelta, a ver si me decidía a solicitar su ayuda. Por supuesto que yo jamás lo hubiera hecho, y quizá fue porque al verme lo supo que no había avanzado más de lo que lo hizo. Ahora, sin embargo, y ya que el destino nos había vuelto a juntar, tal vez por puro divertimento volvía a coquetearme. Todo eso lo pensé, como dije, en un instante, luego del cual alguien dejó caer una carpeta que casi me paraliza el corazón y que me obligó a voltearme, y al girar de nuevo ya no había nadie.

Dejé el lugar en un profundo estado de conmoción, caminando más bien rápido y mirando para atrás cada dos o tres pasos. No sé por cuánto tiempo anduve, sólo recuerdo que en algún momento pensé que tal vez debí haber vuelto para advertirles a los otros de aquella inquietante presencia, pero me tranquilizó saber que, así como los vampiros no entran en una casa sin ser invitados, el demonio no se lleva a nadie sin su perfecto consentimiento. Al menos ésas son las cosas que uno ha escuchado y en ese momento preferí pensar que eran ciertas. Entonces decidí que lo mejor sería volver a casa de mi prima y, luego de averiguar dónde me hallaba, me puse en camino.

Durante el trayecto pude empezar a pensar con más calma en los detalles de mi escalofriante encuentro. Recuerdo que pensé que tal vez mi reacción había sido exagerada. El tipo después de todo no parecía tan vil como la imaginería cristiana lo había querido pintar. Me pareció que poseía incluso un cierto sentido del honor. Nunca decía una cosa por otra y no pretendía engañar a nadie. Simplemente proponía un negocio y la parte interesada era absolutamente libre de aceptar o no las condiciones. Él, por su parte, siempre cumplía con lo prometido y, como es lógico, exigía de los otros una conducta semejante. Era un hombre de negocios, sólo eso. Inquietante y desalmado, y dedicado tal vez al más ruin de los rubros, pero un negociante al fin, y mucho más honesto que la mayoría. Bastaba pensar en la discreta manera en que se me había acercado para ver que no se trataba de un mercenario dispuesto a embaucar a su cliente de la manera más cochina con tal de conseguir la venta, siendo que

seguramente poseía facultades de sobra para hacerlo. A cambio de eso escogía el camino de la propuesta franca y respetaba como un caballero la decisión de su cliente. No, señor, no me pareció tan despreciable como se decía. Seguramente lo que lo hacía tan temible eran las propias flaquezas de los hombres, que se sabían tan débiles como para ser capaces de ceder a la tentación. Y no sé si fue por eso que me aboqué a semejantes reflexiones, pero el hecho es que funcionaron de maravilla a modo de sedante, y para cuando llegué a casa de mi prima me encontraba admirablemente tranquilo. Eso sí, no me sentía con ánimos de compartir la mesa con nadie, así que, aduciendo un malestar estomacal, me fui directamente a mi habitación sin probar bocado.

Al día siguiente me levanté temprano y desayuné con mi prima antes de ir al aeropuerto. No comenté con ella los sucesos del día anterior. De hecho, nunca los comenté con nadie. Experiencias de ese tipo lo impregnan a uno de una cierta sabiduría, y no porque de pronto sepa algo más, sino más bien al contrario. La pura sospecha de que el mundo ha de estar lleno de fenómenos tan incomprensibles como ése lo coloca a uno en un sitio en el que las palabras comienzan a resultar inútiles, y si hoy lo estoy escribiendo es más por cumplir que por otra cosa. Es muy probable además que, de haberlo contado, nadie lo hubiera creído, y si lo hubieran hecho, por otra parte, no habría cambiado en mucho mi situación. Para qué intentarlo, entonces. Tal vez lo único relevante de aquella última mañana sea que al disculparme con mi prima por haber extraviado su libro, la *Antología de la literatura fantástica* —la noche anterior al llegar había descubierto que no lo tenía conmigo— ella, para mi sorpresa, y por más que se lo describí y le expliqué de qué trataba, insistió en estar segura de nunca haberlo oído nombrar.

Es extraña la manera en que ocurren las cosas. Tuvieron que pasar casi tres semanas desde mi llegada a Buenos Aires para que la frase que había escuchado de boca de aquel individuo cobrara un nuevo significado. Tal vez debí esperar a escucharla con el oído ya

desacostumbrado al inglés para que llamara mi atención de la manera en que lo hizo. Fue una tarde en La Recoleta. Había ido al Museo de Bellas Artes a buscar un libro de cierto pintor que un amigo me había encargado, y al salir me topé con un grupo de turistas estadounidenses que hacía fila frente a la boletería con sus anchas bermudas y sus sombreros de safari. Ocurrió que a un marido se le había perdido su esposa, y en determinado momento, justo cuando pasaba a mi lado, se dio vuelta y buscándola con la vista gritó «¿Linda?». Y de entre el grupo una mujer levantó la mano y respondió «Here I am». La frase me sobrecogió, y tardé un segundo en recordar dónde la había escuchado. Fueron las palabras exactas con las que el demonio se había presentado ante mí en la puerta de la sala de lectura, pero ahora, en un contexto hispanoparlante, cobraron de pronto un sentido nuevo. En aquella oportunidad nos encontrábamos en Londres, y me pareció natural que se dirigieran a mí en inglés, pero ahora que volvía a escuchar la frase el hecho me pareció sumamente extraño. Estaba claro que el tipo se había referido a mí, de hecho no había nadie más cerca de nosotros, y el demonio, es de suponer, ha de manejar a la perfección todos los idiomas. ¿Por qué entonces, sabiendo como lo sabía que yo venía de la Argentina y que allá hablamos español, se dirigió a mí en inglés? ¿Porque estábamos en Londres? No lo creo. Como tampoco creo que un detalle así se le hubiera pasado a alguien tan meticuloso. Tenía que haber otra explicación y, por más que la busqué, la única que terminó pareciéndome satisfactoria fue que quien se me había aparecido en aquella forma tan extraña no había sido el demonio, como creí comprender ese día. Y de nuevo la inevitable pregunta: si no era el demonio, ¿quién era?

De pronto lo supe. De pronto todo estuvo claro en mi cabeza con una nitidez implacable. Quien me había abordado aquel día en el museo no había sido otro que el autor del cuento «Enoch Soames», el señor Max Beerbohm.

Más de cuatro años tuve que esperar para dar con la confirmación definitiva que hoy tengo entre mis manos, en este libro de Lord Cecil

acerca de Beerbohm, el mismo que aquella mujer me apuntara en un pequeño papel en mi visita a la librería de textos del siglo XIX en junio del año noventa y siete. Si bien aquel día en La Recoleta, apenas escuché la frase de boca de aquel turista, no tuve dudas de que se trataba de Beerbohm, no había tenido hasta hoy ninguna prueba tangible. Creo que en aquel momento pensé ya en intentar hallar algún retrato suyo, y creo incluso que llegué a encargar este mismo libro a un librero de la calle Sarmiento, pero nunca volví a buscarlo. Con el tiempo la necesidad de confirmación se fue haciendo cada vez menor. Como dije, en mi fuero interno yo no necesitaba confirmación alguna. Y es que la verdad es como el amor, uno puede pensar que la ha hallado sin poseerla, pero cuando realmente se la alcanza no existe la menor duda de que así ha sido.

Hoy, sin embargo, que el destino ha querido traerme nuevamente hasta estas tierras —por motivos mucho más felices esta vez, la llegada de Sebastián, el nuevo integrante de la familia— salgo a caminar por las calles de Londres y la nostalgia me obliga a venir hasta la nueva biblioteca en busca del libro. Y digo nueva porque, unos días después de aquel 3 de junio de 1997, la antigua sala de lectura fue clausurada como tal, y reabierta sólo algunos años después con fines puramente turísticos. Así es que acá estoy, en una de las mesas de la sala que Beerbohm no llegó a conocer y con su retrato enfrente de mí. Y ya no quedan dudas. Los mismos ojos lánguidos que hace cuatro años y de manera tan inquietante se me aparecieron en la vieja sala me miran ahora impasibles desde las páginas de este libro. Y siento que quieren decirme algo, que quieren volver a burlar la muerte para salir y hablarme. Pero no es necesario, mi amigo, porque todo lo que pudiera decir está escrito hoy en sus ojos. En esa inconfundible y tibia gratitud con que me miran, pues saben que luego de haberle visto esta tarde sólo me quedará escribir; escribir la historia entera para que el mundo vuelva a recibirle y el círculo quede finalmente cerrado. ¿Qué importa si lo piensan como una ficción o como un invento? Volverá a estar aquí, y yo podré dormir con la tranquilidad de haber cumplido con lo mío.

Dejo el libro sobre la mesa y salgo de nuevo a la calle con su rostro

en mis pupilas, y ya no miro la ciudad sino que la imagino. La imagino como la debe de haber imaginado usted cuando, a sus ochenta y dos años, la BBC montó una representación de su relato y viajó por primera vez en el tiempo hacia su Londres de fin de siglo, aquel del Yellow Book y del Café Royal, donde todo había comenzado. Y comprendo perfectamente por qué tuvo que volver. Por qué pactó con el demonio para terminar cumpliendo usted con el destino de su personaje. Lo que escribimos es siempre premonición de nuestro destino, y los personajes que inventamos no son más que lo que somos; lo que somos o seremos, o podríamos haber sido. Por eso tenía usted que estar ahí esa tarde comprobando si la gente se había acordado de su historia, porque es usted Enoch Soames, y él no se hubiera permitido estar ausente de una fiesta tan suya.

Y comprendo también que aquella noche de mi desgracia en el tren a Budapest le haya pedido al demonio que lo dejara asomarse para ver cómo iba todo, si estaba yo donde debía estar para llegar a donde llegaría, a encontrarme con el libro y con usted, y con su historia. Porque me necesitaba ahí. No sólo quería estar, quería también que alguien lo viera y testimoniara su presencia. Y había en Londres cientos de personas que lo habrían hecho mejor que yo, pero usted sabía que los hechos que había que enfrentar requerían una predisposición muy particular a aceptar ciertas cosas que la gente normalmente descartaría por inverosímiles. ¿Y quién mejor predispuesto para ello que alguien que se ve de pronto en una ciudad que no tenía la menor intención de visitar y a la que ha llegado de la manera más absurda, para encontrarse ahí con un viejo relato cuyo enigma de más de cien años está a punto de ser develado a escasas calles de donde se halla? Su plan fue admirable. Acaso haya sido menos suyo que del otro, pero eso qué puede importar. Aquí me encuentro en estas calles que transitó usted tantas veces y con toda la historia en mi cabeza. Eso es lo único importante.

Atravieso ahora Great Russell Street y vuelvo a pasar por el sitio donde aquel día de junio lo vi aparecer triunfante. Y recuerdo de pronto la última frase de Soames cuando el demonio se lo llevaba: «Trate de que no se olviden de mí», le dijo. Cuán parecida a la frase

que usted profirió al verme. Cuán parecida y cuán distante, porque hay triunfo en la suya. A pesar de que se encontraba a un paso de seguir el destino de su amigo, la pronunció orgulloso: «Here I am», me dijo. En el día que más le honraba y desafiando a la muerte y al tiempo, había dicho presente. Poco podían importar después de eso los fuegos eternos. Había vencido.

Sin darme cuenta llego a Soho Square y la encuentro vacía. Y comienzo a recorrerla y de manera inevitable vienen a mi cabeza aquellas líneas que adjudicó usted a Soames y que probablemente hayan sido versos suyos de otra época.

> *Round and round the shutter'd Square*
> *I stroll'd with the Devil's arm in mine.*
> *No sound but the scrape of his hoof was there*
> *And the ring of his laughter and mine.*[4]

Y la historia vuelve a repetirse, circular, como las historias. Como usted recordando a Soames, como yo recordándole a usted y preguntándome quién me recordará el día en que el diablo me lleve. Y me quedo ahí en silencio, buscándole entre las sombras, sabiendo que desde algún rincón usted también me mira.

Abandono la plaza, y al cruzar la calle me encuentro con la puerta de la iglesia de Saint Patrick, y decido entrar con el único propósito de permitir que su silencio se encuentre con el mío, con mis pasos lentos y con mis ojos lentos que no miran realmente a nada, sino que sólo buscan sitios donde posarse a descansar mientras me despido de usted. Y sobre una pared de piedra se detienen en una placa cuyas letras de bronce rezan: «On your charity, pray for the repose of the soul of rev. Thomas Berge». No conocí al hombre, y como además no sé rezar, tomo una vela de las que se ofrecen junto al primer altar y la enciendo en su nombre. Pero mientras lo estoy haciendo me doy cuenta de que en realidad lo hago en nombre suyo, mi estimado Beerbohm. En el suyo y en el de su alma, que, esté donde esté, espero que hoy logre por fin descansar en paz.

QUANTUM BEIJING

Ella era siempre la misma. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Sólo que de vez en cuando mudaba el rostro y los ojos para ayudarme a recordarlo.

Lo comprendí en Pekín. Había llegado hasta ahí para dar una conferencia en el Instituto Cervantes de esa ciudad. El tema era los grandes relatos que conforman el imaginario de Occidente. Una contraparte local de la Universidad de Jiaotong haría lo propio con los relatos de Oriente. Llegué a la estación sobre la una de la tarde. Advertido acerca de lo difícil que sería tomar un taxi en la calle, pedí a la gente de la oficina de informaciones que me consiguiera uno. Antes de Pekín había estado en Shangái, donde me había tocado presentar un libro acerca del modo en que las historias que nos contamos conforman la realidad. Aconsejado por una persona de la editorial de Shangái, había rechazado el hotel que me ofrecía el Instituto Cervantes y había reservado un Airbnb en un barrio de clase media de la capital china. Según me había dicho la mujer de la editorial, sería una buena forma de entrar en contacto con la realidad cotidiana de la gente de la ciudad.

El taxista resultó ser un tipo bastante malhumorado que al verme entrar en el coche me preguntó de malas maneras adónde quería ir. Tardé un momento en comprender que era eso lo que quería saber porque, por un lado, no entendía una palabra de chino y, por el otro, se suponía que parte de la ventaja de haber solicitado el taxi en la oficina de informaciones era que serían ellos los encargados de informar al chofer mi dirección de destino. El traductor de Google, que tanto me había ayudado en los pocos diálogos callejeros que tuve que sostener en Shangái, se mostró de lo más ineficiente frente a la mala voluntad de aquel hombre. No había sido nada sencillo conseguir un chip local para mi teléfono con el que poder acceder a mi

Whatsapp, a Google Maps y a todas aquellas aplicaciones que tenían vedada la entrada en la República Popular China. Sólo los extranjeros podíamos acceder a ello enseñando nuestro pasaporte y a través de un funcionario del gobierno que se desplazaba hasta donde uno estaba y al que no se le podía hacer demasiadas preguntas. Las funciones de traducción de mi teléfono, como digo, no me fueron demasiado útiles con el taxista, pero al menos pude poner la dirección a la que iba en Google Maps para enseñársela y de paso cerciorarme de que siguiéramos la ruta correcta.

Avanzamos por una enorme avenida de seis carriles repleta de coches en lo que parecía ser la dirección adecuada. Cuando nos acercábamos a la zona en la que debía dejarme, el chofer siguió de largo. Intenté advertírselo mostrándole el mapa e indicando insistentemente por la ventanilla, pero él gesticuló dando a entender que sabía exactamente lo que hacía. Al cabo de unos minutos dejó la pista por la que avanzábamos y, luego de recorrer unos doscientos metros, me informó de que habíamos llegado. Le dije que ése no era el sitio que indicaba el mapa y él me dijo que era la dirección que le había dado. Insistí en que estábamos lejos de donde iba y, con la ayuda del traductor de Google, intenté explicarle que tenía una maleta muy pesada y que no pensaba caminar la distancia que me separaba de mi destino, pero él insistía en que debía darle los ciento catorce yuanes que le debía y bajarme del coche. La discusión empezó a subir de tono hasta que, dejando de lado el traductor de Google, empezamos a gritarnos cada uno en su idioma y a mentar a nuestras respectivas madres —yo al menos lo hacía—, hasta que, indignado, decidí bajar del coche, abrir el baúl y sacar mi maleta con la intensión de largarme de ahí. El hombre hizo lo propio —sólo entonces advertí su gruesa envergadura— y, poniendo su enorme manaza sobre mi equipaje, continuó exigiéndome que le diera lo que le debía. Saqué un billete de cien yuanes y lo arrojé en el interior del baúl. Él lo tomó y me indicó que faltaba una parte. Yo no tenía ningún billete más pequeño y la temperatura de nuestro intercambio me hizo pensar que era bastante improbable que el hombre se tomara la molestia de ir a buscar el cambio. Un poco por eso y otro poco por sentir que lavaba

en parte el atropello del que estaba siendo objeto, le grité abriendo bien los ojos que no pensaba darle un centavo más. La cara de loco que se me debe de haber puesto ha de haber resultado intimidante, porque el hombre se quedó en silencio durante un instante, mirándome con odio pero también con cierto recelo, lo cual me brindó la ocasión de hacerme con mi maleta, dar media vuelta y alejarme de allí. Al cabo de un momento escuché que el hombre volvía a vociferar, y sin dudarlo un minuto me puse a gritar también sin ni siquiera intentar articular alguna palabra, al tiempo que continuaba mi camino sin mirar para atrás. Esperaba que en cualquier momento la manaza del taxista me tomara por el hombro y la verdad es que no tenía ni idea de lo que habría hecho si eso ocurría, pero afortunadamente no pasó nada y a medida que me alejaba el volumen descendente de los gritos me indicó que el hombre permanecía en su sitio. Con el corazón acelerado, poco a poco fui dejando de oírlo mientras avanzaba por una calle estrecha de lo que parecía ser un barrio comercial de Pekín. Sólo entonces caí en la cuenta de que varios transeúntes se habían detenido a presenciar el espectáculo que habíamos ofrecido.

Me paré en una esquina para intentar orientarme con el teléfono. La ubicación que el dispositivo me ofrecía era más imprecisa de lo esperado, con lo que no resultaba nada fácil descifrar en qué calle me encontraba. Pensé si no sería una estrategia del gobierno chino, que autorizaba la geolocalización a los extranjeros pero sin demasiada exactitud, de modo que nadie pudiera mapear fielmente el territorio. No tenía la menor esperanza de poder reconocer los nombres de las calles ni en el teléfono ni en los carteles que los anunciaban, y en eso estaba, intentando imaginar cómo haría para dar con la dirección que buscaba, cuando oí la voz de una joven que, muy amablemente y en inglés, me preguntó si necesitaba ayuda. Gracias a Dios que hablas inglés, le dije, y ella sonrió. Iba vestida con una camisa de seda negra y un pantalón también negro que le daban el aspecto de una moderna ejecutiva de alguna poderosa corporación, lo cual me extrañó porque era domingo y no esperaba encontrarme a nadie en actitud laboral. Llevaba los labios pintados de rojo y tomaba alguna clase de refresco en un vaso de cartón con una pajita del mismo material. Su manera de

sonreír consiguió abrir una pequeña grieta en mi estómago.

Le pregunté si vivía por el barrio y me dijo que no, que estaba trabajando. Al parecer era dependienta en una exclusiva tienda de perfumes ubicada a unas pocas calles de allí y que abría todos los días, incluidos los domingos, y cuando nos encontramos venía de almorzar. Le enseñé la dirección que me habían dado y, luego de buscar en su propio teléfono, me indicó la calle por la que debíamos caminar.

Me preguntó qué estaba haciendo en China y le comenté de la conferencia que había venido a dar, lo cual le resultó de lo más interesante. Pensé que debía invitarla a que viniera pero no lo hice. Dejando atrás la calle comercial en la que nos habíamos encontrado, nos adentramos en un barrio que parecía transportarnos a un sitio completamente distinto, como si al avanzar cien metros hubiéramos retrocedido cuarenta años en el tiempo. La chica me explicó que la zona en la que estaba la tienda en la que trabajaba formaba parte de un distrito comercial establecido hacía pocos años de cara al incipiente turismo extranjero que empezaba a visitar la ciudad. De ahí el contraste con las calles que recorríamos, las cuales se correspondían con un típico barrio de clase media pequinés que combinaba edificios racionalistas de hacía cincuenta o sesenta años con algún que otro callejón más tradicional. Dimos varias vueltas en las que Lin —así se llamaba la chica— iba comprobando el recorrido en su teléfono, y cuantos más giros dábamos más consciente me volvía de lo imposible que me hubiera sido dar con mi alojamiento sin su ayuda. Pasamos por un pequeño supermercado que ofrecía verduras en cajas de madera y por un taller de bicicletas cuyo dependiente nos estudió sin simpatía ni disimulo. Yo repartía la vista entre los edificios que nos rodeaban y la gracia con la que se movía mi improvisada guía.

Es aquí, me dijo de pronto, deteniéndose frente a una reja que daba paso a un patio-estacionamiento bastante feo que se abría en el interior de una manzana. Una pequeña puerta también de reja servía de acceso a los peatones. Un grupo de chicos en chándal charlaba apoyado contra uno de los coches y ninguno pareció reparar en nuestra presencia. Te agradezco mucho tu ayuda, dije sin saber cómo debía despedirme. Te acompaño, dijo ella, si no, no sabrás de qué

torre se trata. Efectivamente, había cuatro o cinco torres que daban al patio en el que nos encontrábamos y no estaba nada claro cuál era la entrada de la mía. Concluimos que se trataba de una vieja puerta de hierro que parecía la entrada de servicio de una fábrica y que comunicaba con una escalera mal iluminada por la que se subía hasta el departamento. Lin insistió en ayudarme con mi mochila mientras yo cargaba con la maleta. La verdad es que casi me desfondo subiendo los cuatro pisos que nos separaban de la que sería mi casa y, por más que intentaba disimular el esfuerzo, Lin no podía esconder la gracia que mi fatiga le causaba. La puerta del departamento contaba con una cerradura de código que, una vez introducido, se abría sola. Cuando superamos el umbral, y para mi sorpresa, Lin se adentró en el piso y se puso a recorrerlo y a estudiarlo con la misma curiosidad que si fuera a ser ella la que se quedaría allí. La primera impresión fue bastante desalentadora. Se trataba de una sala estrecha en la que, además de una pequeña ventana, había una mesa, tres sillas, una nevera y una lavadora. Del techo colgaba una lámpara de plástico rojo puesta sin ningún cariño. Lin observaba todo con cara de desaprobación pero a la vez divertida, y me lanzaba miradas cómplices y llenas de familiaridad. Dejando atrás un pequeño lavabo nos encontramos con la puerta de mi habitación. Otra cerradura de código, cuya clave también me había pasado mi anfitriona en uno de los mensajes que habíamos intercambiado, nos permitió acceder a ella. El contraste fue evidente. La habitación estaba en la esquina del edificio y tenía amplias ventanas que ofrecían una generosa vista del paisaje urbano. Poseía una cama doble que daba la apariencia de ser muy cómoda, un escritorio con una silla y un generoso armario para guardar la ropa. En las paredes azuladas, decoradas con pájaros y con peces, se extendía una especie de red de pesca llena de pequeñas lucecitas que daban al ambiente un aire de decorado teatral que resultaba algo excesivo pero agradable a la vista, como si fuera el escaparate de una elegante tienda de artículos para regalo. Se trataba de un departamento que la propietaria había acondicionado para recibir viajeros y que compartiría con dos estudiantes chinos de provincias que apenas vi durante mi estadía. Lin dejó mi mochila en la cama y

me dijo que esto ya era otra cosa y que seguramente estaría muy cómodo allí. Nos quedamos mirándonos durante un segundo, luego de lo cual, y a falta de algo mejor que agregar, volví a agradecerle su ayuda. Ella volvió a sonreír y me dijo que no era nada, que le gustaba hablar con extranjeros de algo que no fuera el precio de un perfume y que así tenía ocasión de practicar su inglés. ¿Te puedo ofrecer algo, le dije, un vaso de agua? Me dijo que no me preocupara, que tenía que volver a trabajar. Entonces, y haciendo gala de una soltura desconocida en mí, le pregunté si le gustaría que la invitara a tomar algo cuando saliera del trabajo. Me resultó de lo más natural, casi como si fuera lo que correspondía al momento, y con la misma naturalidad ella me dijo que le encantaría. Más tarde me confesaría que al salir del edificio se recriminó el hecho de haber accedido tan rápido, pero en ese momento a los dos nos pareció que era lo que tenía que pasar. Intercambiamos nuestros correos electrónicos —nos pareció el modo más práctico de ponernos en contacto— y quedamos en que la recogería a las ocho, cuando cerraba la tienda en la que trabajaba. Mi conferencia no tendría lugar sino hasta el día siguiente, lo cual me permitía disponer de todo el resto de la jornada.

Luego de acomodar mis cosas salí a buscar algo que comer. Eran casi las cinco de la tarde y aún no había ingerido nada más que un bizcocho que había comprado en la cafetería del tren. A escasas dos manzanas de mi alojamiento encontré un café de aspecto occidental atendido por una chica rubia. Era la primera persona no oriental que veía desde mi llegada. Con el correr de los días comprobaría que hasta en los sitios más turísticos resultaba difícil encontrar a algún extranjero, ya que incluso los turistas solían venir de otras zonas del país. Pedí café, huevos y tostadas con mantequilla. Le pregunté a la chica por un supermercado en el que pudiera comprar algunas cosas para el desayuno y me indicó que tendría que caminar unos quince minutos en dirección a la zona comercial.

Salí a una ancha avenida por la que creía haber pasado esa mañana con el taxi. En los bajos de un edificio vi un comercio que al principio

pensé que era un supermercado pero que resultó ser un bar. Bajé las escaleras que conducían hasta allí con la intención de comprar una botella de agua, y antes de entrar, en la puerta, me encontré con un grupo de parroquianos vestidos de discoteca y visiblemente borrachos que intentaron hablarme en un inglés inventado. La estampa no se correspondía con la de un domingo por la tarde y me resultó un tanto inquietante. Pasé sin hacerles caso y una vez dentro me encontré con que no había nadie atendiendo el local. Sin esperar a que apareciera el dependiente, di media vuelta y me fui. Al salir volví a ser abordado por uno de los integrantes del grupo. En esta ocasión se trató de una mujer con gafas de sol estilo John Lennon y una camisa estampada con motivos florales de colores estridentes. Intentó cogerme del brazo, pero conseguí esquivarla y seguir mi camino. Uno de sus compañeros me dijo algo en un tono poco amigable mientras subía las escaleras y me alejaba de allí.

El supermercado estaba donde la chica me había indicado, en la intersección de aquella gran avenida con otra aún mayor. Para cruzar esta última había unos puentes peatonales que comunicaban con la otra orilla. Atravesé uno muy concurrido que me dejó en la puerta del comercio al que me dirigía. Una vez dentro comprobé que no sería nada sencillo dar con lo que buscaba: un desodorante, una botella de agua, unos cereales y alguna clase de yogur con el que mezclarlos. Volví a recurrir al traductor de Google y a la buena voluntad de un hombre de mediana edad que paseaba con su carrito y al que mi desconcierto le pareció de lo más divertido. Con su ayuda conseguí dar con todo lo que necesitaba. Junto a la caja, mientras esperaba para pagar, cogí también dos manzanas y dos bananas. Al volver a cruzar el puente en la dirección contraria me encontré en la mitad con un hombre que tocaba una especie de violín de una sola cuerda. Vestía harapos y parecía ciego, y por alguna razón el dramatismo de su música logró conmoverme. Dejé las bolsas en el suelo y me quedé un momento escuchándolo. Miré los coches que pasaban y pensé que probablemente sus ocupantes estuvieran volviendo a sus casas luego de haber visitado a algún familiar, lo cual en algún punto me recordó lo lejos que estaba yo de mi casa. Era domingo y al final de la avenida

atestada de vehículos el sol caía sobre la ciudad.

Busqué a Lin sobre las ocho. Apenas me dio tiempo a pegarme una ducha y guardar las compras en la nevera antes de volver a salir. La tienda en la que trabajaba resultó estar en una especie de centro comercial al aire libre ubicado a escasas tres manzanas de mi hospedaje. Como para que me orientara, me envió por correo una foto de la puerta en la que debía esperarla. Llegué cinco minutos antes y me senté en el borde de un cantero con plantas de diferentes colores. Enfrente había una tienda de telefonía y más allá unos juegos infantiles muy modernos en los que una chica jugaba con dos niños que no parecían sus hijos. A juzgar por la elegancia de los transeúntes, probablemente se tratara de una niñera cuya empleadora estaría comprando joyas y vestidos junto a sus amigas ricas. En eso estaba pensando cuando vi aparecer a Lin. Me sonrió a la distancia con expresión de triunfo por haber acabado la jornada. La escena me resultó tan familiar que por un momento sentí que no era la primera vez que ocurría. El cantero, la tienda de teléfonos y los juegos infantiles se me antojaron parte del decorado de una escena repetida: el sitio donde solía esperar a Lin cuando ella salía de trabajar.

Tengo hambre, me dijo. ¿Tienes hambre? ¿Quieres probar la comida china? Le confesé que en mi casa y en mi ciudad muchas veces pedía comida china, pero que seguramente no se correspondía con la que ella tenía en mente. ¿En Francia comen *french fries*?, me dijo, y los dos nos reímos. Por alguna razón tuve la sensación de que ella también actuaba como si ya me conociera.

Nos sentamos en una terraza, ella cogió el menú y me fue explicando lo que era cada cosa. Le dije que pidiera lo que quisiera, que todo me iba a gustar. No era que no me interesaran sus explicaciones, sino que de verdad sentía que todo me iba a gustar. El camarero trajo al menos diez platos, entre cazuelas, rebozados y algunas verduras hervidas que jamás había visto. Lin me preguntó si quería tenedor y le dije que con los palillos estaba bien. ¿Por qué has venido a Pekín?, me dijo. Le repetí que al otro día tenía que dar una conferencia y ella me preguntó que por qué daba conferencias. Soy escritor, le dije. ¿Y por qué escribes? Si no lo hiciera mi vida sería

peor, respondí. Ella sonrió con cierta melancolía y me dijo que no le gustaba su trabajo, que lo había aceptado porque uno de los requisitos era hablar inglés y ella lo hablaba correctamente y porque además pagaban bien, pero que lo que quería era juntar dinero para viajar. ¿Adónde?, quise saber. A Londres, mi lugar favorito en el mundo. En algún momento voy a vivir en Londres y voy a ser actriz, me dijo. ¿Y tú qué escribes?, quiso saber ella. Cuentos, novelas, a veces algún ensayo. ¿Qué es un ensayo? Un libro que no cuenta historias, sino ideas sobre el mundo y sobre las cosas. Qué aburrido, dijo ella. ¿Para qué vas a escribir un libro si no es para contar historias? La miré durante un instante y pensé que tenía razón. Y también pensé que en sus ojos había una luminosidad que nunca antes había visto y que al mismo tiempo me resultaba tremendamente familiar. En Shangái presenté un ensayo que habla acerca de cómo las historias que nos contamos construyen la realidad, expliqué. Lin al principio no me entendió. Más tarde comprendería que no lo entendió porque para ella la realidad y las historias eran la misma cosa. ¿Y qué historia nos estamos contando ahora?, preguntó. Una en la que yo soy un escritor que vino a Pekín a dar una conferencia y que cuando estaba perdido en la calle apareció una chica pequinesa vestida de seda negra para invitarle a cenar. Eres tú quien me invitó. Yo te invité a tomar algo, lo de la cena fue idea tuya. Lin sonrió como quién disfruta del juego al que ha sido invitada. ¿Y cómo termina esta historia?, arriesgó. Aún es pronto para saberlo, le dije, debes tener paciencia y leer hasta el final.

Caminamos por una calle llena de bares sin mucha clientela. Lin me explicó que era una zona turística y que los sábados solía estar llena de gente que se emborrachaba y armaba jaleo. Son muy poco respetuosos, me dijo, dejando intuir que se trataba de costumbres ajenas al lugar. Me preguntó si creía en Dios. Quise saber a qué venía eso y me dijo que le había hecho gracia que cuando nos encontramos le hubiera dicho «Gracias a Dios que hablas inglés». Le expliqué que era una frase hecha, que no significaba que realmente creyera en Dios. ¿Y tú?, le dije. No lo sé. Se supone que no. Mi abuela era budista, pero mis padres fueron educados en el ateísmo. Desde la revolución cultural la religión era un tema prohibido en China. Sólo en el interior

de las casas a veces se mencionaba y a Lin le causaba curiosidad que hubiera sitios en los que había frases hechas que hablaban de Dios. Le expliqué que en el lugar del que yo venía la religión era algo más bien nominal, que no estaba realmente impregnada en la vida de las personas. ¿Allí también la prohibieron? Es más complicado, le dije, allí simplemente dejamos de creer. Seguimos yendo a los templos y hablando de ello pero en realidad ya no creemos. ¿Y en qué creen?, me dijo. La verdad es que no creemos en nada. Ése es parte del problema. ¿De eso vas a hablar en tu conferencia? En parte sí. ¿Quieres venir? Me encantaría, pero voy a estar trabajando. Quizá podemos vernos después, me dijo. Yo la miré durante un instante pero no respondí. Es un milagro que hayas estado en esa esquina esta tarde, le dije, de otro modo no sé cómo habría hecho para encontrar la dirección que buscaba. ¿Crees en los milagros?, me dijo Lin. Un poco, respondí. Ella sonrió y me dijo que debíamos probar un helado de una heladería que conocía y que estaba muy cerca de allí.

El helado era de un sabor que Lin no supo cómo traducir pero que se parecía un poco al del té verde. Le pidió una servilleta de papel al dependiente y, sacando un bolígrafo de su bolso, me anotó el nombre en una hermosa letra verde que parecía la de una niña que estuviera aprendiendo a escribir. Luego comprendí que la inseguridad de su trazo se correspondía con la de quien no está acostumbrado a escribir en caracteres occidentales. Más que escribir, dibujó cada letra con un esmero que me hizo sentir una profunda ternura. Una vez que terminamos nuestro helado le pregunté si quería tomar algo más y me dijo que me llevaría a un sitio que estaba muy bien. Se trataba de un bar decorado con enormes cañas de bambú cuya estructura imitaba la de las edificaciones de las zonas tropicales. Yo pedí cerveza y ella un cóctel con sombrilla cuyo nombre no llegué a registrar. Le pregunté cómo era que hablaba tan bien el inglés y me dijo que desde que había acabado la escuela tenía claro que quería irse de allí. Mi familia es muy tradicional y me ahoga un poco, me dijo. No sé si quiero a mis padres. Son muy exigentes conmigo y nunca me dejan hacer lo que tengo ganas. Al oír esas palabras caí en la cuenta de que estaba frente a una chica muy joven. Le pregunté su edad y me dijo que tenía

veinticuatro años. Prácticamente la mitad que yo. Le pregunté si sus padres sabían dónde estaba y me dijo que sí. ¿Qué les dijiste? Que había quedado con un extranjero que no conocía la ciudad. ¿Y qué te dijeron? Mi padre no dijo nada. Mi madre me dijo que estaba muy bien ayudar a alguien que estaba lejos de su casa. Parece una buena mujer, comenté. La verdad es que no lo sé, hace todo lo que dice mi padre, ambos son muy tradicionales. Creo que no les importa que yo sea feliz, quieren que haga lo que hay que hacer sin que les importe si eso me hace feliz o no. Seguramente hacen lo que creen que es mejor para ti, le dije. Ella tomó otro trago de su cóctel y puso cara de fastidio, como si de verdad le entristeciera hablar de esos temas. Me dio la impresión de que no estaba acostumbrada a beber y que el cóctel se le estaba subiendo a la cabeza. Hubo una época en la que no estuve bien, me dijo. Siempre supe que era un poco distinta y en mi país no está bien ser distinto. A la gente le gustan las personas que son como hay que ser y a mis padres también. Llegaron a enviarme al médico para ver si tenía algún problema. Yo siempre quise viajar y ver el mundo y eso ellos no lo entienden, ellos nunca tuvieron el impulso de querer viajar ni de ver cosas distintas. Sólo pensaron en casarse, en tener un trabajo y en criarme a mí. ¿Y tus amigos?, le dije. No tengo muchos. A la gente aquí le incomodan las personas que no son como los demás. Por eso no quieren que sepamos cómo se vive en otras partes. Tengo una amiga que para aprender inglés consiguió que le trajeran de Estados Unidos la serie *Friends*. La veía en inglés con subtítulos en inglés como una manera de practicar el idioma. Pero al ver a ese grupo de amigos que se reunía en el café todas las tardes y que se visitaban en sus casas sin motivo y que iban a cenar todos juntos descubrió que había muchas formas de vivir la vida. Y empezó a tener amigos occidentales y salía con ellos. A sus padres no se lo podía contar porque no lo hubieran aprobado. Cuando salía con sus amigos de la escuela desarrolló la costumbre de llevar varias mudas de ropa en una mochila, y a lo largo de la noche se hacía fotos vestida de diferentes maneras, de modo que cuando salía con sus amigos occidentales podía mandarles fotos a sus padres en las que aparecía con sus amigos de la escuela vestida con ropas diferentes, como si se

tratara de diferentes días. Con el tiempo se puso de novia con un chico de su escuela y se casó con él y ya nunca más volvió a ver a sus amigos extranjeros. Y si salía el tema renegaba de ello y decía que había sido una mala época, que no sabía lo que hacía. Últimamente me dice que tengo que pensar en casarme, pero a mí me aburren los chicos de mi edad. No tengo nada en común con ellos y, si te digo la verdad, creo que les doy un poco de miedo. A veces creo que no soy de aquí. Éste no es buen lugar para mí. Todos los lugares tienen lo suyo, dije por decir algo. Ella arrugó el gesto y se recostó sobre el sofá. Éste no tiene ni lo suyo ni lo mío ni lo de ese chico que pone los cócteles, dijo apuntando al camarero, y a continuación le gritó algo en chino que hizo que éste se ruborizara. ¿Lo ves?, dijo, me tienen miedo. Luego guardó silencio. ¿Quieres que te acompañe a casa?, ofrecí. No, voy a pedir un taxi, dijo ella, y sacó su teléfono. ¿Tienes con qué pagarlo? Claro, me dijo, para eso trabajo. Me levanté a pedir la cuenta y al regresar Lin me dijo que su taxi ya estaba llegando. La acompañé hasta la calle. En el camino me preguntó si nos veríamos al día siguiente y le dije que ya veríamos, pero en el fondo sabía que no lo haríamos. Antes de subir al taxi me dio las gracias y me dijo que había sido un placer conocerme. Yo le volví a agradecer por haberme rescatado y por su compañía. Ella me miró y me dijo *french fries*, e hizo el gesto de dispararme con el dedo al tiempo que me guiñaba un ojo. Luego se metió en el taxi. Camine hasta mi casa con una impresión contradictoria. La verdad era que todo había sido muy agradable, pero me había quedado con una sensación de vacío que no sabía muy bien a qué atribuir. Al entrar en el patio vi a un grupo de jóvenes contando dinero en actitud sospechosa. Pensé que probablemente estuvieran comprando o vendiendo drogas y me hice el distraído. Una vez que hube accedido a la escalera me sentí más tranquilo. Al llegar a mi habitación tenía un correo de Lin. El asunto decía «¿Cómo sigue esta historia?». Y en el cuerpo del mensaje ponía «Sólo Dios lo sabe».

Me levanté temprano y el día era espléndido. Bajé al mismo café del

día anterior y la misma chica rubia me preguntó si tomaría lo de siempre. Tardé un momento en comprender que se trataba de una broma. Le dije que sí, que tomaría lo de siempre, y ambos sonreímos. Mientras bebía mi café y comía mis huevos y mis tostadas me puse a repasar las notas que había tomado para la conferencia que tendría lugar a las once de la mañana. Había quedado a las diez en la sede del Instituto Cervantes para conocer a mi colega de la Universidad de Jiaotong y a la persona que haría de moderadora, de manera que tuviéramos algún tiempo para intercambiar impresiones antes de presentarnos frente al público. Después del encuentro estaba prevista una comida junto a la gente del Cervantes.

Luego de mirar el mapa en mi teléfono decidí que lo mejor sería ir andando. Tenía tiempo y había tomado la precaución de reservar mi hospedaje en una zona cercana al instituto. Caminé hasta la avenida en la que el día anterior había querido comprar agua y vi que el bar en el que lo intenté estaba cerrado. No había nadie en la puerta ni en las escaleras que lo precedían. Crucé el mismo puente que había cruzado para llegar hasta el supermercado —esta vez no había ningún violinista ciego— y, luego de andar unos quince minutos y de bordear un gran parque con un lago, me encontré con la sede del Instituto Cervantes. Se trataba de un edificio que hacía esquina y estaba protegido por una alta reja blanca que le daba el aspecto de una embajada. Lo rodeé por ambos costados sin lograr dar con la puerta. En la entrada de vehículos un guarda me indicó por dónde debía acceder.

En el hall me presenté y di el nombre de mi contacto. La mujer que me atendió hablaba español y sólo entonces caí en la cuenta de que probablemente la mayoría de la gente en ese edificio lo hiciera, lo cual me supuso un gran alivio luego de casi un mes de comunicarme en inglés. Me dijeron que si quería podía esperar en la cafetería, un pequeño quiosco con un mostrador y tres taburetes de madera ubicado a un costado de la entrada. Antes de que pudiera pensar en hacerlo se me acercó otra mujer que, con aspecto y acento latinoamericano, se presentó como la moderadora del evento. Se trataba de una salvadoreña que, según me contó, hacía más de veinte años que vivía

en China con su marido chino, y que a esa altura era prácticamente bilingüe.

Nos sentamos y pedimos café. Mientras esperábamos a que nos lo sirvieran, la mujer me dijo que había leído mi ensayo y que le había interesado muchísimo, en especial la parte en la que establecía una relación entre los mitos griegos y la física de partículas. En ese momento una chica que se presentó con el nombre de Marina se nos acercó acompañada de mi colega de la Universidad de Jiaotong, el profesor Woo. Hechas las presentaciones y luego de un par de formalidades —cuántos días llevaba en Pekín y si me gustaba la ciudad—, el profesor Woo quiso saber cómo pensaba organizar mi exposición. Le dije que haría un rápido repaso por los relatos que conforman el imaginario de Occidente, utilizando como hilo conductor la idea de que la historia de nuestra civilización podía entenderse como un progresivo alejamiento de la noción de lo sagrado en pos de una concepción de mundo dominada por la razón instrumental, y que en ese sentido pretendía ilustrar el modo en que, desde la Grecia clásica, habíamos pasado del mito a la filosofía y de la filosofía a la ciencia como formas sucesivas de explicarnos la realidad. El profesor Woo sonrió y me dijo que mi postura le parecía muy inspiradora, para luego exponerme su idea de que en China nunca habían salido del mito, y que era por eso que las nociones de ficción y de metáfora tenían para ellos una connotación completamente diferente a la que manejábamos en Occidente, como tendría ocasión de comprobar en las reacciones del público ante nuestras respectivas intervenciones. Nuestra moderadora se entusiasmó de tal modo con ese primer intercambio que se lanzó a presentar sus propias ideas al respecto, y empezó a acribillar a mi colega con una serie de preguntas que en realidad no eran tales, y que nos impidieron ahondar en aquello que habíamos empezado a esbozar. Me resultó un tanto molesto que casi no me dejara intervenir, después de todo yo había cruzado medio planeta para celebrar ese encuentro, y a punto estaba de hacérselo notar de la manera más amable posible cuando, para mi fortuna, sonó su teléfono y la mujer se vio obligada a levantarse para atender. Aprovechando el hecho de que nos hubiera dejado solos, y en

un inglés bastante rudimentario —y por lo mismo perfectamente comprensible—, el profesor Woo quiso saber qué tan familiarizado estaba yo con la literatura tradicional china. Le confesé que muy poco, y entonces él me pidió que le recordara hacerme llegar un volumen de cuentos que había prologado y que seguramente me resultaría muy interesante, para a continuación referirme uno acerca de un hombre que, caminando por el campo, se encontraba un día con un anciano que sacaba agua de un pozo para ir a verterla en una zanja de riego. Al ver los enormes esfuerzos del hombre y la exigua recompensa que obtenía, el visitante le dijo que si utilizaba una palanca con un peso en una punta y un cubo en la otra seguramente obtendría mucho mejores resultados. El anciano, luego de pensárselo un momento, le respondió que había oído decir a su maestro que aquél que hace uso de las máquinas termina haciendo todo como una máquina, que el que hace todo como una máquina convierte su corazón en una máquina y que el que convierte su corazón en una máquina pierde su naturalidad. Perder la naturalidad, aseguró, llevaba a dejar de esforzarse por alcanzar la integridad, y no esforzarse por alcanzar la integridad iba en contra de su sentido de la honestidad; eso era lo que sabía él de las máquinas y por eso se avergonzaría de utilizarlas. Lo importante de esta historia, me explicó el profesor Woo, no era el uso que se hacía o se dejaba de hacer de las máquinas, sino el hecho de que fuera el corazón el que dirigía las acciones y forjaba el carácter de los hombres. Es nuestro propio corazón el único territorio sobre el que de verdad debemos trabajar, sentenció. Yo le expliqué que últimamente estaba muy interesado en la práctica de la alquimia como estadio intermedio entre el mundo animista y el mundo científico, y que justamente había estado leyendo un texto en el que se mencionaba el hecho de que, en las fórmulas alquímicas, el corazón del alquimista formaba parte indisociable de la fórmula, mientras que la química había querido dejar al químico fuera de la ecuación. El profesor Woo asintió pensativo. Todo lo que vemos no son más que distintos aspectos de la conciencia universal que emerge al mundo aquí y allá para darnos ocasión de contrastar contra ella el estado de nuestro propio corazón, dijo. Todos los intercambios que tenemos con las

personas y con los elementos no son más que oportunidades para enfrentarnos con nosotros mismos, agregó. Yo le contesté que tal vez era por eso que la única manera que teníamos de explicarnos la realidad era a través de las historias y de las parábolas que nos contábamos, como habían hecho en todas las épocas los profetas y los sabios. ¿Cree usted en Dios?, me descubrí preguntándole, y al hacerlo caí en la cuenta de que estaba repitiendo la pregunta que me había hecho Lin el día anterior. El profesor Woo se tomó un momento antes de responder, como si estuviera escogiendo las palabras que iba a utilizar. Cuanto más pasa el tiempo, más crece en mí la costumbre de relacionarme con los que ya no están, me dijo. Son los diálogos que tuve ayer los que más me interesan, mucho más que los que tengo hoy o que los que tendré mañana. No me ofendió el modo en que sus palabras parecían menospreciar el intercambio que estábamos sosteniendo, sabía que su intención no había sido ésa. Según lo que me dijo hace un momento, no debería haber mucha diferencia entre unos y otros, respondí, porque en el fondo son todas variaciones del que siempre estamos teniendo con nosotros mismos. El profesor Woo sonrió y ambos guardamos silencio. Tuve la sensación de que habíamos alcanzado uno de esos extraños momentos de comunión que muchas veces es más sencillo experimentar con desconocidos, tal vez porque, al no haber antecedentes, las palabras ofrecen sentidos puros a los que de otro modo resultaría difícil acceder. Al cabo de un lapso de tiempo que no sabría precisar, la mujer que haría de moderadora se nos acercó para decirnos que nos esperaban en la sala de actos.

El lugar estaba lleno y el público era principalmente local. Supuse que habrían venido para enterarse de lo que un occidental tenía para decir acerca del modo en que Occidente entiende el mundo, pero luego comprobé que, como los niños, disfrutaban más de oír el cuento que ya conocían que de uno que escuchaban por primera vez. Y pensé si a fin de cuentas no era lo que a todos nos ocurría, esa especie de disfrute hallado en la repetición que de algún modo conectaba con aquello que había comentado el profesor Woo acerca de que el único diálogo que manteníamos a lo largo de nuestra vida era el que sosteníamos con nosotros. Empecé mi exposición explicando el clásico

experimento de la doble rendija de Young, a partir del cual la teoría cuántica ilustra el modo en que la conciencia inaugura la realidad, para luego remitirme a la idea griega de que es la palabra la que crea el mundo y establecer las evidentes relaciones que existían entre una y otra idea. Sólo entonces me lancé a esbozar el recorrido a partir del cual, y durante unos dos mil años, nos habíamos olvidado de que la realidad era un constructo para pasar a considerarla como un ente objetivo que permanecía inmutable más allá de quién fuera el que se sentaba a narrarla. Esa idea del mundo entendido como un artefacto nos había permitido alejarnos del misterio de la creación para pasar a considerar a los planetas y a los seres que los habitábamos como engranajes de una maquinaria que respondía a unas leyes físicas que era cuestión de tiempo para que termináramos de descifrar. El universo, con toda su constelación de arcanos y de enigmas, con toda su maravilla y todo su misterio, había sido reducido a un puñado de operaciones físico-químicas que nuestra pobre inteligencia debía ser capaz de abarcar. Fue fascinante comprobar la profunda extrañeza que una idea como ésa causó en el auditorio, como si les estuviera hablando de la más absurda de las ocurrencias y no del modo natural e inocente a través del cual Occidente había decidido explicarse la realidad. Les hablé de algunas de las implicaciones derivadas de esta cosmovisión, especialmente de la construcción de un tiempo lineal y del privilegio de los hechos por sobre los procesos a la hora de entender los fenómenos del mundo, y del modo en que a partir de ahí se daba especial preponderancia al papel del individuo en el devenir de la historia. Las caras de mis escuchas eran de verdadero asombro, un asombro infantil, como si se tratara del auditorio de una función de títeres que estuviera sufriendo y disfrutando con las peripecias de su héroe. Entonces recordé aquello que me había comentado el profesor Woo acerca de que esa gente no establecía ninguna diferencia entre lo que era real y lo que no. Todo lo que oían formaba parte del gran relato a partir del cual intentaban explicarse el secreto orden de las cosas, daba igual que viniera de un científico, de un poeta o de un monje. Todas eran cerdas del mismo pincel que intentaba dibujar la misteriosa forma del mundo. Lo más llamativo, dije para cerrar mi

exposición, es que lo que nos hemos dejado afuera en este exhaustivo intento de mecanización de la existencia, es nada menos que el sentido que todo esto puede tener, porque un mecanismo puede funcionar o no, y si no funciona puede ser reparado, pero sin un propósito más elevado que lo anime, sin un plan de nivel superior que lo contenga, carece de cualquier sentido que justifique su existencia. Y entre que siga funcionando o que se detenga, encontramos más consuelo en hacer que siga funcionando, por más que no sepamos para qué lo hace, por qué es mejor que lo haga que que no lo haga, ni hacia dónde nos conduce el hecho de que lo siga haciendo. Ésta es la gran tragedia de Occidente, aseveré con una congoja que no recordaba haber sentido en las innumerables ocasiones en que me había tocado exponer estos mismos argumentos, nos hemos alejado de las estrellas, nos hemos apartado de ese espíritu eterno al que podemos llamar Dios o destino o como ustedes quieran llamarle, y que de algún modo justificaría un orden superior al que tal vez nunca accederemos, pero cuya presencia, sin embargo, nos haría sentir un poco menos huérfanos.

Terminé de hablar y me sentí profundamente cansado. No me era ajeno el hecho de que mencionar a Dios en un lugar declaradamente ateo podía suscitar cierta controversia, y definitivamente no había sido mi intención cerrar con una perorata pseudo-religiosa, pero vaya uno a saber por qué mis razonamientos terminaron llevándome por esos derroteros. Como una manera de matizar un poco el tono con el que había concluido, se me ocurrió que podía citar a Nietzsche y a su famosa sentencia de que Dios había muerto para dar un giro más filosófico a la conclusión, pero finalmente decidí no hacerlo. No tenía nada claro que aquello fuera a ayudar a reconducir la situación, y además, y como digo, en ese punto me sentí tremendamente cansado. Y, sin saber por qué, también un poco triste. Y debe de habérseme notado, porque la mujer que hacía las veces de moderadora me miró con expresión de madre y puso su mano en mi hombro como si quisiera ofrecerme algún consuelo, y la verdad es que frente a toda esa gente que me miraba con los ojos muy abiertos y para la que no sabía cuánto sentido tendría todo aquel palabrerío, me sentí bastante

ridículo. Afortunadamente las palabras del profesor Woo llegaron para salvar el momento.

Le agradezco profundamente a nuestro invitado su interesantísima y sentida intervención, dijo, para luego agregar que pocas veces había oído exponer con tanta lucidez la tragedia del extravío de Occidente. Curiosamente, y si bien yo había utilizado prácticamente las mismas palabras, no me resultó del todo agradable oírselas pronunciar a él, como si estuviéramos hablando de un familiar mío cuya cercanía me autorizaba a criticar, pero al que no me gustaba ver criticado por alguien más. El profesor Woo mencionó entonces la palabra «misterio». Dijo que yo la había utilizado para referirme a todo aquello que Occidente había dejado de lado al querer abarcar el mundo con la razón y con la ciencia, para a continuación llevar a cabo una pormenorizada semblanza acerca de tres templos ubicados en las afueras de una ciudad china cuyo nombre me era desconocido. Se trataba de tres palacios que en otra época habían sido erigidos como un lugar sagrado al que la familia real se retiraba en ciertas fechas señaladas por el calendario y que, según entendí, tenían que ver con los tiempos de la siembra y la cosecha. El templo del este era el del emperador. El del oeste, el de la emperatriz. Y entre ambos se erigía un tercer templo, mucho más opulento que los primeros, cuya única función era la de conservar en su interior un trozo de piedra de jade de una pureza extrema que servía para recordar que, más allá de los poderes terrenos y supraterrenos, los cuales detentaban cada uno su función y rango, existía la esencia última de aquello que escapaba al yin y al yang, a los avatares del tiempo y a la corrupción de la muerte, y que por más inaccesible que fuera debía ser venerado como aquello que justificaba y daba forma a todo lo demás. A partir de ahí el profesor Woo empezó a establecer una caprichosa relación entre la pureza del jade y la grandeza de la historia china desde los tiempos del emperador Qin Shi Huang hasta el renacer cultural que estaba teniendo lugar en nuestros días. A medida que avanzaba en su exposición, los rostros de los asistentes iban abandonando el gesto de desolación con que yo los había dejado para dar paso a uno mucho más luminoso. Con vistosas anécdotas y ornamentadas metáforas, el

profesor Woo iba ilustrando los grandes aciertos y los necesarios períodos de transición que había tenido que atravesar la historia de su país para volver a recalar en la grandeza y el poderío que siempre lo habían caracterizado. A medida que lo hacía, yo no podía evitar constatar el modo en que un cierto malestar se iba gestando en mi interior. El reflexivo personaje con el que me había tocado charlar antes del encuentro con el público se fue convirtiendo poco a poco en una suerte de panfleto propagandístico que no hacía más que alabar a su país y a su gobierno de un modo que me hizo sentir algo traicionado. Después de todo yo había intentado ser lo más objetivo y autocrítico posible con la historia de mi civilización, y por una cuestión de cortesía esperaba —quizá ingenuamente— que mi colega hiciera lo mismo. Lejos de ello, se dedicó a ensalzar su tradición durante una larga media hora, encantando al auditorio de tal modo que faltó poco para que lo aplaudieran de pie al acabar su intervención.

El turno de preguntas no hizo más que incrementar mi disgusto. Para empezar porque sólo iban dirigidas a mi colega, haciéndome sentir que estaba sobrando. Sólo a instancias de la intervención de la mediadora la gente recordó que también podía dirigirse a mí, y cuando lo hicieron utilizaron en todos los casos un tono condescendiente, como el de quien se dirige a un enfermo o a alguien que acaba de confesar alguna clase de tragedia personal. ¿Por qué fue que en Occidente se alejaron de todo lo que resulta elevado? ¿Cuál es el sentido de trabajar sólo para el provecho propio? ¿Por qué es que carecen de un proyecto y de una identidad de la que sentirse orgullosos? ¿Es que no les interesa honrar vuestro nombre ni el de vuestros antepasados? Al escuchar todas estas preguntas acusatorias vi nacer en mi interior una especie de impulso reivindicativo que me hizo sentir, como nunca antes, la pertenencia a mi cultura y a mi tradición, en nombre de la cual consideré que debía hacer un esfuerzo por equilibrar un poco la balanza. Como ustedes saben mejor que yo, dije, el tiempo no avanza siempre hacia adelante, sino que más bien describe un círculo que tarde o temprano nos devuelve al comienzo. Quizá no se trata de caminos tan diferentes los que nuestras

civilizaciones han recorrido, sino más bien de diferentes momentos dentro de un mismo círculo. Quizá en lugar de sorprenderse tanto por lo que les estoy contando deberían tomar nota para estar preparados para lo que el futuro les pueda deparar. Ustedes recién están empezando a asomarse a las encandilantes luces del consumo y del dinero. Nosotros ya hemos agotado ese recorrido y estamos empezando a ser conscientes del sinsentido al que puede llevar. Ustedes están recién en el principio. Prueben a liberar internet y verán que la mitad del tráfico se convertirá en pornografía como en todo el resto del mundo.

Al decir esto último pude notar un cambio en el ambiente del auditorio. La mayor parte de las caras permaneció igual de ajena a mis palabras, pero hubo algunas, sobre todo las de los funcionarios del Instituto Cervantes, que abrieron grandes los ojos, como si hubiera mentado a una persona a la que no se podía nombrar. Sólo entonces caí en la cuenta del lugar en el que estaba. Había una razón muy concreta para que no dejaran entrar a Google ni a Facebook en China. El tema de la información y del contacto con personas de otros lugares era algo que permanecía bajo un férreo control, y no era cuestión de que viniera un extranjero cualquiera a burlar la censura con sus alegres apreciaciones acerca de la sociedad de consumo y el tráfico de datos. Así me lo confirmó una de las chicas del Instituto Cervantes camino del restaurante en el que habíamos reservado. ¿Quieres decir que puedo tener un problema por ponerme a hablar de estos temas?, pregunté no sin cierta inquietud. Tú no lo sé, nosotros seguro, me dijo. Pero ¿cómo van a saberlo? Después de todo tampoco soy tan famoso como para que hayan puesto a alguien a seguirme, protesté. ¿Un occidental que viene a hablar de Occidente en un acto de libre acceso?, me dijo ella, no te quepa la menor duda de que entre el público había alguien del gobierno vigilando.

La comida transcurrió en medio de una tensa cordialidad y nadie volvió a referirse al tema. O quizá era mi propia paranoia la que me hacía intuir que la gente lo estaba esquivando. Quizá simplemente se

limitaban a hablar de las mismas trivialidades que en cualquier encuentro de ese tipo en cualquier lugar del planeta. La actitud del profesor Woo, sin embargo, había cambiado radicalmente desde nuestro primer intercambio en la cafetería del instituto. Si en aquella ocasión había sentido que me dirigía a una persona de carne y hueso que expresaba su honesto sentir respecto de los temas que tratábamos, a partir de que bajamos del escenario empezó a comportarse conmigo como un extraño, como si quisiera desmarcarse de cualquier trato que no fuera el estrictamente oficial. ¿Sería que él mismo funcionaba como una célula del régimen a la que obligaban a redactar un informe al acabar la jornada? ¿O sería más bien que mi fértil imaginación estaba inventándose todo aquello? Lo más probable, pensé luego, era en realidad que aquella impostada cordialidad no escondiera otra cosa que el profundo aburrimiento que rodea a los ambientes académicos en cualquier rincón del planeta. Lo cierto es que las dos o tres horas que había pasado el día anterior en compañía de Lin me habían aportado mucha más información acerca de la idiosincrasia local que el intercambio con el experto con el que había coincidido. Como si supiera que pensaba en ella, en ese momento un mensaje de Lin hizo vibrar mi teléfono: «Tengo la tarde libre. ¿Quieres que nos veamos?».

La gente del Cervantes trataba cuestiones internas al instituto. Al parecer la directora en funciones estaba a punto de ser trasladada a Shangái y se hacían apuestas acerca de quién la sucedería en el cargo. El profesor Woo, que no había parado de rellenar su copa desde que nos habíamos sentado a la mesa, hablaba cada vez más alto y con gestos cada vez más grandilocuentes acerca de algo que ya nadie se molestaba en traducirme y que, a decir verdad, a ninguno parecía interesar. Frente a semejante panorama, el ofrecimiento de Lin iba volviéndose cada vez más atractivo. Me pareció un poco violento ponerme a escribir en el teléfono allí en la mesa, así que, excusándome, me levanté y me dirigí hacia los lavabos para poder responder con calma y fijar los detalles del encuentro. Al girar el biombo que delimitaba la zona de los servicios, y para mi sorpresa, me topé de frente con el rostro de Lin. ¿Qué haces aquí?, le dije. Se me ocurrió que podías estar aburriéndote y he venido a rescatarte, me

dijo con expresión divertida. ¿Y cómo sabías dónde estaba? Me dijiste que luego de la conferencia te llevarían a comer, así que busqué la dirección del restaurante más cercano al Instituto Cervantes y aquí estoy, me respondió. ¿Nos vamos o qué?, agregó poniendo los brazos en jarra y mirándome como si no tuviera ganas de que le hiciera perder el tiempo.

Ni siquiera me molesté en pasar por la mesa para avisar de mi partida. Simplemente salimos por la puerta trasera del local y, antes de habernos puesto de acuerdo acerca del lugar hacia el que nos dirigíamos, nos subimos a un taxi con la emoción de dos chicos que se escapan de la escuela. Al menos así me sentía yo. ¿Adónde quieres ir?, me dijo Lin una vez a bordo. A un lugar que te guste mucho, respondí. Luego de pensárselo un segundo, Lin le dio una indicación al taxista y el hombre asintió. ¿Adónde vamos?, pregunté. Lin me miró con una sonrisita pícara. No te lo voy a decir. Debes tener paciencia y seguir leyendo hasta el final, respondió.

Me preguntó cómo había ido la conferencia y le dije que bien. Lo dije de un modo automático y sin intención de entrar en detalles, pero ella quiso saber más y le conté que habíamos estado hablando de cómo entendíamos el mundo en Oriente y en Occidente. ¿Y cómo lo entendemos?, me dijo. Algunos creemos que la realidad es real y otros que es un invento. ¿Como las historias que tú escribes? Como las historias que yo escribo, respondí. ¿Como esta que estás escribiendo acerca de una chica con la que viajas en taxi por Pekín? Exactamente, confirmé, y ambos sonreímos. Lin quiso saber más acerca de la conferencia y le expliqué que había empezado hablando de una teoría de la física que dice que es la conciencia la que crea la realidad, y que eso se parecía mucho a lo que decían los griegos acerca de que eran las historias las que daban forma al mundo. Aparentemente, y según el profesor Woo, aquí ustedes siguen creyendo que son los mitos los que dan forma a la realidad, expliqué. ¿Quién es el profesor Woo? Un académico de la Universidad de Jiaotong con el que me tocó compartir la conferencia. Pensaba que la dabas tú solo. No, éramos dos. ¿Y qué más dijo el profesor Woo? Que todas las situaciones con las que nos encontramos no son más que una oportunidad para

medirnos contra nosotros. ¿Y para qué nos medimos? Para evaluar el estado de nuestro propio corazón. De hecho el profesor Woo dijo que todas las conversaciones que mantenemos con los demás en realidad son conversaciones que mantenemos con nosotros mismos. O sea que ahora tú estás hablando contigo mismo, dijo Lin. Algo así, repuse. O sea que yo en realidad ni siquiera existo. O existes en un universo creado por la ficción. ¿Existen los milagros en ese universo? No lo sé, no conozco ese universo tuyo, repuse. Lin se recostó sobre el asiento y se quedó pensativa, como si estuviera evaluando si aprobaba o no lo que acababa de escuchar. Me gusta el profesor Woo, dijo al cabo de un momento. A mí también, al principio. ¿Por qué al principio? ¿Qué pasó luego? Luego se emborrachó y dejó de decir cosas interesantes. Lin se mostró contrariada. ¿Como yo anoche?, preguntó. Su incomodidad me enterneció. Como tú anoche, dije, sólo que tú seguiste diciendo cosas interesantes. No estoy acostumbrada a beber, dijo, lo siento. ¿Y por qué lo hiciste? Para que no pensaras que era una niña. ¿Lo eres? Lin me miró desafiante durante un instante, al cabo del cual la sonrisa volvió a iluminarle el rostro. Es aquí, anunció, hemos llegado, y le indicó al taxista que se detuviera. Le pedí que me dejara pagar y me dijo que de ninguna manera. Tengo dinero, respondió, para eso trabajo. Tengo dinero y tengo trabajo. Las niñas no tienen ninguna de las dos cosas.

El sitio al que me llevó era un edificio tradicional de madera de unos cincuenta metros de altura al que se refirió como la Torre del Tambor. Frente a éste, y separado por una plaza rectangular donde un grupo de niños jugaba a la pelota, se encontraba otro edificio de piedra gris llamado el Campanario. Lin me explicó que durante siglos ambos edificios habían representado el reloj oficial del imperio. Los tambores marcaban las horas y la gran campana de cobre de sesenta y tres toneladas —la más grande que había en China— se encargaba de anunciarlas a toda la ciudad. Las vistas desde la Torre del Tambor son maravillosas, me dijo, el problema es que hay que subir por una escalera, ¿crees que podrás? Al principio pensé que lo decía en broma. Al comprender que me lo preguntaba en serio caí en la cuenta de que para ella yo era un hombre mayor. Le dije que me ofendía

profundamente su pregunta y se echó a reír. Me explicó que no lo decía por eso, que para ella también representaba un esfuerzo y que simplemente quería saber si yo estaba dispuesto a hacerlo. Sin decir nada, me lancé a subir los escalones con la intención de demostrarle lo equivocada que estaba. Aún divertida, ella me siguió. A mitad del recorrido me dijo que no era necesario hacerlo todo de una vez, que podíamos parar a descansar. Me alegró notar cierta agitación en su voz. Le dije que parara si lo necesitaba, que yo estaba muy bien. Al cabo de un momento noté que Lin aminoraba el ritmo. La hubiera imitado encantado, pero no podía permitírmelo. La esperé arriba triunfante. Mi victoria fue absoluta cuando la vi aparecer jadeante. ¿Todo bien?, le dije disimulando mi propia agitación, ¿necesitas algo, un vaso de agua tal vez? Apoyando las manos en las rodillas, Lin lanzó una risita ahogada. Qué divertidos que son los hombres, me dijo, siempre teniendo que demostrarse algo. ¿Quién es el niño ahora?, agregó. La ayudé a incorporarse y ella instintivamente apoyó las palmas de sus manos en mi pecho. Al mirarla me pareció lo más hermoso que hubiera visto nunca. ¿Cómo es posible que no tengas un novio?, le dije. Ya te lo expliqué, repuso Lin, no me interesan los chicos de mi edad ni yo a ellos. Instintivamente me acerqué a ella y la besé. Ni siquiera pensé en hacerlo, se trató simplemente de un impulso ejecutado espontáneamente por mi cuerpo. Apenas le llegué a rozar los labios cuando ella se echó para atrás. ¿Qué haces?, me dijo. Perdona, no sé por qué lo hice, repliqué. Te dije que no tenía novio, protestó. Sólo entonces comprendí que lo que me había querido decir era que nunca lo había tenido. ¿Podía ser que fuera ése el primer beso que alguien le daba? Perdona, insistí, me dejé llevar por el momento, soy un idiota. Estoy muy enojada, me dijo ella, te dije que no tenía novio, insistió, y se alejó hacia el balcón exterior. Me sentí horrible. No por mí, no por el rechazo, sino por haber malentendido todo. Por haber creído que una chica de veinticuatro años podía verme como algo más que como un viejo de casi cuarenta. No sabía qué hacer. ¿Debía ir a buscarla y disculparme de nuevo o debía irme de ahí y no volver a molestarla? En eso estaba pensando cuando Lin se me acercó, me tomó de la mano y me miró a los ojos con una gravedad que me

intimidó. Lo siento, balbuceé. Silencio, dijo ella, soy yo la que va a hablar. Okey, respondí, y agaché la cabeza como un estudiante en falta. Ya no estoy enojada, dijo Lin, en realidad no es culpa tuya, es sólo que no era así como imaginaba mi primer beso. Lo siento, fui un imbécil, no pensaba en lo que hacía. Ya te dije que no es culpa tuya, insistió ella, es sólo que no estoy preparada. Y no es que no me gustes, desde que te vi ayer por la calle que me pareciste muy guapo, y si quisiera besar a alguien seguramente te querría besar a ti, pero aún no estoy preparada. ¿Puedes aceptar eso? Sí, claro, dije, e instantáneamente me sentí algo mejor. Un poco por comprobar que no había herido sus sentimientos y otro poco porque —vamos a ser sinceros— me encantó enterarme de que una chica de veinticuatro años aún se podía fijar en mí. Todo esto es un poco raro, le dije al cabo de un instante. Sí que lo es, me respondió Lin. Por suerte yo estoy acostumbrada a lidiar con lo raro. Pues yo no, respondí, así que te toca a ti decidir qué hacemos ahora. Vamos a hacernos una foto, propuso ella, y me llevó hacia el balcón exterior.

Durante siglos la Torre del Tambor fue el edificio más alto de la ciudad. Ahora los rascacielos la hacían ver pequeña, pero durante toda la época imperial subir allí arriba era dominar el horizonte y la ciudad y la gran muralla que la protegía. Desde el balcón podía verse perfectamente el laberinto de hutones que la rodeaban. Lin me explicó que los hutones eran los callejones tradicionales del centro de Pekín, donde aún podía intuirse el modo de vida que habían tenido sus habitantes en el pasado. Me colocó junto a la barandilla de madera del balcón, se puso delante de mí y nos tomó una foto con su teléfono. Me la mostró y nos vi sonrientes. Su sonrisa no me sorprendió, llevaba dos días admirándola, pero la mía sí. Recuerdo que pensé que hacía mucho que no sonreía así, y me pregunté cómo podía ser que la luz de esa muchacha alcanzara para iluminarnos a los dos. De pronto me pareció que mi estúpido intento de besarla había tenido algo de bueno, ya que había quitado de en medio esa ineludible tensión que tarde o temprano habría aparecido. Ahora podíamos dedicarnos a pasear sin complejos, y no me quedó más remedio que agradecer al cielo por haberme enviado a ese ángel para que entibiara mi alma del

modo en que lo estaba haciendo. Parecía casi irreal haberla encontrado de la manera en que la encontré, y que luego se hubiera aparecido en aquel restaurante del modo en que lo hizo. ¿Cómo supiste que estaba en ese restaurante?, le pregunté. ¿En cuál?, repuso ella. El restaurante al que fuiste a buscarme este mediodía, ¿cómo supiste que era ése? Lin se me quedó mirando divertida. ¿De verdad me lo preguntas? Fuiste tú quien me lo explicó. ¿Qué es lo que te expliqué?, respondí algo confundido. Que yo en realidad no existo, que eres tú quien me está inventado y que por lo tanto puedo saber todo lo que tú sabes y aparecerme en cualquier sitio que tú decidas. Desde que nos encontramos ayer por la calle y me pediste ayuda para encontrar la dirección que buscabas, todo ha sido un invento tuyo, me dijo. Fuiste tú la que me la ofreció, repuse siguiéndole el juego. ¿Qué cosa? La ayuda para encontrar la dirección a la que iba, no fui yo el que te la pidió, fuiste tú la que me la ofreciste. Como quieras, respondió ella quitándole importancia al asunto, y en un tono algo displicente agregó: Eres tú el que se está inventando todo esto, así que puede ser exactamente como tú quieras. En ese momento escuchamos el golpe de un tambor. Ven, dijo Lin, empieza el espectáculo.

Unos diez o doce músicos vestidos con trajes tradicionales habían entrado en la sala y se habían colocado enfrente de los enormes tambores que descansaban sobre sus soportes de madera. En el centro, una mujer joven había empezado a golpear el más grande con dos palos y a un ritmo constante. Poco a poco los demás se fueron sumando y el compás empezó a hacerse más elaborado sin abandonar nunca esa solemnidad antigua que infundía un carácter ceremonial a toda la escena. Lin observaba a los músicos como si fuera la primera vez que lo hacía, y mirándola pensé que hubiera sido imposible que yo me inventara a alguien como ella. En su incontestable belleza, en su inmaculada frescura y en la luminosa inocencia con que observaba las cosas del mundo vi aparecer de pronto el único sentido que cualquier realidad, fuera real o ficticia, podía llegar a tener. Una vez terminado el espectáculo bajamos los escalones en silencio. Al llegar abajo Lin me preguntó si quería visitar el Campanario y yo le dije que hiciéramos lo que ella quisiera, que a partir de ahora era ella la que

estaba al mando. Ven, me dijo, quiero que veas un parque que hay a unos diez minutos de aquí.

Caminamos por calles llenas de gente. Era la hora de salida del trabajo y las personas con las que nos cruzábamos se movían a un ritmo tranquilo, como si no tuvieran prisa por volver a sus casas o como si supieran vivir de un modo más amable y más pausado que en el lugar del que yo venía. El parque del que Lin me hablaba era el parque Beihai, un antiguo jardín imperial ubicado detrás de la Ciudad Prohibida al que los pequineses solían ir a pasear en las tardes de verano. Nos encontramos con parejas que remaban en el lago, con turistas que se hacían fotos frente a alguno de los palacios que el predio contenía y con grupos de estudiantes que iban acompañados de sus maestros. Me distraje mirando las figuras de papel que un chico elaboraba en un puente junto al lago, y cuando me giré vi a Lin unos cuantos metros más adelante, charlando animadamente con algunos de los estudiantes a los que hacía reír con ganas. Me gustó verla desenvolverse por sí misma, como si no estuviera conmigo, porque me permitió imaginar cómo sería su vida en un día cualquiera, cuando no tuviera que hacer de guía para ningún turista despistado. Y al imaginar su vida cotidiana en aquella ciudad para mí desconocida, pensé que quizá yo también podría vivir ahí. No fue un pensamiento concreto, sino más bien la vertiginosa comprobación de que la vida podía dar un giro radical en cualquier momento en el que uno se lo propusiese. Por supuesto que no iba a decidir vivir en Pekín de un día para el otro, pero el solo hecho de comprobar que no había ninguna razón objetiva que me impidiera hacerlo me hizo sentir al borde de un abismo compuesto de todas las posibilidades no concretadas que la vida tenía para ofrecer. En ese momento Lin se giró y me saludó a la distancia, y volví a tener la sensación que ya tuviera el día anterior: me parecía imposible que lleváramos apenas unas horas juntos, más bien daba la impresión de que se trataba de un reencuentro ocurrido luego de años sin vernos, en el que se nos diera la ocasión de retomar el contacto y ponernos al día de lo ocurrido en el tiempo que

estuvimos separados. Salimos del parque y Lin me dijo que quería mostrarme el barrio de los hutones. En una esquina vi a un hombre reparando un tejado y quise hacerle una foto. Al comprenderlo, Lin gritó al hombre para que se girara. Cuando le pregunté por qué lo había hecho me dijo que había pensado que de ese modo la foto saldría más bonita.

Los hutones eran unas callejuelas estrechas por las que casi no pasaban coches. La mayor parte de los que no iban andando o en bicicleta se desplazaban en moto. Se trataba de motos muy viejas, muchas con algún pequeño baúl o remolque en la parte trasera para llevar mercadería o herramientas, y, al contrario de lo que podría parecer por su aspecto destartalado, la mayoría tenía motores eléctricos. Entramos en un negocio en el que Lin compró una miniatura de jade. Se trataba de un dragón que se enroscaba sobre su propia cola. Te dará suerte, me dijo, y me lo regaló. Retomamos la marcha. ¿Y tú no tienes novia?, me soltó al cabo de un momento. La tuve, dije, pero ahora ya no. ¿Qué fue lo que pasó? Nada especial, respondí, las cosas duran lo que duran. ¿Como la vida de las personas? Como la vida de las personas, confirmé, aunque en realidad las relaciones suelen durar un poco menos. ¿Cómo es eso?, quiso saber Lin. Me tomó un momento evaluar cómo explicarle algo así a quien nunca había tenido una pareja. ¿Alguna vez has tenido un perro?, le dije. En el tiempo de mis abuelos los criaban para comérselos, respondió ella. La idea me resultó un tanto macabra, pero no se lo dije. Pues en el lugar del que yo vengo la gente los considera sus amigos. Los crían como mascotas, los alimentan y pasean con ellos. Los tratan como a una parte de la familia y en muchos casos representan la única compañía para la gente que vive sola. ¿Por qué hay gente que vive sola?, preguntó Lin. Ése es otro tema, le dije. La cuestión es que los perros viven mucho menos que nosotros, con lo que tarde o temprano se mueren y la gente se queda muy triste. Qué duro, dijo Lin. Muy duro, sí. Y sin embargo no por eso la gente deja de tener perros. Los adoptan y los quieren sabiendo que un día van a tener que enterrarlos. ¿Y cuando mueren se buscan otro?, quiso saber Lin. Muchos lo hacen, sí, pero hay otros que ya no quieren volver a

pasar por eso y prefieren quedarse solos. Lo mismo pasa con las relaciones, dije. Lin se quedó pensativa y durante un rato caminamos en silencio. La tarde estaba cayendo sobre el cielo de Pekín y las nubes estaban tomando un tono rosáceo que hacía que todo se revistiera de una película de irrealidad. ¿Tú eres de los que han preferido quedarse solos?, preguntó Lin al cabo de un momento. Es un poco más complicado, respondí, y volvimos al silencio. La marea humana que nos rodeaba de pronto pareció fundirse con el decorado de las tiendas y las casas de aquellas callejuelas que ya empezaban a encender sus farolillos. ¿Y no hay relaciones que duren para siempre?, quiso saber Lin. Si las hay, yo no las he conocido, repuse. Lin se me quedó mirando como si estuviera esperando una respuesta más concreta. Es muy difícil que, a largo plazo, la gente pueda entenderse, agregué. A medida que el tiempo pasa nos vamos olvidando de que el otro es otro y empezamos a tener con él las discusiones que en realidad tenemos con nosotros mismos. Todas las frustraciones, todos los resentimientos que hemos ido acumulando a lo largo de nuestra vida y que provocan tormentas en nuestras cabezas empezamos a achacárselos al otro y, como es natural, el otro no puede hacer nada al respecto. O sea que el profesor Woo tenía razón. ¿En qué? En aquello de que las conversaciones que tenemos con los demás en realidad las tenemos con nosotros. En cierta medida, sí, admití. Lin volvió a guardar silencio durante unos instantes, como si estuviera procesando lo que acababa de escuchar. Mi abuela decía que llevaba muchas vidas junto a mi abuelo, comentó al cabo de un momento, y que cuando se enojaban muchas veces era por lo que se habían hecho en el pasado, cuando eran otras personas que se conocieron en una vida anterior. Eso explicaría muchas cosas, admití. Mira nosotros, dijo Lin, nosotros sí que nos entendemos. Porque nos conocemos desde hace dos días, alegué. Lin se detuvo en seco y me miró con gravedad. Tú sabes que eso no es cierto, repuso con una seguridad que me asustó. Ven, dijo, quiero enseñarte mi lugar favorito en el mundo.

Me tomó de la mano y me obligó a entrar por una puerta que llevaba al interior de una de las viviendas. Se trataba de una puerta de metal rojo enmarcada por dos columnas de madera que sostenían un

alero de tejas. En realidad no entramos directamente a la vivienda, sino a uno de los patios interiores de la misma. ¿Podemos estar aquí?, dije con la sensación de estar colándome en la casa de alguien. Sin soltarme la mano, Lin me indicó que me mantuviera en silencio, confirmando el carácter clandestino de nuestra incursión. Atravesamos un patio que tenía dos habitaciones, una a cada lado, y luego un portal que daba al patio siguiente. En este caso se trataba de un pasillo abierto que en sus costados comunicaba con otras tres habitaciones, todas de madera y cubiertas de enredaderas, y que a su vez daba paso a otro jardín. Tuve la impresión de que sin la ayuda de Lin no habría sabido cómo salir de ahí, y al mismo tiempo la certeza de que no era la primera vez que visitaba ese sitio. La imagen de un árbol muy viejo y de ramas muy finas plantado en el medio de un patio de piedra, junto a un pozo de agua, se me vino a la mente un instante antes de que, al atravesar el último portal, nos encontráramos justamente en ese sitio. Lin se me adelantó, y al llegar adonde estaba el árbol dio un giro sobre sí misma con los brazos abiertos, como si quisiera abarcar todo el espacio y enseñármelo. Éste es mi lugar favorito en el mundo, me dijo. Lo descubrí una tarde en que volvía de la escuela y me perdí por los hutones. No sé por qué me dio por entrar aquí, pero cuando lo hice tuve la sensación de que ya había estado antes, una sensación muy extraña y muy familiar que curiosamente volví a sentir ayer cuando nos conocimos. ¿No te ha pasado nunca entrar en un sitio en el que sientes que ya has estado? Ciertamente parecía que el patio, con su añoso árbol, su pozo de agua y las habitaciones de madera que lo rodeaban, estaba ubicado fuera del tiempo. Me dio miedo decirle que eso que comentaba me había ocurrido hacía apenas unos instantes, cuando entramos allí. Preferí responder que yo también sentía como si ya nos conociéramos. Pues quizá mi abuela tenía razón, dijo Lin, quizá nos conocemos de otras vidas. No creo que haya sido en otras vidas, repuse. ¿Y qué otra explicación puede haber? Tal vez hayamos coincidido en otro cuento, solté como queriendo quitarle gravedad al asunto. ¿Un cuento tuyo?, preguntó Lin. Un cuento mío, confirmé. Tal vez no sea ésta la primera vez que te escribo.

A Lin pareció gustarle la idea. Se sentó en un escalón de piedra que

había junto al pozo y,, tirándome del brazo, me obligó a hacer lo mismo. ¿Y quién era yo la primera vez que me escribiste?, dijo. Me senté junto a ella, apoyé los codos en las rodillas y traté de hacer memoria para dar con la primera historia en la que podría haberla visto. La primera vez que nos vimos tú eras una niña de doce años, pecosa y de trenzas rubias, dije. ¿Era rubia?, se sorprendió Lin. Sí, claro, respondí. ¿O crees que en todos los cuentos en los que has aparecido tenías el aspecto que tienes ahora? En aquella ocasión eras rubia, tenías doce años y habías llegado al colegio al que yo iba luego de vivir unos años en el extranjero. ¿Y nos hicimos novios? No, no nos hicimos novios. Yo lo intenté, pero tú me rechazaste. ¿De verdad? ¿Qué te dije? De hecho me lo mandaste a decir con una amiga, una chica de nombre Antonia. ¿Qué te dijo Antonia? Me dijo que no querías ser mi novia. Pues qué mal por Antonia. Muy mal, sí. Lo curioso es que muchos años después nos encontramos en una fiesta de ésas que se organizan tiempo después de haber acabado la escuela, y entonces me confesaste que por esa época habías escrito en tu diario que yo te gustaba. ¿De verdad? ¿Y por qué no te lo dije? Eso quise saber yo. Me dijiste que era porque eras muy pequeña y te daba miedo. ¿Y qué hicimos entonces? No hicimos nada. Habían pasado muchos años y cada uno había armado su vida, y en el fondo a esa altura no éramos más que dos desconocidos con un pasado común. Pero nos habíamos querido, dijo Lin con cierta melancolía. Su desazón me enterneció. No sé si nos habíamos querido, respondí, éramos unos niños y nos habíamos gustado un poco, sólo eso. De todos modos a partir de ahí sucedió algo de lo más curioso, continué. La fiesta siguió su curso y de pronto unos niños que al principio pensé que eran los hijos de los otros asistentes empezaron a invadir la pista de baile. Bailaban como si la fiesta fuera de ellos y nosotros nos hubiéramos colado. Poco a poco fui notando que nadie los veía excepto yo, hasta que en determinado momento me vi aparecer a mí. Lin abrió grandes los ojos. Mi yo de doce años hizo su aparición en la pista de baile y fue directamente a buscar a tu yo de doce años, que sólo entonces noté que también estaba ahí presente. ¿Y qué paso?, preguntó Lin entusiasmada. Pasó que algo le dijo mi yo de doce años a tu yo de

doce años y que ambos decidieron abandonar el salón. ¿Y entonces? Entonces ya no sé, porque en ese punto apareció mi mujer y me preguntó si quería que nos fuéramos. ¿Tenías una mujer? Por ese entonces tenía una mujer, sí. ¿Y qué le dijiste? Le dije que sí, que podíamos irnos. ¿Y qué crees que pasó entre nosotros?, preguntó Lin. Entre aquellos dos niños, quiero decir. La verdad es que no lo sé, porque ahí se terminó la historia, pero lo que sí sé es que, fuera lo que fuese lo que aquellos niños tuvieran que resolver, ya no tenía nada que ver ni contigo ni conmigo.

Lin se quedó pensativa luego de oír aquello. Una suave brisa agitó las ramas del árbol que había en el centro del patio y el temblor hizo que unos frutos que colgaban de sus ramas se golpearan unos contra otros. Se trataba de una especie de flores secas, unas extrañas flores de madera que al chocar entre ellas emitieron un sonido sordo que nos transmitió una profunda sensación de paz. Al menos así fue como yo lo sentí. Cuando el viento se detuvo el sonido se detuvo también. ¿Y cuándo fue la siguiente vez que nos vimos?, quiso saber Lin. La siguiente vez que nos vimos yo había perdido la razón por no poder aceptar el modo en que tú habías muerto, dije. ¿Yo estaba muerta?, protestó ella. En ese momento sí, pero antes de que murieras habíamos tenido una hermosa vida juntos. Háblame de la vida que tuvimos, dijo Lin apoyando la cabeza en las rodillas. Yo había sido un escritor y tú una fotógrafa. Nos habíamos conocido en la frontera de dos países africanos a los que habíamos ido para cubrir el golpe de Estado que se había producido en uno de ellos. La experiencia fue bastante dramática, nos tocó presenciar mucha violencia y mucha muerte, y decidimos que ya estaba bien de contar y de fotografiar cosas horribles y que a partir de entonces nos dedicaríamos a mostrar las cosas bellas del mundo. Una sonrisa soñolienta se dibujó en el rostro de Lin. Así fue que nos convertimos en periodistas de viajes y recorrimos los cinco continentes, le dije. Estuvimos en selvas y valles, en montañas y desiertos. Vimos las migraciones de las aves y las auroras boreales, presenciamos el espectáculo de los glaciares al romperse y el del sol que no se pone en el verano del norte. Pero una noche, estando en un bar de nuestra propia ciudad, entraron unos

ladrones a robar y cuando llegó la policía se armó un tiroteo y una bala perdida te perforó un pulmón y te mató. Yo no lo pude resistir. Mi cabeza se negó a aceptarlo y se inventó una realidad paralela en la que viví durante algún tiempo, hasta que un médico maravilloso, con mucha dedicación y con mucho trabajo, poco a poco fue tratando de sacarme de ahí. ¿Lo consiguió?, me dijo Lin. Sólo entonces noté que había una lágrima en su mejilla. No lo sé, no estoy seguro, le dije. Creo que sí, porque un buen día me llevó al cementerio y por fin pude hablarte y despedirme de ti, y al hacerlo volvimos a estar juntos por un momento, y tú me dijiste que a partir de ahí ya siempre lo estaríamos. Al oír esto Lin volvió a sonreír. Me gusta ese final, me dijo, y yo asentí.

Una nueva brisa volvió a agitar las ramas del árbol. Esta vez uno de sus frutos cayó al suelo y con el golpe se abrió, dejando ver las semillas que albergaba en su interior. Yo pensé en los cientos de árboles que esas semillas contenían, aguardando el momento de germinar para dar a luz a nuevos árboles, a nuevos frutos y a nuevas semillas.

La siguiente vez que nos vimos fue en un tren en Rusia, dije. A Lin pareció gustarle este nuevo escenario. ¿Y quiénes éramos entonces?, quiso saber. Yo era un joven que venía de un festival de cine en San Petersburgo y tú una chiquilla rusa que viajaba para visitar a su familia en Hungría. ¿Y cómo nos conocíamos? Viajábamos en el mismo compartimento, y en determinado momento el revisor del tren pasó pidiendo billetes y pasaportes y al ver el mío me informó de que, en su camino hacia Budapest, el tren pasaría por Letonia, Bielorrusia y Ucrania, donde nos pedirían ciertas visas que yo no tenía. Como yo no hablaba ruso, tú fuiste la encargada de traducirme todo aquello. ¿Yo hablaba ruso? Sí, claro, eras rusa. ¿Y tú qué hiciste? Yo debía decidir si seguir adelante arriesgándome a quedar detenido en la frontera de alguno de esos países o bajarme del tren y volver al punto de partida. ¿Y qué decidías? Decidía seguir, lo cual llevaba a que me detuvieran en Ucrania. ¿Y te quedabas ahí? Así es, confirmé. ¿Y yo que hacía, me quedaba contigo? No, tú intentabas ayudarme cuando los soldados me llevaban, pero no había nada que pudieras hacer y finalmente seguías

tu viaje. Yo nunca te hubiera dejado ahí, dijo Lin con gesto serio, me habría quedado contigo, agregó. No hubiera servido de nada, le dije, no había nada que pudieras hacer. Al menos habríamos estado juntos, dijo ella. Pues en ese momento tuviste que seguir tu viaje y yo me quedé detenido en la frontera de Ucrania y Bielorrusia. Y entonces ¿qué pasó? Entonces me enviaron de regreso a Bielorrusia y una vez allí, en vez de ir a la embajada, como me habían sugerido, me fui al aeropuerto y me tomé un avión a Londres, pero eso ya es otra historia. Londres, repitió Lin, mi lugar favorito en el mundo. Pensé que tu lugar favorito en el mundo era este patio. Este es mi primer lugar favorito en el mundo, alegó ella, Londres es el segundo, pero lo que quiero saber es qué pasó con nosotros. Pasó que algún tiempo después, una vez que hube regresado a casa, me llamaron desde la embajada rusa diciendo que una chica de esa nacionalidad había enviado un paquete para mí. Cuando lo fui a buscar me encontré con el libro que estaba leyendo en el tren el día que nos conocimos y que se ve que con las prisas me dejé olvidado. En la carta que acompañaba al libro me explicabas que entre sus páginas habías encontrado la tarjeta de embarque de un vuelo que yo había tomado y que de ahí habías sacado mi nombre para escribir a la embajada de Rusia en mi país y enviarme el libro. También adjuntabas tus datos y tu dirección. ¿Y me escribiste? ¿Nos volvimos a ver? Eso ya no lo sé porque la historia terminaba ahí, pero me gusta pensar que sí, dije.

Lin se quedó mirando el vacío durante un momento. El sonido del viento colándose entre las hojas del árbol provocó un murmullo que parecía querer contarnos algún secreto. Pues claramente hemos vivido muchas vidas juntos, dijo Lin. Parece que sí, repuse. Como decía mi abuela. Como decía tu abuela. ¿Y quiénes somos ahora?, quiso saber. Ahora somos nosotros, respondí. ¿Y quiénes somos nosotros? Supongo que eso es lo que hemos venido a averiguar. Lin se me quedó mirando con una mirada de nube, con una mirada de arena que no voy a olvidar. Hola de nuevo, me dijo. Hola de nuevo, respondí.

El día se había hecho noche cuando volvimos a las calles. Al ver la

gente que pasaba y las motos y los coches, tuve la sensación de haber estado mucho tiempo ahí adentro, como si al salir ya no fuéramos los mismos que habían entrado en ese patio, como si de algún modo hubiéramos envejecido. Lin quiso mostrarme la academia en la que estudiaba teatro. Se trataba de una casa vieja y llena de escaleras que subían y bajaban y de recovecos por los que me paseó. Tomamos té en una pequeña terraza en la que sólo había sitio para una mesa y dos sillas. Lin me contó que había hecho dos veces el examen para entrar en la academia nacional pero que en ambas ocasiones la habían rechazado. Al volver a bajar, junto a una especie de tablón de anuncios, me mostró la foto del que había sido su maestro. Me dijo que creía que se había enamorado de él. Luego me dijo que había muerto el año anterior.

Caminamos por una avenida llena de locales de comida. Había quien comía en el interior y quien lo hacía mientras caminaba por la calle. Imitando a estos últimos, compramos unos fideos fritos que nos dieron en unos conos de cartón y que comimos con palillos mientras paseábamos sin rumbo. Nos detuvimos a escuchar a un chico que cantaba con su guitarra y al que rodeaban un montón de jóvenes que al parecer conocían las canciones y que de a ratos cantaban con él. Vimos a una mujer que leía la suerte en las hebras del té, a una chica que llevaba a cabo algún tipo de danza tradicional frente a un público bastante numeroso y a un hombre muy viejo sentado en el suelo e hipnotizado frente al escaparate de un negocio que vendía peces de colores. Los seguía con la mirada como si intentara descifrar algún mensaje oculto en el modo en el que se movían. Estoy muy cansada, me dijo Lin. ¿Quieres que te acompañe a un taxi?, ofrecí. No quiero ir a casa, fue su respuesta, ¿puedo ir a la tuya? ¿Y qué les dirás a tus padres? Tú no te preocupes por eso.

En el taxi Lin cerró los ojos y se recostó sobre mi hombro. Pensé que se había quedado dormida, hasta que en determinado momento me preguntó si era verdad que me iba a ir al día siguiente. Eso parece, le dije. ¿Y no nos volveremos a ver? Se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué responder.

La ayudé a subir la escalera como se ayuda a un anciano o a un

borracho. Casi no abrió los ojos hasta que llegamos arriba. Entramos en mi habitación, y al darle al interruptor se encendió la red de pequeñas lucecitas que se desparramaban por la pared azulada y que iluminaron los pájaros y los peces que la decoraban. Qué bonito, dijo Lin antes de dejarse caer en la cama. Le quité los zapatos, la tapé y me senté en la única silla. ¿Podía ser que nunca más nos fuéramos a ver? De pronto Lin balbuceó algo que no llegué a entender. Me recosté junto a ella y le dije que no la había oído. Gracias, repitió ella sin abrir los ojos. Gracias ¿por qué? Por todo, me dijo. Quise decirle que era yo quien le agradecía, que ya no recordaba el tiempo que hacía que no me sentía tan vivo como en esos últimos dos días, que ya había perdido la esperanza de volver a sentirme así algún día, que sólo por esos dos días que había pasado con ella ya valía la pena haber venido al mundo, pero no supe cómo hacerlo y en su lugar me limité a acariciar su cabello. Gracias a ti, le dije. Lin abrió los ojos y pareció sorprenderse de encontrarme recostado a su lado. No me beses, me dijo, estoy muy dormida. A mí se me escapó la risa. No pensaba hacerlo, respondí. Pues no lo hagas, repitió, y volvió a cerrar los párpados. A lo lejos se escuchó la sirena de una ambulancia. Ahí dentro sólo se oía el sonido de su respiración. Un poco sí que creo en Dios, dijo Lin al cabo de un momento. ¿Y en el milagro —pregunté— crees en el milagro? No lo sé, respondió ella en un último suspiro, y ya no hablamos más. Yo simplemente me quedé ahí, sonriendo como un imbécil y mirándola dormir hasta que, sin saber cómo ni cuándo, también me quedé dormido.

Desperté con el sonido del teléfono. Lo primero que noté fue que Lin ya no estaba ahí. ¿Hola?, dije colocándome el aparato en la oreja. Era Marina, del Instituto Cervantes, quería saber si me encontraba mejor. Sin saber muy bien a qué se refería le dije que sí, que me encontraba perfectamente. Pues qué bien, dijo ella, entonces no tendrás problemas para coger el vuelo esta tarde. Te confieso que ayer nos dejaste un poco preocupados. Sí, lo siento, repuse, es que al salir del lavabo sólo pude pensar en irme a casa. No me extraña, dijo ella, al

volver a la mesa tenías un aspecto deplorable. ¿Al volver a la mesa?, pensé. Pero si yo nunca volví a la mesa. En mi recuerdo, al encontrarme con Lin dejamos el restaurante por la puerta trasera y sin decir nada a nadie. ¿Al volver a la mesa?, dije. Al volver a la mesa, sí. Nos dijiste que no te encontrabas bien y que preferías irte a casa. ¿No te acuerdas? Estabas todo sudado y te acompañé a tomar un taxi. Me ofrecí a ir contigo hasta tu casa, pero no quisiste saber nada y te dije que nos llamaras cuando estuvieras ahí para saber que habías llegado bien. ¿Y los llamé? Dios mío, estabas peor de lo que parecía, nos llamaste y nos dijiste que te ibas directo a la cama. Debes de haber dormido unas veinte horas seguidas. No entendía nada. Me separé el teléfono de la oreja y miré el registro de llamadas. Efectivamente, tenía una del día anterior al mismo número con el que estaba hablando. Sólo entonces caí en la cuenta de que mi ropa estaba en la silla y que tenía puesto el pijama.

El taxi pasó a buscarme sobre las cuatro. Me dio tiempo a arreglar mis cosas, a tomar una ducha y a comer algo. Y por supuesto a tratar de entender lo que había ocurrido. ¿Podía ser que todo hubiera sido fruto de la fiebre, una especie de alucinación perfectamente detallada que involucraba todo el paseo que había dado con Lin, todas las conversaciones que habíamos tenido y todos los lugares que habíamos visitado? Eso podría explicar lo de la tarde anterior, pero ¿qué pasaba con nuestro encuentro del primer día y con la cena que habíamos compartido? ¿Podía ser que también me lo hubiera inventado? Fui hasta el local en el que ella trabajaba —el centro comercial más bien, ya que el local no había llegado a conocerlo— y me enteré de que allí no había ninguna tienda de perfumes. Busqué en mi teléfono las fotos que nos habíamos tomado y habían desaparecido, así como los correos que supuestamente nos enviamos.

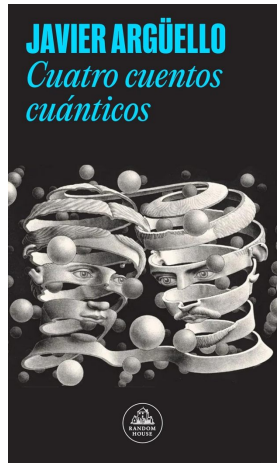
Si la noche anterior había tenido que lidiar con la impresión que me causara el hecho de compartir un tiempo tan íntimo con una persona a la que nunca volvería a ver, hoy tenía que compaginar esa sensación con la de que en realidad nada de eso había pasado. Las calles de Pekín, que veía a través de la ventanilla del taxi que me llevaba al aeropuerto, y que tan reales me parecieron el día anterior, tenían hoy

el aspecto de un decorado, un enorme plató de televisión que, al estilo del show de Truman, hubiera sido montado con el único objetivo de reírse de mí, de estafarme, de jugar con mis emociones y con la falsa ilusión que me había provocado el hecho de conocer a Lin. ¿Qué debía hacer ahora con todo aquello, con todo lo vivido, con todo lo compartido, con todo lo que su frescura y su tibieza me habían enseñado? ¿Debía descartarlo sin más como un producto de mi imaginación? Hubiera querido ir al barrio de los hutones a chequear si al menos aquel patio en el que habíamos estado contándonos nuestras vidas existía, pero aunque el tiempo me lo hubiera permitido, jamás habría sabido cómo encontrarlo.

Al llegar al aeropuerto pagué al taxista, bajé mis maletas y busqué el número de mi vuelo en el tablón de anuncios. Estaba en horario. Pasé el control de policía y, como tenía algo de tiempo, me dediqué a deambular por el aeropuerto, distrayendo la vista aquí y allá, hasta que en el escaparate de una tienda vi una miniatura de jade como la que Lin me había regalado el día anterior, un pequeño dragón que se enroscaba sobre su cola y que poseía un parecido asombroso con el que ella había comprado para mí. Entré y pregunté el precio. No era barato, pero decidí comprarlo. Sentí que de ese modo me estaría llevando algo corpóreo, algo real, que otorgaría cierta consistencia a todas aquellas imágenes y vivencias que mi memoria albergaba del tiempo que habíamos pasado juntos. Al guardar la estatuilla en el bolsillo de la chaqueta, me encontré con un sobre que no recordaba haber colocado ahí. Lo abrí y dentro había una nota. Al desplegarla, un escalofrío me recorrió la espalda desde la base de la columna hasta el nacimiento de la nuca. La leí unas cien veces. Eran sólo cuatro palabras, pero en ese momento me pareció que escondían el sentido de todo lo que alguna vez había existido. De pie, en medio del aeropuerto de Pekín y con mi maleta abandonada a un costado, me aferré a ese pedazo de papel con el temor inmenso de que de un momento a otro se fuera a desvanecer. Pero no lo hizo. Y entonces volví a creer. En una hermosa letra de niña escrita con tinta verde, pude leer con manos temblorosas:

Tú eres el milagro.

El autor de *Ser Rojo* vuelve con cuatro historias que desdibujan los límites entre realidad y ficción, en la línea de la mejor tradición del cuento argentino.



Un antiguo alumno asiste obligado a una reunión en su colegio luego de treinta años, un periodista varado en Ucrania termina encontrándose en Londres con un escritor del siglo XIX, un conferenciante descubre las calles de Pekín de la mano de una íntima desconocida o un escritor que roza la locura siguiendo la pista de un paciente de un manicomio son los avatares que presenta Javier Argüello en estos cuatro relatos que desafían, de manera magistral, la consistencia del mundo que habitamos.

Con *Cuatro cuentos cuánticos* nos adentramos en el jardín de los senderos que se bifurcan para volver siempre al punto de partida: la búsqueda de la emoción más primigenia y la conexión más elemental con las cosas del mundo. En la línea de la mejor tradición del cuento argentino, Javier Argüello nos invita a explorar, con una simplicidad cargada de belleza y una prosa limpia y ligera, el modo en que construimos nuestra realidad sumergiéndonos en un universo de vidas posibles, imaginadas o soñadas, impulsadas por esos sutiles saltos cuánticos que dan título al libro.

La crítica ha dicho:

«Siempre estuve convencido de su gran talento de escritor, que ya era muy visible en sus primeros cuentos. La cuestión estaba en si querría seguir escribiendo. Si lo hacía, no tardaría en confirmar su genio. Era sólo cuestión de tiempo».
Enrique Vila-Matas

«La audaz labor narrativa de Argüello tiene el enorme mérito de una depuradísima técnica de composición combinada con la densidad espiritual que impregna sus páginas. Hablo de Virgilio. Hablo de Eneas bajando a la región de los muertos a rogar el perdón de su amada Dido. Una sensación familiar con la gran tradición latina de nuestra literatura».
J. E. Ayala-Dip, *El País*

«Considero que la prosa de Argüello es valiosa no únicamente por los magníficos detalles de sensibilidad en la caracterización de los tipos y los espacios, sino por conseguir ganar una apuesta literaria verdaderamente original en los tiempos que corren».
J. M. Pozuelo Yvancos, *ABC*

Javier Argüello (Santiago de Chile, 1972), escritor de nacionalidad argentina residente en Barcelona, colabora con *El País*, es profesor del Ateneu Barcelonès y se ha dedicado al cine. Ha publicado los libros *Siete cuentos imposibles* (Lumen, 2001), *El día que me quieras, antología de tangos*(Lumen, 2004), *Los mejores poemas de amor, antología romántica de Pablo Neruda* (Lumen, 2006), *El mar de todos los muertos* (Lumen, 2008), *La música del mundo* (Galaxia Gutenberg, 2011) y *A propósito de Majorana* (Literatura Random House, 2015).

Fue ganador del concurso de relatos Paula, fallado por un jurado presidido por Enrique Vila-matas, en el año 2000, y del Premio de Ensayo Josep Palau i Fabre. Además, su cortometraje *Fuera de servicio* le valió el premio del Festival Internacional de San Petersburgo, en la categoría de debutante; la mención de honor en el festival organizado por la New School, de Nueva York; y el premio del jurado en el Festival Internacional de Cartagena de Indias.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Javier Argüello
Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © M.C. Escher's «Bond of Union»
© 2023, The M.C. Escher Company-The Netherlands.
All rights reserved. www.mcescher.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4310-1

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Notas

[1] Poema original de Oscar Caridad.

[2] Una versión de este cuento fue publicada en el libro *Siete cuentos imposibles* (Lumen, 2001) con el título «Relato acerca del tiempo, de un viejo cuento, y de la manera extraña en que ocurren las cosas».

[3] Martes, 3 de junio de 1997.

[4] «Alrededor y alrededor de la plaza desierta / paseamos del brazo con el diablo. / Ningún sonido, salvo el golpetear de sus cascos / y el eco de su risa y la mía».

Índice

Cuatro cuentos cuánticos

Prólogo

Magdalena Rapa Nui

Partir

Un cuento inglés

Quantum Beijing

Sobre este libro

Sobre Javier Argüello

Créditos

Notas